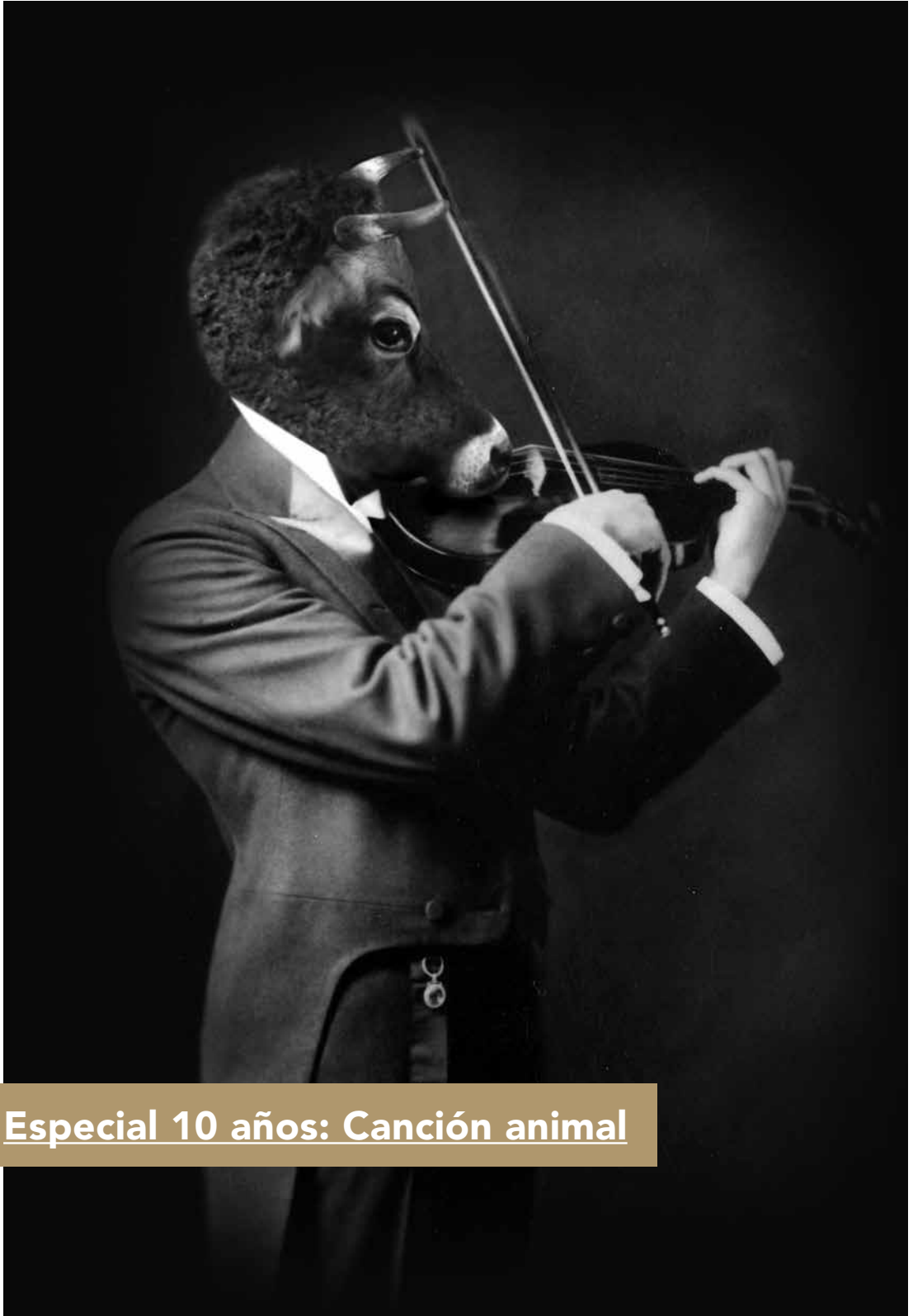

Dossier 28



Especial 10 años: Canción animal

Dossier 28

Especial 10 años

3

Soliloquio de un perro

Cecilia García-Huidobro McA.

5

40 años de animalismo. La caja de Pandora

Florencio Ceballos

17

Sandra, orangutana

María Sonia Cristoff

24

Hablar con animales

Rodrigo Lara

27

Un dilema de perros

Claudia Urzúa

34

Cacerías humanas:

Animal acorralado

Daniel Villalobos

38

Enjauladas y libres aZOOciaciones de ideas,
o Apuntes para un bestiario personal

Rodrigo Fresán

45

Seis columnas

Pilar Quintana, Bernardo Subercaseaux,

Alejandra Costamagna, Andrea Maturana,

Roka Valbuena y Leila Guerriero

54

El spot: Doko, el punto de inflexión

Richard Sandoval

56

Reseñas

Tal Pinto, Juan Manuel Silva, Rodrigo Pinto,

Andrés Azócar y María José Navia

Revista Dossier N°28
Junio de 2015
Publicación cuatrimestral

Facultad de Comunicación y Letras
Vergara 240, Santiago de Chile, 8370067
Teléfono: 2 676 2000
revista.dossier@mail.udp.cl

Directora

Cecilia García-Huidobro McA.

Editores

Andrea Palet y Javier Ortega

Consejo editorial

Carlos Aldunate

Álvaro Bisama

Javier Cercas

Alejandra Costamagna

Leila Guerriero

Rafael Gumucio

Andrea Insunza

Cristián Leporati

Julio Ortega

Rodrigo Rojas

Alejandro Zambra

Asistente editorial

Cristina Varas

Diseño

Rioseco & Gaggero

Ilustración

Páginas 4 y 54: Gabriel Garvo

Impreso en QuadGraphics

ISSN: 0718-3011

Inscripción en el registro de propiedad intelectual N° 152.546

Soliloquio de un perro

Mi amo suele leer *Dossier* con el ceño fruncido. Al principio me asustaba creyendo que estaba enojado y que luego se desquitaría conmigo. Pero he terminado por darme cuenta de que la disfruta mucho. Lo sé porque se saca los zapatos, que es lo que hace cuando está contento. Yo aprovecho de mordisquearlos como me gusta cuando están tibiecitos y desprenden ese exquisito olor. Son de los buenos momentos que pasamos juntos.

Recuerdo que alguna vez, para hacerme el divertido, se me ocurrió jugar con la maldita revista hasta dejarla como repollo. Me llevé una chuleta memorable y después mi amo me dio una perorata sobre qué era una publicación de colección; no le capté mucho más, salvo que mi integridad estaría en peligro si volvía a romper una. Creo entender que hay una gracia en tener todos los números y ponerlos juntos, como yo con los huesos que entierro en el patio. Me gusta mirar mi colección de huesos y moverla de allá para acá, y creo que mi amo hace algo parecido cada vez que llega una *Dossier*: lo he sorprendido mirando los lomos más delgados o más gruesos dependiendo de si es un número regular o uno de esos con sopa de letras en la tapa, y lo que veo es eso que los humanos llaman chochera, palabreja que tanto se parece al ruido de esos pájaros a los que me gusta ladrarles en el jardín. Siempre digo, ¿no hay como los ladridos, comunicación clara y directa!

Porque hay que ver que se dan vueltas los humanos para hablar entre ellos. O quizás lo hacen solo cuando hay un testigo incómodo, en este caso yo mismo en toda mi perritud. Sucedió que mi amo fue convocado a opinar en una acalorada conversación sobre algo ininteligible que ellos llamaban «pauta», y me llevó, quizás como sujeto de muestra.

—Esta debe ser una edición especial, de aniversario.

—Oye, que una revista cumpla diez años de publicación ininterrumpida es realmente un hito, eso hay que destacarlo.

—Ya. Pero, ¿cómo? ¿Fiesta, concurso, malón?

—Hagamos lo que siempre hacemos, un número excelente.

—Nooooo. O sea sííí, pero además es la oportunidad de preparar algo especial, de poner un poco de cabeza el orden de la revista.

—¿Una antología con los mejores artículos publicados en estos diez años?

—Para qué. Están todos en el sitio de la revista para quien los quiera ver... Y los mejores no siempre serán los mejores para todos.

—Pensemos en cómo se expresa mejor lo que la revista se ha propuesto: diciéndolo o haciéndolo con una pauta que lo refleje.

—El editorial debería decir que *Dossier* se ha convertido en un espacio para pensar la actualidad con calma y conectarla con la tradición. Uno en que la crónica, el periodismo narrativo y la literatura tienen un refugio sin las limitaciones de otras publicaciones académicas, y con una vocación más masiva y más inclusiva también.

—Tiene que quedar claro que provocar la reflexión y el espíritu crítico también pasa por cultivar una escritura atractiva, ágil. Por algo nos preocupamos de eso.

—¿No fue Leila Guerriero quien dijo que las revistas no solo reflejan e interpretan —y padecen— la época en que existen, sino que la hacen y le dejan marca?

Así discutieron un buen rato, hasta que de pronto empezaron a mirarme con expresiones curiosas. Juraría que de tanto mirarme vieron la luz y decidieron que todos sus problemas se solucionarían si actuaran más como nosotros, los otros animales. Lo pusieron en términos complicados, para variar: escuché algo como «deliberación sobre el estatuto de lo animal hoy», «la nueva frontera ética» y blablá de este tipo. Uff, pensé para mis adentros, pero sin proferir el más mínimo ladrido, por fin terminan con el monopolio de la palabra. Porque, de todos nuestros pares de la Creación —como le oí una vez a un tal Steinbeck—, el humano es el único que bebe sin tener sed, come sin tener hambre y habla sin tener nada que decir.



40 años de animalismo

La caja de Pandora Florencio Ceballos

Crecí en una época en que los animales y la filosofía política no se tocaban, y si lo hacían, era única y estrictamente bajo las reglas judeocristianas de la compasión. Recién ahora comienzo a hacer el esfuerzo por reacomodar esos mundos, por reconciliarlos, por demarcar nuevamente sus territorios y procesar sus contradicciones.

Pasé mis primeros veinte veranos en la parcela de cuatro hectáreas de mi abuela paterna, en la ribera norte del río Itata. Cincuenta o sesenta familiares convivíamos sin agua corriente ni electricidad en un régimen colectivo que tenía algo de kibutz católico y mucho de cosmología donosiana. Los primos hombres (era una familia católica y sureña, es decir machista) recibíamos tempranamente entrenamiento paramilitar. Bastante antes de la pubertad aprendíamos a cargar, descargar, transportar y disparar escopetas (generalmente calibre 16 o 20). El sistema pre-Montessori ideado por mis tíos incluía un merecido cachamal cuando nos distraíamos y el cañón dejaba de apuntar al cielo.

También se nos enseñó a pasar mucho rato en cucullas de madrugada tras una zarzamora esperando que se posara un pato, a abrir y limpiar una corvina con una cortaplumas, a desincrustar

una peña de piures y comérsela in situ, y a pelar una codorniz (cuyas plumas son mucho más duras de arrancar que las de una tórtola) rápido y sin alegar. Cacé conejos desde un auto en movimiento encandilándolos con un foco, un método completamente abusivo y ventajero, digno de la Escuela de las Américas. De esa formación conservo hasta hoy un agudo instinto para distinguir animales a gran distancia.

La mitología familiar estaba llena de historias difícilmente comprobables: cuando apareció un león —es decir un puma— en el gallinero, cuando entró el mar por el río y con él los lobos marinos a comerse los choclos de las vegas, cuando a algún tío le cayó un yepo de culebras en el pecho desde un parrón, cuando una ballena varó en la playa y fue carneada entre todos. En realidad esto último sí es comprobable: he visto fotos de mis tíos jovencísimos sosteniendo una aleta enorme con orgullo.

Las comidas, con una veintena de primos en la mesa del pellejo, incluían regulares reportes naturalistas de las expediciones del día: un coipo avistado en una zona rocosa del río, flamencos y cisnes de cuello negro entre las arenas de la desembocadura, un cardumen de lisas en algún pozón o un peuco castellano sobrevolando el cerro frente a la casa.

Afortunadamente, los animales «raros» gozaban de una amnistía total decretada por mi abuela, el único ser ecológicamente razonable de la familia. Llegar con un coipo, un chingue, un quique o un flamenco habría sido duramente castigado en ese mundo donde nunca se escuchó hablar de permisos de caza ni de especies protegidas por la ley. La lista de mi abuela era sin embargo arbitraria, como todas las listas: hasta hace poco, por ejemplo, en la zona pagaban una docena de huevos por peuco muerto. Una culebra era, por definición, candidata a ser eliminada inmisericordemente a varillazos.

Los chanchos y corderos, como es obvio, no estaban en la lista de mi abuela. Los animales con los que nos encariñábamos durante las vacaciones, disfrazándolos, montándolos, dándoles de comer dudosas preparaciones infantiles, aparecían sorpresivamente una mañana abiertos en canal y colgando de un sauce a la salida de la cocina. El juego consistía entonces en espantarles las moscas con una rama.

¿Alguna vez ha matado un chanco? Yo sí. Si piensa que el proceso de las grandes faenadoras

industriales –a lo Freirina– es cruel porque hace de la muerte un gesto mecánico, ciego y repetitivo, le cuento que una matanza tradicional es aun más cruel: como conducir a un inocente al patíbulo. La muerte a escala humana no tiene nada de piadosa.

De madrugada, cuando todavía hace frío y una neblina de destripador londinense cubre el campo, el chanco es arrastrado hasta un lugar abierto donde lo espera una plataforma de madera manchada y un enorme fondo de agua hirviendo. Le amarran con alambre las patas y el hocico: los chanchos son bravos, dan la pelea y te pueden cortar fácilmente un dedo de una mordida. Luego el matarife le entierra un cuchillo en el pecho, unas tres pulgadas para adentro, hasta perforar el corazón. Se arrima una olla para recoger la sangre, que brota espesa. Pasan unos minutos, el chanco que no ha parado de chillar ahora deja de hacerlo, y esa sangre ya va camino de la cocina para aliñarse y transformarse en morcilla. Desangrado el animal, lo desamarran, lo tapan con sacos de yute y lo baldean con agua hirviendo.

Ahí es cuando entrábamos nosotros, los primos: con prestobarbas diligentemente sustraídas la noche anterior, con cucharas soperas afiladas por un costado, con lo que uno hubiera podido conseguir, venía la labor fundamental de afeitar meticulosamente al animal, paso previo a abrirlo, vaciarle los interiores y colgarlo.

Una vez vi un chanco despertarse con el chorro de agua hirviendo y salir arrancando. A pesar de la sangre perdida, no había muerto. Corrió unos veinte metros antes de caer infartado.

No cuento todo esto para desagradar ni presumir de testosterona. No me enorgullezco ni sería capaz de repetirlo, y haré lo posible para que mis hijos no pasen por algo que podría haberme evitado y no me hizo mejor persona. Pero tampoco me avergüenzo. No más de lo que me avergonzaría comprar unas chuletas empaquetadas en el supermercado. Como hablaré de sufrimiento animal y del recorrido que he hecho para formarme algunas convicciones respecto de mi relación con ellos, me pareció honesto partir contando que he matado animales con impunidad y sangre fría. Y que esa experiencia es indisoluble de la familia que me inculcó la fascinación y –de alguna forma contradictoria– el mayor respeto por los animales.

Gauchos judíos

A fines del siglo XIX mis tatarabuelos maternos, judíos rusos y ucranianos, navegaron desde Europa a Buenos Aires para recabar en Moisés Ville, provincia de Santa Fe, uno de los pueblos fundados en las tierras compradas por el barón Maurice de Hirsch para promover la colonización judía en Argentina. Mis tatarabuelos fueron de esos primeros gauchos mezcla de rabí y Martín Fierro que arrearon vacas *kosher* por las pampas argentinas. Con el tiempo algunos de sus hijos cruzarían la cordillera a caballo para terminar trabajando en los campos de San Fernando y en el matadero en Santiago. Pero las vacas y el campo, claves en la historia de mis antepasados, fueron desapareciendo de las conversaciones familiares a medida que los nietos y bisnietos de esos gauchos judíos se convirtieron en comerciantes o profesionales. No recuerdo, de hecho, que ningún miembro de mi familia materna haya puesto un pie fuera de un límite urbano o que haya jamás mencionado haber contemplado un animal en estado salvaje. Mis historias infantiles sobre las vacaciones *gay* en el campo de mi otra familia eran oídas con benévola distancia y extrañeza, como quien escucha de un paseo por un planeta inexistente.

Jamás nadie tuvo una mascota; nunca un no humano fue autorizado a entrar en la casa de mis otros abuelos. Lo que sí entraba frecuentemente era la política. Vivía allí, en realidad: la política era la mascota familiar. Nunca en las comidas familiares escuché hablar de animales, pero en esa mesa larga se reunían a discutir radicales, democratacristianos, socialistas, comunistas, liberales, masones, religiosos y ateos. Allí los recuerdos no eran de leones atacando el gallinero sino de antiguas campañas parlamentarias, de la traición de González Videla, la revolución de la chaucha, los últimos días del Chicho y las intrigas del Paleta Alessandri. Se cruzaban informaciones, se peleaba mucho, se citaban autores para mí desconocidos y se coincidía sin matices en la enorme perversidad de la dictadura. En algún punto de la noche, cuando ya habían circulado varias botellas, una disputa irresoluble hacía invariablemente su ingreso, medio en serio medio en broma: la situación de los judíos en la Unión Soviética.

Hasta hoy me considero parte del arco filosófico dispar que, entre discusiones apasionadas, se desplegaba en aquella mesa sin pretensiones y

¿Alguna vez ha matado un chanco? Yo sí. Si piensa que el proceso de las grandes faenadoras industriales –a lo Freirina– es cruel porque hace de la muerte un gesto mecánico, ciego y repetitivo, le cuento que una matanza tradicional es aun más cruel: como conducir a un inocente al patíbulo. La muerte a escala humana no tiene nada de piadosa.

que asocio a lo más decente y esperanzador del pensamiento occidental. Aquel arco que desde Moro, Erasmo y Montaigne hasta Marx, Freud, Teilhard de Chardin y el pensamiento crítico de la posguerra construyó los principios de dignidad inalienable de toda persona, de universalidad de la justicia, de la verdad y el bien común como valores irrenunciables, de la preeminencia de la razón sobre el mito. Ese arco grande y dispar que representa el humanismo en sus múltiples variantes: cristiano y laico, liberal y marxista. Un arco lleno de contradicciones, vacíos y cegueras, insuficiente si se le pretende omnicompreensivo, y del que sin embargo surgió el legado clave del siglo XX: la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Un debate paradójico

Hace exactamente cuatro décadas los animales ingresaron como sujetos al debate público de la mano de pequeños grupos de activistas impulsados por un joven y excéntrico filósofo moral australiano, Peter Singer. Pensar en los animales desde una perspectiva de derechos intrínsecos –lo que de manera más bien vaga se entiende hoy en día como «animalismo»– nos lleva al que es posiblemente uno de los debates más complejos e inasibles que puedan enfrentar las sociedades contemporáneas, uno en que se entremezclan argumentos de todo tipo: jurídicos, éticos, biológicos, filosóficos, económicos, religiosos y, cada vez más, subjetivos, emocionales y mediáticos.

Al mismo tiempo, para muchos en el campo de las ciencias sociales y del activismo social, sería uno de los debates más inútiles, elitistas y egoístas que la modernidad pueda llegar a ofrecer.¹

1 Cuando comenté a algunos colegas sociólogos que estaba escribiendo este ensayo, me miraron con compasión y cara de «te perdimos».

En el campo del trabajo humanitario en África del Este, en el que tangencialmente laboro, la frase «no tengo tiempo para preocuparme de los animales» la he escuchado una y otra vez con desprecio y cierto aire de superioridad. Cuentan que a Romeo Dallaire, el general canadiense que durante el genocidio ruandés decidió, junto a un pequeño grupo de soldados leales, desobedecer las instrucciones de retirada de la ONU y así salvar a cientos de víctimas, no había nada que lo irritara más, en medio de las operaciones para evitar la matanza, que recibir llamadas de periodistas europeos preocupados por la suerte de los gorilas de montaña.

Por lo mismo no deja de ser paradójico que la aparición del animalismo como doctrina que cuestiona la existencia de una frontera nítida entre seres humanos y animales surja a la sombra de los movimientos de derechos civiles de los años sesenta en adelante.² Después de todo, si algo distinguió a dichos movimientos fue su humanismo, la idea de una común condición de especie, que nadie, de cualquier género, raza, condición económica, religión o identificación política, merecía ser tratado, precisamente, «como un animal».

Llamativo y paradójico, es cierto, pero no sorprendente si tenemos en cuenta que la pregunta por la naturaleza de lo humano, que es por extensión una cuestión sobre la naturaleza de lo animal, es un punto de tensión mayor que desde Descartes (bestia negra, y con razón, del animalismo) y Rousseau resurge cada tanto en el campo de las humanidades.

2 Incluyendo la versión animalista de la «vía armada», el Animal Liberation Front y la Animal Rights Militia, que en los setentas y ochentas reivindicarían la acción directa y clandestina, irrumpiendo en laboratorios para destruir millones en equipos e investigación acumulada y liberando ratas, cobayas, conejos y uno que otro gato.

Esos debates pueden ser tediosos y formalistas, y reconozco no estar intelectualmente equipado para presentarlos acá de manera justa y sintética, así que me ahorraré el bochorno e intentaré ir al grano sin demasiados matices académicos. Por lo demás, la discusión sobre los derechos de los animales –lejos de ser una exclusiva elucubración teórica– trata de cuestiones muy concretas: ¿qué comemos? ¿Qué vestimos? ¿Cómo nos entretenemos? ¿Qué tenemos derecho a hacer y qué no para sanarnos?

Consecuencialismo y especismo

El movimiento animalista tiene dos momentos fundantes. El primero es la promulgación en 1822, en Inglaterra, de la Martin's Act, una ley humanitaria que buscaba impedir el tratamiento cruel e inusual de los animales domésticos. En otros términos, prohibía que el dueño enrabado las emprendiera a palos contra sus vacas porque se le había helado la cosecha. Fue el punto de partida de las Humane Societies³ y de un incipiente movimiento opuesto a prácticas de diseminación comunes al surgimiento de la ciencia moderna como los espectáculos de vivisección, donde se estimulaban los terminales nerviosos de un perro hasta hacerlo aullar de dolor para demostrar al público cómo funciona el sistema nervioso central. Los fundamentos de esta ley inglesa eran esencialmente religiosos: Dios –el dios cristiano se entiende– había otorgado a los humanos el dominio sobre los animales, pero tenían la obligación de ser compasivos con ellos. La compasión, esa cualidad inherentemente humana de percibir y entender el sufrimiento del otro, sería a la larga uno de los pilares del movimiento que buscaría limitar el sufrimiento animal, con cierto éxito en la industria farmacéutica al menos.

El segundo momento se iniciaría un siglo y medio después, también en Inglaterra, y más precisamente en Oxford, de la mano del filósofo australiano de veintiséis años Peter Singer. Hace exactos cuarenta años, Singer publicaba *Animal Liberation*,⁴ una mezcla de ensayo filosófico, investigación de campo y manual de activismo que se transformaría en superventas y piedra angular

de un nuevo movimiento centrado ya no en la compasión cristiana hacia esos «seres inferiores», sino en el reconocimiento de los animales como sujetos de derecho.

El utilitarismo de Jeremy Bentham y John Stuart Mill rompió con una larga tradición de filosofía moral al plantear las cosas en términos muy concretos, para algunos demasiado: una escala en que lo bueno es lo que provoca el mayor placer a la mayor cantidad de personas, mientras que lo malo es lo que provoca el mayor dolor. La cualidad moral de los seres –humanos y no humanos– no era ya la posesión de conciencia o lenguaje, como en la filosofía continental, sino la capacidad de experimentar el placer y el dolor. Los animales, seres sintientes, pueden experimentar ambos estados y por lo tanto son inherentemente sujetos de consideración moral. Ese es el trampolín desde el que Singer se lanzaría a lo que hasta ese momento era un vacío filosófico: la extensión de la titularidad de derechos basada en un principio de idéntica consideración moral.

Aunque el concepto de especismo fue acuñado en 1970 por el psicólogo y activista Richard D. Ryder, es a partir de la publicación de *Liberación animal* que se popularizaría para referirse al antropocentrismo moral –discriminatorio y prejuicioso, dirá Singer– que ejercemos en favor del *homo sapiens* por sobre los animales no humanos. El razonamiento se basa en lo que se conoce como «argumento de casos marginales» o «argumento de la superposición de especies», y sostiene que si concedemos un estatus moral particular a los humanos incapaces cognitivos, como los niños, las personas seniles, los comatosos o los dementes, los animales no humanos deberían tener un estatus moral similar.

Al construir una ética basada en la premisa de que humanos y animales merecen tener sus intereses igualmente considerados, se abriría una caja de Pandora. Áreas clave del quehacer humano, hasta entonces ajenas al escrutinio moral, comenzarían a verse cuestionadas. Las ciencias básicas, la industria farmacéutica y cosmética (por la experimentación en animales con fines más o menos científicos), la industria alimentaria (las condiciones de crianza y sacrificio de los animales destinados a la alimentación), la industrias de la entretención (corridas de toros, rodeos, caza deportiva, tráfico de animales de colección, circos, delfinarios) y la industria de la moda y el lujo

3 El inglés posee una palabra interesante que no existe en castellano: *humane*. No es humano (*human*), ni humanitario (*humanitarian*), sino *humane*, la cualidad de ser compasivo, preocupado y atento con las personas o los animales.

4 La primera traducción al español, *Liberación animal*, apareció en 1999 (Madrid, Trotta).

(pieles, marfil, carey y todo aquello que nos suene a 101 dálmatas), cayeron bajo la lupa.

En pocas palabras, la obra de Singer, aunque asociada principalmente a la cuestión animal, de lo que trata verdaderamente es de la naturaleza y obligaciones de lo humano. Pero su apego al consecuencialismo (los fines de una acción suponen la base de cualquier apreciación moral que se haga sobre dicha acción) lo lleva por terrenos extraños y contradictorios. Singer ha sido una de las voces más duras y consistentes en la condena del hambre y la pobreza en el tercer mundo (término que me desagrada pero que prefiero al eufemismo aquel de «países en vías de desarrollo»), y de la responsabilidad moral de las sociedades ricas hacia el sufrimiento distante. Pero al mismo tiempo, y extremando el argumento de casos marginales, ha sostenido posturas que le han valido fuertes cuestionamientos de sus pares. Por ejemplo, equipara el especismo al fanatismo, el racismo y el nazismo, a la vez que defiende como moralmente aceptable la eugenesia, el infanticidio de niños con daño cerebral y el dar muerte (no dejar morir en el sentido de la eutanasia) a ancianos con demencia terminal. En ese espacio sobre los bordes de la vida que obliga a una de las discusiones filosóficas y éticas más complejas y cuidadosas de la actualidad, Singer entra a matacaballo, con argumentos formalistas que para un público no experto parecen simplemente repugnantes. El filósofo australiano ha decidido jugársela en una categoría de ideas que, parafraseando a Orwell, «son tan absurdas que solo un intelectual las podría tomar en serio».

Sin embargo, más allá de las críticas, la contribución de Singer al debate de la filosofía moral contemporánea ha sido importante y disruptiva. Como lo ha sido también su capacidad de interpelar a través de su literatura divulgativa no solo a una camarilla de académicos, sino a personas comunes y corrientes. Por cierto, en torno de su trabajo se ha desatado lo que a veces parece más un culto que una reflexión filosófica. Preparando este ensayo partí a la biblioteca central de mi ciudad, Ottawa, a conseguir algo de bibliografía. Leyendo *Liberación animal* noté algo perturbador: en el margen superior de cada página del libro alguien se había dado el trabajo de escribir con una caligrafía adolescente una serie de frases basadas en su comprensión —por cierto limitada— de las teorías del autor. Cosas como «¡Imagina que ese animal que cazas fuese tu

hijo!» o «¡Humanos y animales sufren por igual y merecen el mismo trato!».

No es extraño: en general, la bibliografía académica acerca de los derechos de los animales es mucho más escueta que la bibliografía militante. Por cada libro que revisa críticamente el debate hay veinte o treinta manuales que preparan al lector a entregar respuestas tajantes, formateadas y absolutas. El animalismo es, antes que nada, una cuestión de convicción política, una toma de posición. Por eso es que un concepto originalmente destinado a dar cuenta de una tensión filosófica con el tiempo se ha convertido en un insulto de iniciados: hoy en día, si alguien te trata de «especista», debes saber que te está mentando la madre.

Animalismo asilvestrado

Hasta hace no mucho, los animales eran prácticamente invisibles en el debate público chileno. No existían o, lo que para algunos es peor, existían simplemente en tanto que propiedad. Los animales eran vecinos próximos del reino de las cosas: se «tenían» o no, se les consideraba capital fijo si eran para trabajar o capital circulante si eran para engordar y vender. Perros, ballenas y guanacos no eran parte del paisaje político ni por asomo. Ni siquiera el huemul y el cóndor, que tenían su espacio republicano ganado en el escudo, asomaron el pico en los debates del último par de siglos. La política en Chile era estrictamente acerca de personas.

Según mis registros (posiblemente limitados), fue recién en octubre del 2004 que los animales chilenos ingresaron en la política como actores, ya no como apéndices, propiedad o anécdota. Los protagonistas serían cadáveres de aves, para ser más preciso. Los cadáveres de un montón de cisnes de cuello negro (*Cygnus melancoryphus*), muertos por la contaminación derivada de las operaciones de Celulosa Arauco en el humedal del río Cruces, en las afueras de Valdivia, redefinieron las relaciones de una comunidad indignada con una empresa y un gobierno perplejos. Por primera vez no estábamos viendo a los animales como *proxys* del bienestar humano, sino que directamente eran ellos los vulnerados.

Poco después, el 2006, un incipiente movimiento animalista denunciaba la matanza de treinta perros vagos aguachados hacia años en la Plaza de la Constitución, en Santiago. Era el día del cambio de mando, salía Lagos, entraba

Cuentan que a Romeo Dallaire, el general canadiense que durante el genocidio ruandés decidió, junto a un pequeño grupo de soldados leales, desobedecer las instrucciones de retirada de la ONU y así salvar a cientos de víctimas, no había nada que lo irritara más que recibir llamadas de periodistas europeos preocupados por la suerte de los gorilas de montaña.

Bachelet, y algún proactivo inquilino de palacio decidió que una *razzia* canina contribuiría a dar realce a la ceremonia. No fuera a ser que mientras la flamante Presidenta saludara a la guardia presidencial un quiltro desconocedor de los protocolos republicanos se cruzara dejándonos en vergüenza frente al mundo. Pero los perros exterminados no eran unos cualquiera; eran perros con contactos en las ocho cuadras del poder. Recuerdo a mi padre, respetable funcionario público que habitó una oficina en Agustinas frente a La Moneda durante años, echar puteadas contra los «conchadesumadres pretenciosos y serviles» (así habla mi padre cuando es presa de la indignación moral) que habían matado a los perros en pro del espectáculo.

Unos días más tarde, cuando el gobierno no había terminado de procesar el inesperado *ga-ffe* de relaciones públicas, un grupo de cuarenta manifestantes irrumpiría en la Medialuna de Rancagua, durante el tradicional campeonato nacional de rodeo, para protestar por la crueldad ejercida sobre los novillos. Una segunda manifestación del mismo tipo, en 2012, terminaría con una manifestante laceada y arrastrada de la Medialuna entre los aplausos e insultos del público corralero.

A mediados de 2010 vendría la polémica por la instalación de la central Barrancones en Punta de Choros. El proyecto, aprobado por la autoridad ambiental, amenazaba reservas naturales únicas. Y los pingüinos de Humboldt pillaron a los analistas de la actualidad papando moscas al transformarse de pronto en «sujeto histórico» de la primera manifestación social masiva de la era Piñera. Luego los analistas tendieron a coincidir

en que fue esa manifestación, y el hecho de que el Presidente, haciendo gala de su estilo empresarial, tomara el teléfono e intentara desactivar el conflicto por encima de los conductos legales, lo que abrió el dique para todo lo que vendría más adelante.

Así es: antes que Camila y Giorgio estuvo el pingüino de Humboldt.

El 2014 ocurrió el incendio de Valparaíso y, de nuevo de manera sorpresiva para muchos, la atención se deslizó desde los cientos de familias a la intemperie a la suerte de los perros y gatos víctimas del incendio. Grupos de activistas llamaban entusiasmados a colaborar con alimentación y reclamaban por la ausencia de planes de evacuación para mascotas. Un escritor chileno con buen olfato para el comentario *épatant* se mofaría de la iniciativa en Twitter, y la respuesta se saldría de cauce: condenas a muerte y otras amenazas a su persona y su familia, en ese espacio a veces absurdo —pero de todos modos intimidante— que pueden llegar a ser las redes sociales. Empezaba a quedar claro que el animalismo no solo estaba presente en el debate público nacional, sino que más expandido de lo que se creía.

Cuando a principios de 2015 el Servicio Agrícola y Ganadero anunció una modificación de la ley de caza que permitía el control de especies invasoras y peligrosas para los ecosistemas locales, incluidas las jaurías de perros «asilvestrados» en sectores rurales, la reacción airada de las organizaciones animalistas no se hizo esperar. El decreto, acusaron, resolvía el problema a escopetazos, una medida impopular que a la larga iba a generar un nuevo «deporte nacional flaute»: salir a cazar perros. La solución, según la

vocera de una de esas organizaciones, era promover la tenencia responsable, la adopción y los programas de esterilización. (Nunca me quedó claro cómo se promueve la tenencia responsable de perros en jaurías, muchos de ellos nacidos ya fuera del contacto con humanos.) Pese a que grupos ambientalistas moderados y escuelas veterinarias presentaron evidencia en favor de la medida, el gobierno retiró el decreto, dejando intacto el problema.

Para un número creciente de personas, incluso entre aquellas férreamente comprometidas con la vida silvestre, lo sucedido fue un triunfo del mascotismo miope. A mí, más allá de parecerme de Perogrullo que una jauría de perros salvajes que representa un peligro para las personas y el ecosistema debe eliminarse, me llamó la atención otra cosa. El decreto, junto con prohibir la caza de cientos de especies, la autorizaba para animales no autóctonos introducidos recientemente y convertidos en plaga. Pero ni el castor, ni el jabalí, ni el tiernísimo coati u osito de Juan Fernández fueron capaces de despertar la empatía de los animalistas nacionales, aun cuando me temo que un jabalí sea más domesticable que un perro salvaje. En definitiva, no hay nada más especista que un animalista chileno, signado por un amor arbitrario e irresponsable por los perros.

Ver animales

De niño, la felicidad para mí tenía un nombre claro y preciso: Zoológico de Santiago. Ir al Zoológico no era un juego —no era Fantasilandia o Mampato— sino un ritual que debía ser ejecutado con atención y sin mayores variaciones. Una ceremonia que requería ir adelantándome unos pasos a mis padres, marcando el camino, para luego devolverme e ir anunciando con solemnidad de experto: «Ahora viene el pudú», «Cambiaron la jaula del bisonte».

Aún ahora, treinta años después, puedo recordar con detalles el itinerario que comenzaba tras cruzar la boletería, en esa plaza central con la piscina de la foca, las jaulas de los tigres y los leones a la derecha, la elefanta Fresia y una serie de jaulas chicas con nutrias, coipos, mapaches y otros animales «menores» pero extraños, de esos que mi abuela hubiese prohibido cazar. Hacia la izquierda partía un primer corredor que llevaba al oso polar eternamente sofocado, pasando por una misteriosa sala donde un caimán yacía inmóvil durante décadas. Luego subías por

entre pájaros de colores y monos araña, dabas la vuelta en un sector hediondísimo con zorros hasta llegar a las jirafas, los osos, el foso con los monos de pote colorado (años después supe que se llamaban babuinos), para terminar en una jaula común para cóndores, águilas y otras aves de rapiña. Luego te devolvías y terminabas por la izquierda, llegando a la parada del funicular entre camellos, llamas y cebras.

Con el tiempo, afortunadamente mejoraron en algo las condiciones de los animales: los leones tuvieron una jaula más grande, prohibieron alimentar al elefante con manzanas confitadas y ya no se pudo tirar guagüitas de sustancia a los monos. Supongo que por la culpa institucional de no haberlas oído —no tienen cuerdas vocales—, tras el horroroso incendio que mató a las jirafas se construyó un sector especial para ellas.

Al Zoológico de Santiago volví innumerables veces durante mi adolescencia y juventud, y hubo un tiempo en que incluso solía arrancarme de la universidad para pasar ahí la mañana, volado, dibujando animales. Hace años que no voy. Me dicen que está cambiado, que han mejorado la infraestructura, que los animales mayores ya no están encerrados en jaulas de tres por tres, que la competencia del Buin Zoo ha obligado a renovar las instalaciones. Luego empecé a viajar, y visitar zoológicos se transformó en parada obligatoria de cualquier ciudad que tuviera uno que valiera la pena. Buenos Aires, Ciudad de México, Nueva York, Berlín, París, Barcelona, Dresde, Bangkok, Singapur. Vi «en persona» animales que hasta entonces no conocía: rinocerontes, pandas, anacondas, suricatas, alces.

En uno de esos viajes me arranqué al venerable London Zoo, la más emblemática y antigua institución científica de este tipo (el de Viena es más antiguo, pero con fines puramente recreacionales). Fui con un objetivo claro: visitar la célebre sección de los gorilas. Había visto chimpancés y orangutanes, pero a la distancia, como espectador fascinado por la agilidad para colgarse de las cuerdas de sus jaulas o la atención que les dedicaban a sus cachorros.

La sección de los gorilas del zoológico de Londres, en esos años (hablo de 1997, antes de que una completa renovación cambiara la distribución del sector) consistía en dos espacios visibles al público: una parte exterior que era como un gran jardín con juegos y otra interior, una enorme habitación parecida a un gimnasio.

Singer ha sido una de las voces más duras y consistentes en la condena del hambre y la pobreza en el tercer mundo (...). Pero al mismo tiempo ha defendido posturas que lo convierten en un intelectual difícil de ser tomado en serio.

Fue ahí, por primera vez, que miré a un gran simio a los ojos, con la seguridad cobarde de la pared vidriada que hace que uno pueda sostenerle la vista, desafiarlo, sin temor a que te desnude de un mangazo. Sentada sobre un fardo de paja, a menos de un metro, una gorila adulta jugaba de manera reiterativa con una rueda de goma. Me miró. No sé si los gorilas intentan efectivamente comunicar algo con los ojos, pero yo vi ahí un enorme desgano, la mirada impertérrita del que aprendió hace rato a no esperar nada del que está al otro lado del vidrio. La escena tenía algo de esas visitas carcelarias de las películas gringas en que las personas se quedan viendo a través del vidrio con el auricular en la mano. Finalmente, avergonzado, bajé la vista.

Esto fue antes de escuchar hablar del Proyecto Gran Simio, que desde hace dos décadas —y con el patrocinio de figuras como la primatóloga Jane Goodall, el biólogo Richard Dawkins y el propio Peter Singer— promueve el reconocimiento de derechos morales y legales a orangutanes, chimpancés, gorilas y bonobos (mis favoritos), y aboga por que la ONU adopte una Declaración de los Derechos de los Grandes Simios, al estilo de la de Derechos Humanos, que les garantice el derecho a la vida, la protección de la libertad individual y la prohibición de la tortura. El argumento descansa en la inteligencia de los grandes simios, su capacidad de socializar, razonar, emocionarse, sentir e incluso manejar rudimentos del lenguaje humano. En definitiva, según esta postura, aquellos elementos que constituyen «lo humano» y que no son en absoluto monopolio de nuestra especie. El movimiento ha logrado sus primeros éxitos en Inglaterra, Austria, Holanda y Suecia, donde se ha prohibido toda experimentación en grandes simios; Nueva Zelanda, donde la legislación ha avanzado hasta reconocer «derechos débiles» a estas especies, y Argentina, donde una jueza

le concedió un hábeas corpus a la orangutana Sandra, como cuenta María Sonia Cristoff en las páginas que siguen.

Vivir con animales

En el Chile que recuerdo, fuera de los zoológicos la posibilidad de observar algún animal en estado salvaje era una cuestión preciada e inusual. Se vivía en el reino de la escasez. Cruzarse con un zorro o ver volar un cóndor podía transformarse en tema de conversación durante semanas. Pero cuando me mudé a Canadá, la mezquina *animalia chilensis* se volvió profusa, excesiva, amenazante incluso, en este nuevo territorio. Hace diez años vivo en una batalla constante por recordarle a la madre naturaleza que esta parte del planeta, de la reja de mi casa para acá, ya está conquistada.

Voy perdiendo.

Recién mudados a nuestra casa actual, vimos que algo volaba dentro de la habitación por la noche. Pensé que se trataba de un pájaro, pero cuando prendí la luz me di cuenta de que era un murciélago atrapado en el interior (la casa llevaba algunos meses vacía). El murciélago aparecía y desaparecía sin que se pudiera saber de dónde. Dormíamos completamente tapados, aterrados de que Barnabás —lo bautizamos— fuera a atacarnos durante el sueño. Cuando finalmente llamé a una compañía especializada en eliminar plagas, un negocio muy rentable en Canadá, me explicaron de manera muy amable y profesional que no podían hacer nada: era la época de reproducción y estaba estrictamente prohibido exterminarlos. Cuando pudieran acudir, dentro de cuatro meses, me costaría alrededor de 800 dólares atraparlo y depositarlo a una distancia prudente de mi domicilio. Lo bueno, me explicaron diligentemente, es que no son peligrosos y menos de un 5% acarrea la rabia. Un 5% es un montón, pensé. Por primera vez en años, añoré

Era el día del cambio de mando, salía Lagos, entraba Bachelet, y algún proactivo inquilino de palacio decidió que una *razzia* canina contribuiría a dar realce a la ceremonia. No fuera a ser que mientras la flamante Presidenta saludara a la guardia presidencial un quiltro desconocedor de los protocolos republicanos se cruzara dejándonos en vergüenza frente al mundo. Pero los perros exterminados no eran unos cualquiera; eran perros con contactos en las ocho cuadras del poder.

mi viejo rifle a postones y la posibilidad de resolver el asunto a la antigua, con un certero disparo en el anonimato del hogar.

Ahora, bajo mi casa vive un mapache que tras cuatro años de convivencia me ha perdido completamente el respeto. Cuando saco la basura está ahí, como un yonqui en la cola de la metadona, esperando para revolverlo todo apenas cierre la puerta. Ahora que empieza a hacer calor, toma sol en la terraza, indiferente a mis gritos de cromañón o a la escoba con que lo amenazo. De hecho, ya no lo amenazo porque le tengo más susto a él que al ridículo. Tampoco usamos la terraza.

Al fondo del jardín, un jardín muy pequeño, bajo una caseta para las bicicletas, vive una marmota que llega por la tarde y se mete ahí rápidamente, sin prestarnos atención, cual vecino hosco y maleducado. Un zorrillo, cuyo hogar aún no tengo identificado, expele su meado lacrimógeno cada cierto tiempo, obligándonos a cerrar ventanas y prender velas aromáticas. Las ardillas —esos ratones de cola vanidosa— se pasean por nuestro entretecho, evadiendo con un gesto aburrido nuestras costosas trampas, rejillas y barreras.

En realidad, no es que vaya perdiendo: ya perdí.

Este es un país extraño —un paisaje más que un país, dice un amigo: lo mismo que dice Parra sobre Chile— en que los hombres viven de prestado, temiendo a los osos y los coyotes que

acechan a pocos kilómetros del área metropolitana. Todo es un atavismo de un territorio que se constituyó primero como un enorme mercado en que indios y colonos se reunían a comerciar pieles. En este país, salir a cazar osos está permitido y en los pueblos más pequeños no es raro ver durante los fines de semana de verano a un par de cazadores paseando por el centro con un ciervo muerto sobre el capó de una enorme camioneta 4 × 4. Las cuotas de cachorros de foca que se sacrifican cada año son enormes, y en particular las comunidades indígenas del norte tienen derechos consuetudinarios que los autorizan a cazar incluso animales en peligro de extinción como ballenas y osos polares. Pero eliminar un murciélago que vive dentro de la casa donde duermen mis hijos está protegido por leyes de última generación.

Safari

Termino de escribir este relato en África, el continente mágico de mi infancia al que accedía a través de *Daktari* y los documentales de Canal 13 los domingos por la mañana. Tras varios intentos frustrados por la brevedad de mis visitas, por fin tengo la oportunidad de tarjar algo importante en mi lista de cosas fundamentales que hacer antes de morir: visitar un parque de animales en la sabana. No se trata, como lo hubiese querido, de un gran safari de varios días por los míticos territorios del Krueger (Sudáfrica), el Maasai Mara (Kenia) o el Ngorongoro

Ni el castor, ni el jabalí, ni el tiernísimo coatí u osito de Juan Fernández fueron capaces de despertar la empatía de los animalistas nacionales, aun cuando me temo que un jabalí sea más domesticable que un perro salvaje. En definitiva, no hay nada más especista que un animalista chileno, signado por un amor arbitrario e irresponsable por los perros.

(Tanzania), donde cuentan que las migraciones de ñus parecen montañas en movimiento. Por ahora debo conformarme con una visita de una mañana al Nairobi National Park, una reserva keniana relativamente pequeña (117 km²), que parte al borde mismo de la capital y se proyecta por unos 100 kilómetros en dirección de la nada. La imagen es surrealista: cebras y jirafas corriendo por los pastizales, leones al acecho, mientras al fondo se dibuja la silueta de los rascacielos de la populosa Nairobi. Más allá, un rinoceronte pasta a doscientos metros de la reja que divide el parque de un nuevo suburbio en construcción.

Aun en su versión exprés, la experiencia de la sabana es única. Está lejos de la exuberancia de la selva amazónica, un territorio húmedo y agobiante, poblado por miles de criaturas frenéticas que ocupan múltiples capas del territorio y se devoran unas a otras sin piedad. No, la sabana africana es parsimoniosa, sabedora de que la sequía es el enemigo común y de que no conviene gastar demasiadas energías en nada. Los animales viven en una tensa calma disfrazada de pereza: un león puede vigilar durante horas un grupo de cebras que se saben vigiladas y no dejarán por eso de pastar ahí mismo, con gestos nerviosos. En la sabana el tamaño importa, y como son grandes, los animales están a la vista sin mayores misterios. Las jirafas se dibujan como grúas contra las lomas, las manadas de búfalos se adivinan a leguas de distancia, un rinoceronte parece un enorme bloque de cemento depositado en medio de un pastizal. Ese es justamente su problema y lo que lo pone tan fácil para cazadores furtivos y traficantes de animales.

La prensa ha mostrado estos días al último rinoceronte blanco del norte, Sudán, que cuenta

ahora con una guardia militar permanente para evitar que sea asesinado al interior de una reserva keniana. Un exgeneral ugandés me explica que en el mercado negro un cuerno de rinoceronte puede venderse por 50.000 euros. Eso, para los grupos paramilitares que controlan parte de la región, representa unos mil fusiles AK-47 en el mercado negro somalí. Por cierto, el estupendo documental *Virunga* de Orlando von Einsiedel nos recuerda cómo la reserva de gorilas de montaña de la República Democrática del Congo estuvo en el centro del alzamiento del grupo rebelde M-27, en connivencia con una petrolera inglesa interesada en los yacimientos ubicados bajo la zona protegida.

En Occidente, dicen los escépticos, la atención creciente y desmedida por el bienestar animal es una función del incremento de la capacidad de consumo y la mejoría de los estándares de vida de las personas. La política sobre los animales parte ahí donde la política acerca de los humanos comienza a perder urgencia. En el este africano, región que comprende al menos cinco conflictos armados de proporciones en la actualidad, y algunas de las más espectaculares reservas naturales del planeta, los animales y la política no están unidos en los bordes, sino en el centro. La seguridad humana depende en parte de la protección de los animales. El tráfico y la caza ilegal no constituyen actos de pura supervivencia ante la precariedad, sino que cada vez más son parte integral de los circuitos de financiamiento del crimen organizado, el terrorismo radical o el paramilitarismo.

Pero, más allá de eso, como nos recuerda el filósofo y sociólogo francés Bruno Latour, lo que África parece cuestionar es la idea de «parque natural» como ese espacio prístino, intocado,

marginado de la acción humana. Los parques africanos abarcan pueblos completos, idiomas, historias y culturas: el Área de Conservación Kavango-Zambeze (Botsuana, Namibia, Zambia, Angola y Zimbabue), por ejemplo, tiene una superficie mayor que la de Alemania. La idea romántica de naturaleza y humanidad como universos distintos y claramente delimitados es una fantasía que en esta región tiene poco valor.

Final

No empecé este texto igual que como lo termino. Como persona, quiero decir. Admito que adentrarme en los debates sobre animalistas y animales ha ido haciéndome cambiar de parecer, confirmar algunas intuiciones y desechar otras que jamás se me había ocurrido cuestionar.

La caza deportiva me parece una práctica desagradable, absolutamente prescindible, pero no necesariamente inmoral en la medida en que se rijan por leyes estrictas de protección del medio ambiente.

El sufrimiento gratuito de otras especies, algo que se debe evitar, y la experimentación en animales una práctica que debe estar sometida a una vigilancia ética, condiciones de necesidad estrictas y únicamente cuando la ciencia no sea capaz de ofrecer alternativas. No hay razones para experimentar con cosméticos poniendo gotas irritantes en los ojos de un conejo albino.

No tengo dudas respecto de que los grandes simios requieren una protección especial que incluya la prohibición de maltratarlos, extraerlos de su ecosistema, exhibirlos, e incluso —he empezado a creer— experimentar con ellos aunque sea por buenas causas.

No veo en todo eso, sin embargo, algo que me lleve forzosamente a pensar que proteger se traduzca en abdicar de la especificidad de la especie humana, en sentirse culpable por ello, ni en reconocer derechos modelados según aquellos que operan para los humanos.

Ser acusado de especista es algo que no me hace mella. ¿Tengo una predilección por la especie humana por sobre cualquier otra, incluidos los pandas, las ballenas azules y la gorila del London Zoo? Absolutamente. Si para salvar a mis semejantes fuera de verdad necesario cargarse otras especies sintientes, no tendría objeciones. Creo que los pandas, si fueran capaces de razonar en los términos que me ha sido dado hacerlo, harían lo mismo con nosotros.

La discusión de la etiología y filosofía moral sobre la especificidad de lo humano sigue pareciéndome confusa e inescrutable. En mi enorme egoísmo y miopía de *homo sapiens* especista, sigo pensando que esa naturaleza no está definida por nuestras capacidades intelectuales o psíquicas «subjetivas», sino por el simple hecho de compartir un *pool* genético:⁵ humano es el hijo de otro humano.

¿Exime eso de obligaciones morales respecto del resto de los seres vivos? En absoluto. Hay una obligación moral con el ecosistema y el resto de las especies, sobre todo las que peligran, pero esta no descansa en cualidades morales intrínsecas del ecosistema, sino en las nuestras. El humanismo del que creo formar parte debe saber integrar esos parámetros para construir sociedades más justas.

Pienso que, en su versión sofisticada y dialogante, el animalismo ha hecho aportes importantes para una visión actualizada de nuestra relación con otras especies y para el combate a los abusos de unas industrias alimentaria, farmacéutica y de la entretención que se consideraban al margen de cualquier exigencia moral. El mismo animalismo, sin embargo, en su versión radical, a contrapelo del mejor sentido común, o en su versión pueril y «mascotista», a contrapelo de la evidencia científica, ha terminado por minar la legitimidad de ese esfuerzo.

Florencio Ceballos es sociólogo. Vive en Ottawa y trabaja en el Programa de Gobernabilidad, Seguridad y Justicia del International Development Research Centre.

⁵ Curiosamente, la ausencia de un genetista invitado al debate es una de las principales críticas al Proyecto Gran Simio.



Sandra, **orangutana** **María Sonia** **Cristoff**

Por una mezcla de azar y procrastinación y quién sabe qué otras cosas más, empiezo a escribir este texto en el Día de la Tierra. Así me lo anuncia Google en cuanto prendo la computadora. La coincidencia me parece por lo menos atendible, considerando que, si bien me estoy sentando a escribir lo que acordé, el perfil de una orangutana llamada Sandra que vive en el zoológico de Buenos Aires y que está en el candelero a partir de un fallo judicial muy reciente, todos sabemos que, a esta altura, hablar de zoológicos y de especies más o menos amenazadas remite siempre a hablar de la Tierra, de este planeta que nos conforma y nos sostiene, al menos por el momento. Entonces, hago por primera vez en mi vida un doble clic en las efemérides de Google. No voy a decir que esperaba encontrarme con un manifiesto anarquista que denunciara cuáles son las políticas neoliberales que están destruyendo el planeta, pero al menos sí esperaba alguno de esos mensajes que se escudan en la metáfora del cambio climático para sermonear a los niños y dejar dormir tranquilos a los padres. A todos los padres. Sin embargo, me equivocaba, porque lo que el doble clic me depara es un cuestionario que me invita a saber qué tipo de animal soy. Solo tengo que responder cinco preguntas. Allá voy entonces. La primera es qué hago los viernes por la noche. Las cuatro siguientes son del mismo tenor, o incluso peor si es que eso es posible.

El final del test me revela que soy un pájaro llamado saltarín cabecirrojo norteno. Con los dedos un tanto temblorosos por este momento de anagnórisis, entro en Google para buscar de qué se trata el tipo de animal que, me acabo de enterar, soy. Wikipedia es, como tantas otras veces, la primera opción. Allí entonces encuentro el nombre —¿debería decir *mi* nombre?— del cabecirrojo en latín, luego una descripción técnica de sus colores según se trate de macho o hembra y además un par de datos de relevancia: uno es que, según la escala elaborada por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), el cabecirrojo es una especie que, en la grilla de estado de conservación, aparece listada bajo la categoría «preocupación menor», lo que significa que tiene el más bajo riesgo de desaparecer. El otro dato revelado por el artículo es que, durante el cortejo, el cabecirrojo macho ejecuta un «paso de baile humano conocido como el *moonwalk* de Michael Jackson». De acuerdo, ya sabemos cómo se escriben los artículos de Wikipedia, ya sabemos cuáles son los aciertos que podemos encontrar ahí y cuáles no. Lo curioso es que Google elija conmemorar el Día de la Tierra apelando precisamente a varias de las direcciones que tan mal le vienen haciendo a la Tierra: la negación del estado de amenaza en que se encuentra, la banalización y el antropocentrismo. No quiero hacerles el juego a los señores que especulan económicamente con el cambio climático ni tampoco menoscabar la memoria de Michael Jackson, a quien he visto en imitaciones extraordinarias, pero realmente, si vamos a hablar del estado de este planeta, las cosas no están como para distraernos con un cuestionario de revista de peluquería. Lo digo como cabecirrojo alerta que soy, jamás como pájaro de mal agüero.

También por Wikipedia me entero de que Rostock, la ciudad al borde del Báltico en la que nació la orangutana Sandra, supo ser el puerto principal de Alemania del Este hasta que, después de la reunificación y de la caída del Muro, pasó a ser solo un puerto más. La orangutana nació en 1986, es decir antes de que eso ocurriera, y fue trasladada al zoológico de Buenos Aires en 1994, ya bajo la reunificación. Precisamente veinte años después de su llegada quedó en el centro de una contienda judicial interesantísima

Sandra como activista involuntaria, Sandra como posible momento de quiebre: las tres veces que fui a verla para escribir este perfil la vi así. Hice todo lo posible por verla así.

en sí misma y en sus posibles derivaciones cuando, el 13 de noviembre del año pasado, la Asociación de Funcionarios y Abogados por los Derechos de los Animales (AFADA) presentó un hábeas corpus a su favor. Aduciendo que las autoridades del zoológico de Buenos Aires habían privado a la orangutana de su libertad en forma ilegítima y arbitraria, y que su salud, tanto desde el punto de vista físico como psíquico, está deteriorada al punto de poner en riesgo su supervivencia, AFADA requirió que se la liberara y se la trasladara al santuario de Sorocaba, en el estado de São Paulo, Brasil, donde podría vivir entre congéneres y en mejores condiciones.

El recurso era claramente intrépido: el hábeas corpus es una figura legal que históricamente se aplica a personas. Y en AFADA, organización liderada por el abogado Pablo Buompadre y patrocinada por el constitucionalista Andrés Gil Domínguez, lo sabían bien: además de conocer el destino aciago de la serie de pedidos similares interpuestos por distintas organizaciones a favor de los grandes simios en otras partes del mundo, ellos mismos acababan de fracasar con un hábeas corpus que había llegado hasta la Corte Suprema de Justicia de la Nación por un chimpancé llamado Toti que vivía en un zoológico privado de la Patagonia. En principio, el caso de Sandra no fue una excepción en esa serie de fracasos: el recurso fue rechazado en dos instancias hasta que el 18 de diciembre, ante una nueva apelación, la Sala II de la Cámara Federal de Casación Penal estableció que la orangutana es un sujeto no humano y, como tal, titular de derechos. El fallo fue catalogado de «histórico» y lo mejor será no resistirse a ese adjetivo, por más transitado que esté. Son tan pocos los antecedentes en el mundo, que en diciembre Sandra fue furor en las redes y noticia en medios como *The Guardian*, *The Independent* y *Der Spiegel*, entre muchos otros. Y si bien tanto desde varios de esos soportes como desde los despachos de algunos constitucionalistas locales

se pone en cuestión el sistema argumentativo del fallo, sobre todo porque remite a una sola fuente bibliográfica, o más bien a dos textos de un mismo autor, nadie deja de reconocer que sienta un precedente radical. Antes de este fallo, aunque el animal estuviese bien cuidado, incluso bien cuidado según lo establecen los requisitos de la Ley 14.346 que lo protege, era considerado un objeto y, como tal, podía ser exhibido y tenido en cautiverio. En cambio ahora, en tanto sujeto no humano, su cautiverio y exhibición pública como objeto son en sí mismos actos que vulneran sus derechos. Después de ese fallo de diciembre las acciones legales en este momento siguen, porque a Sandra se le han otorgado derechos pero no se ha especificado cuáles, y por lo visto determinarlos es una cuestión complicadísima cuando no carísima que quién sabe cuánto tiempo más llevará, porque la maquinaria legal puede ser, como sabemos, proliferante hasta el delirio. Sandra como activista involuntaria, Sandra como posible momento de quiebre: las tres veces que fui a verla para escribir este perfil la vi así. Hice todo lo posible por verla así.

Encierro y exhibición: dos de los padecimientos de Sandra a los que apunta la denuncia que hizo AFADA. Me acuerdo de eso mientras miro el documental de Nicolas Philibert, *Nénette*, de 2010, centrado en la orangutana homónima que nació en los bosques de Borneo y que entonces, mientras la cámara de Philibert la toma, vive en el Jardín des Plantes de París. Tres años vivió en el bosque, casi cuarenta adentro de esa vitrina gigante. Siguiendo la línea *cinéma vérité* de sus trabajos anteriores, Philibert la sigue tan implacable como austeramente, sin subrayados. Desde fuera de la vitrina pero a veces casi pegada al vidrio, como un visitante más, la cámara registra tanto a Nénette y a los suyos como a los infinitos visitantes que la orangutana recibe por día. Infinitos y ruidosos. En pares, solos, en grupos.

Muchos niños en grupos la visitan, comentan, gritan, hacen cosas de niños en grupo. El audio de la película registra sus voces exactamente como si estuvieran en una piscina cubierta, una piscina que no remite en nada a lo placentero y liberador de nadar sino más bien a ese tipo de disciplina mal entendida que se imparte en los internados.

Muchos niños en grupos la visitan, comentan, gritan, hacen cosas de niños en grupo. El audio de la película registra sus voces exactamente como si estuvieran en una piscina cubierta, una piscina que no remite en nada a lo placentero y liberador de nadar sino más bien a ese tipo de disciplina mal entendida que se imparte en los internados, al rigor de corte institucional, a la humillación. El sonido constante rebota contra las paredes, enfatiza el encierro. Son voces humanas enlatadas que hacen los comentarios más previsibles y también más disparatados. La gente —no los niños, sino la gente grande— proyecta sus carencias y sus fantasías con una inocencia por momentos inverosímil, tan abrumadora como sus voces. Le hablan y se contestan, la toman como oráculo. La identificación les impide toda empatía. Un cuidador dice que hay gente que la visita regularmente, a veces todos los días, como si fuera un pariente que los necesita, un familiar preso o enfermo, alguien a quien preferirían ver en otro lado aunque las cosas se hayan dado así, y entonces me tienta creer que esos visitantes son excepciones a esa actitud autocentrada. No los veo entre el público que pulula en el documental, pero elijo creerle al cuidador francés.

La primera vez que fui a ver a Sandra para escribir este perfil quedé sumergida, por uno de esos descuidos de paseante, en una banda de turistas que venía gritándose cosas —datos, comentarios cualquiera: de un tiempo a esta parte, lo sabemos, el ser humano no puede pasar mucho tiempo en silencio o desconectado, lo que se confunde como una misma cosa, a riesgo de tener un ataque de pánico— y entonces llegué hasta su recinto un poco como los visitantes de Nénette, sumergida

en el ruido. Tenía mucho ruido mental también, porque desde hace ya casi una década, cuando publiqué un libro cuya escritura me había hecho pasar muchos días seguidos en el zoológico, en este de Buenos Aires y en varios otros también, me había prometido nunca más pisar ninguno. Tenía mis razones y las sigo teniendo, pero el caso Sandra amerita romper más de una promesa. La segunda vez que fui a ver a Sandra tuve más suerte: no había nadie alrededor salvo un par de cuidadores que justo estaban dándole de almorzar. En realidad uno de los cuidadores oficiaba de entrenador del otro, quien a su vez entrenaba a Sandra. Siguiendo las indicaciones del primero, el segundo le iba tirando pedacitos de banana a los lugares más remotos de su recinto —porque esta orangutana, al contrario de Nénette, tiene una gran parte de su espacio al aire libre— para que ella los fuera a buscar. Todo mediatizado por un lenguaje de señas que me hacía acordar al de los asistentes de aterrizaje en los aeropuertos. Algunas de esas señas son pura conexión con el animal, porque lo que se busca con este entrenamiento es no solo hacerla adelgazar sino hacerla sentir acompañada, me dijo el primer entrenador de la cadena. Otros después, ya fuera del zoológico, me dirán que estas prácticas de enriquecimiento ambiental dedicadas a Sandra son muy recientes, una especie de pantalla post fallo para apaciguar los ánimos generales y también las denuncias puntuales contra autoridades del zoológico que este caso puso en marcha, denuncias graves que en estos días también siguen su curso. Pero mientras, en ese mediodía de marzo, el primer entrenador me contó que todo lo que él sabe lo fue aprendiendo en libros, en revistas, en manuales, o mirando en YouTube, en documentales, porque acá en la

Encontré entre los comentarios de un diario de gran tirada el comentario de un lector, por llamarlo así, en el que decía que la orangutana le parecía idéntica a una judía con peluca. Hay que reconocerle al supuesto lector una importante capacidad de síntesis, porque en tan breve comparación compactaba discriminación hacia al menos tres grupos.

Argentina no hay un lugar adonde aprender este oficio. En su caso, por ejemplo, empezó entrenando perros, porque ese sí es un curso que se dicta en la Facultad de Veterinaria. Uno se va haciendo como puede. Hay que reconocer que durante los últimos cinco años Sandra tuvo un gran cuidador, eso también me lo dirán afuera, uno de esos autodidactas con una percepción del universo animal increíble, una capacidad de sintonía y de trabajo excepcionales. Pero desde hace unos meses, después de que el caso estuviera en los diarios, los directivos del zoológico lo cambiaron de área, lo volvieron inhallable, lo silenciaron. Antes de eso, fue una de las personas que asistieron a la audiencia que, en un nuevo capítulo de lo que algunos medios llaman «la liberación de Sandra», la jueza Elena Liberatori (sic) convocó hacia fines de marzo para empezar a decidir qué pasos tomar ahora que el fallo histórico es un hecho, para que lo de «histórico» no quede relegado al bronce del olvido con el que a veces se lo asocia y tome en cambio una forma de aplicación concreta. En esa audiencia, que el Gobierno de la Ciudad intentó impedir aunque su pedido fue desestimado, participaron también el director del zoológico de Buenos Aires, representantes del poder judicial de la ciudad, dos patrocinantes de AFADA, abogados especializados en el tema animal y un equipo interdisciplinario conformado por profesores de la Universidad de Rosario y la Universidad de Buenos Aires. Dicen que la audiencia duró cuatro horas y que estuvo amenizada por unos sándwiches de jamón. Refiriéndose a estos últimos parece ser que, a la salida, uno de los participantes dijo que ahí estaban todos muy

preocupados por los derechos de la orangutana pero que, por lo visto, los derechos de los chanchos nadie los tenía en cuenta.

Cuando leí ese comentario así, suelto, citado en un artículo de diario, me pregunté si sería uno de esos chistes berretas que tanto abundan en este tipo de contiendas, o si el participante de la audiencia se estaría refiriendo al modo en que los chanchos fueron protagonistas en causas judiciales en otras épocas, especialmente durante la Edad Media. Michel Pastoureau aborda el tema en ese libro extraordinario que se llama *Una historia simbólica de la Edad Media occidental*,¹ donde cuenta un caso que viene al caso, valga la redundancia. Durante los primeros días de 1386 se registró en Falaise, un pueblito de la Baja Normandía, lo que el mismo Pastoureau, a quien uno pensaría que ya nada de la época puede asombrarlo, califica como «un acontecimiento extraordinario»: después de nueve días de juicio en los que su defensor legal no pudo hacer mucho para absolverla, una chancha fue declarada culpable del asesinato de un bebé de tres meses y condenada a muerte. Antes, se le leyó la sentencia. Luego, la vistieron con ropas humanas y la ataron a una yegua que la arrastró desde la plaza del castillo del señor feudal hasta la periferia, donde se había instalado un cadalso en el que la chancha comenzaría su larga muerte. Primero, el verdugo le cortó el morro y le hizo unos cortes profundos en la pierna, porque era parte del protocolo hacer que el animal sufriera exactamente el mismo tipo de daño que

1 Buenos Aires, Katz Editores, 2006.

había causado a su víctima. Después, le colocaron una especie de careta de rasgos humanos y la ataron por los cuartos traseros a un árbol para que allí terminara de desangrarse. Una vez que comprobaron que la chancha estaba muerta del todo, volvieron a arrastrar sus restos alrededor de toda la plaza y, finalmente, los quemaron en una hoguera. Queda claro que esta ejecución, casi un espectáculo, estaba hecha para un público, y en este caso un público muy pensado, entre los que estaban, además del vizconde de Falaise y de los miembros de su comitiva que administraban la ley, un grupo levemente heterogéneo conformado por el dueño de la chancha, el padre del niño, habitantes del pueblo y una serie de campesinos que habían sido reclutados en los alrededores con la orden de asistir no solo con sus familias sino con sus chanchos, congéneres de la víctima. Faltaban todavía dos siglos para que el célebre jurista Barthélemy de Chassanée escribiera su *Consilia*, el tratado en el que resumiría los requisitos formales que debían aplicarse en los juicios a los animales, pero por lo que se ve, el señor feudal y sus aliados sabían ya entonces cómo proceder para que, a partir de esta ejecución, los involucrados directos –el dueño de la chancha y el padre del niño– y los otros involucrados posibles –gente en general, chanchos en general– tuvieran su momento pedagógico. Mejor cuidar que animales y niños no anden sueltos, mejor comer otra cosa: cada uno habrá llegado a sus conclusiones. Lo que importa acá remarcar es el hecho de que, aunque entonces por Derecho no pueda entenderse lo mismo que pasó a entenderse a partir de la Modernidad, estamos frente a un caso en el que un animal es centro de un debate judicial. Y no solo eso, un caso en el que el animal debe comparecer ante la justicia para ser condenado (o, en otros casos, absuelto) porque, dice Pastoureau, en la Edad Media «todo ser vivo es sujeto de derecho».

También dice Pastoureau en ese mismo libro que, aunque menos espectaculares o menos atestigüados que el caso de la chancha de Falaise, los pleitos legales que involucraban a estos animales eran muy frecuentes en esa época –llega a contar unas 60 causas entre 1266 y 1586– y que eso respondía a una razón que entonces nadie discutía: la proximidad entre el cerdo y el animal humano. En las academias de medicina,

por ejemplo, se diseccionaban chanchos para estudiar el cuerpo humano teniendo en cuenta similitudes que luego la ciencia contemporánea confirmó plenamente, sobre todo cuando se trata del aparato digestivo, el urinario, los tejidos y el sistema cutáneo. Recién en el siglo XIX ese parentesco se trasladó al mono, pero independientemente de que hablemos de monos o de cerdos el otro hecho fundamental que esa anécdota de Falaise remarca es la proximidad que entonces, en la durante tanto tiempo denostada Edad Media, había entre el humano y el animal, los modos en los que desde distintos ámbitos –la justicia, la ciencia, la percepción popular– se los pensaba próximos, línea de pensamiento que fue quebrada al medio de forma tajante durante el Iluminismo. Entonces, Descartes articuló su confrontación jerarquizante entre lo humano y lo animal con una eficacia tal que, con distintas formulaciones y efectos, recorrió los siglos siguientes y llegó a estar presente en los preceptos ideológicos del nazismo, entre otras aberraciones históricas que persisten hasta hoy. Porque la cosificación inherente a la teoría cartesiana se aplica no solo a los animales sino también a los humanos. Mejor dicho, a algunos humanos, que según el momento histórico pueden ser judíos o musulmanes o negros, y así sigue la lista, siempre una lista que hace referencia a los desclasados, los abyectos o los que el sistema considere innecesarios, improductivos, peligrosos. Porque inevitablemente implica revisar esa concepción de lo que entendemos por vida es que me parece crucial el caso Sandra, que vuelve a plantear la necesidad de pensar no solo el estatuto de lo animal sino el de lo humano, o mejor dicho a azuzar la necesidad de encontrar nuevas formas de confluencia, una puerta de entrada a nuevas formas de pensar lo viviente, «a imaginar modos más abiertos y hospitalarios de ser *en común*», tal como propone Florencia Garramuño en *Mundos en común*,² lo que desde ya supone desestimar tanto la identificación humano-animal como la definición del primero en contraposición al segundo, y en cambio instiga a pensar una nueva convivencia sobre la que todavía queda mucho por decir, por discutir, pero en la que, ya queda claro, no hay espacio para la cosificación de las formas de vida. A eso me refiero cuando hablo de Sandra como

2 *Mundos en común. Ensayos sobre la inespecificidad en el arte*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.

Después de nueve días de juicio en los que su defensor legal no pudo hacer mucho para absolverla, una chancha fue declarada culpable del asesinato de un bebé de tres meses y condenada a muerte. Antes, se le leyó la sentencia. Luego, la vistieron con ropas humanas y la ataron a una yegua que la arrastró desde la plaza del castillo del señor feudal hasta la periferia, donde se había instalado un cadalso en el que la chancha comenzaría su larga muerte.

activista involuntaria, Sandra como uno de los capítulos de un posible momento de quiebre.

La tercera vez que fui a ver a Sandra para escribir este perfil no había a su alrededor ni turistas ni cuidadores. El día también era radiante y fresco, porque en el sentido meteorológico no hay en Buenos Aires época del año más generosa que el otoño. Como era más temprano que las otras veces que había ido, el sol llegaba desde otro ángulo y entonces el color cobrizo de los pelos largos de Sandra resaltaba más. Me acuerdo que a fines del año pasado, cuando empezaron a aparecer las primeras noticias que la involucraban, encontré entre los comentarios de un diario de gran tirada el comentario de un lector, por llamarlo así, en el que decía que la orangutana le parecía idéntica a una judía con peluca. Hay que reconocerle al supuesto lector una importante capacidad de síntesis, porque en tan breve comparación compactaba discriminación hacia al menos tres grupos. Uno de ellos, el de las mujeres, tiene una vuelta de tuerca bastante curiosa en el caso de los orangutanes y de los grandes simios en general –categoría en la que también están incluidos los chimpancés, los bonobos y los gorilas–, tal como me contó hace unos días Susana Pataro, antropóloga y representante en América Latina de la Fundación Jane Goodall. Ocurre que, desde su base tanzana, donde estaba instalado haciendo excavaciones que luego

serían cruciales en la discusión acerca de los orígenes de la humanidad, el arqueólogo británico Louis Leaky terminó enviando –a veces casi a su pesar– a tres mujeres para que investigaran a los grandes simios sobre el terreno. La primera de ellas fue Jane Goodall, que estudió los chimpancés. La más hollywoodense fue Diane Fossey, que estudió los gorilas. Y la que viene más al caso acá es Biruté Galdikas, primatóloga de origen lituano nacida en Alemania y hoy radicada en Canadá, que después de sus incursiones en Borneo escribió libros en los que se dice lo nunca dicho antes acerca de los orangutanes y su hábitat, porque estas mujeres son las primeras en comprender que, cuando hablamos de una especie, hablamos indefectiblemente de su hábitat, es decir del nuestro, el de todos. Eso queda también clarísimo en *Green*, la película en la que Patrick Rouxel sigue la agonía de una orangutana víctima del desmonte al que una serie de humanos trata de salvarle la vida. En paralelo y en clave abiertamente activista, la película sigue los pasos de la deforestación que otros seres humanos, los favorecidos por la industria del aceite de palma, hacen del hábitat natural de los orangutanes, los bosques de Borneo y Sumatra, y los efectos que eso tiene sobre otros seres humanos, los pobladores de la zona que, también como la orangutana *Green*, están en agonía. Mientras yo investigaba para escribir este perfil, se estrenaba en el Festival de Cine de Buenos Aires *The Act of Killing*, la película en la

que Joshua Oppenheimer revela las otras atrocidades políticas de las que fue testigo cuando viajó a Indonesia a hacer un documental justamente sobre esos últimos seres humanos, los trabajadores que forman la última cadena de la industria del aceite de palma.

Green le habían puesto de nombre a la orangutana que un día pasó a verlo todo menos verde que negro. Supongo que el nombre se le habrá ocurrido a uno de los enfermeros del equipo que trataba de salvarle la vida. Me pregunto entonces quién le habrá puesto Sandra a Sandra y entonces me entero de que en Rostock, antes de venir de Alemania, se llamaba Marissa. Algo parecido le pasó al orangután macho con el que vino, su pareja, que allá se llamaba Rafael y acá se lo rebautizó como Max, aunque uno hubiese esperado la ecuación contraria. Por qué les cambiaron los nombres pregunté entonces, pero nadie me lo supo decir. O al menos no con pasión onomástica. Es normal cuando cambian de zoológico, me dijo, cansino, un cuidador que pasaba por ahí. Y me contó que al hijo que Sandra tuvo en 1998 le pusieron Shembira acá mismo, en el zoológico de Buenos Aires, pero después lo trasladaron a uno en China, cree, y vaya a saber cómo se llama ahí. A su hijo Sandra lo rechazó de entrada, agrega. Fue el personal del zoológico el que tuvo que encargarse de amamantarlo y darle los cuidados básicos hasta que estuviera en condiciones de pasar a formar parte de otra colección, ella nunca quiso saber nada con su criatura. Por qué, preguntaría, pero sé que es inútil, entonces pregunto por qué Sandra en vez de Marissa. Sería el nombre de algún amor imposible de un cuidador. O de la suegra, nunca se sabe, comenta antes de irse.

Un par de días después Claudio Bertonatti, que fue director del zoológico de Buenos Aires entre enero de 2012 y abril de 2013, me dijo que, entre la serie de cambios que intentó introducir pero no pudo, estaba justamente este de los nombres. Ya que los zoológicos se plantean hoy una misión educativa, le parecía el colmo del etnocentrismo, por no decir de la estupidez, esto de ponerles nombres de personas. Él intentó llamar a los animales con alguna palabra que hiciera referencia a su lugar de origen, a sus formas de ser, pero no hubo caso. Una de las atracciones del zoológico es armar un concurso que suele

reunir a muchos chicos para ver cuál de todos es el que logra ponerle nombre a un animal, con lo cual el zoológico jamás haría nada que arruine su objetivo central, el mercado del espectáculo. En lengua malaya, *orang* significa hombre y *utan* bosque, me dice Gail Jones, una escritora australiana con la que me encuentro mientras estoy escribiendo, con lo cual orangután quiere decir literalmente «hombre del bosque». Pienso entonces que, justamente ahí, desde el nombre, la especie ya estuvo siempre remitiendo a lo que con el tiempo se volvería una tensión, porque la marcha del mundo hizo que en algún momento las preposiciones se alteraran y desde entonces la ecuación pasó de «hombre del bosque» a «hombre contra el bosque». Una alteración que se registra allá en su Borneo natal y en miles de otros puntos de la Tierra que, dicen, una vez al año festeja su día.

María Sonia Cristoff publicó en 2014 su segunda novela, *Inclúyanme afuera* (Buenos Aires, Mardulce), y *Desubicados* (Santiago, Laurel).

Hablar con animales

Rodrigo Lara Serrano

Comunicarse con un jaguar, un perro o una paloma —en tanto seres pensantes con sus propios «puntos de vista»— es posible. Los runa ecuatorianos lo hacen. El antropólogo Eduardo Kohn me descubrió que esa comunicación es más extraña e instructiva de la que soñaba en la infancia.

Mearse y ser un yo

Comenzábamos a cruzar Scalabrini Ortiz por una de las esquinas de Güemes, en Buenos Aires, y divisamos a los padres de Eduardo Arrosi y al joven Cristóbal caminando en sentido contrario. A poco de que los cinco nos topáramos en medio de la avenida, Cristóbal, que venía medio distraído, se dio cuenta de quiénes éramos: nos abalanzamos mutuamente para abrazarnos y nuestro amigo, para escándalo de sus acompañantes ya mayores, se meó de alegría. Fueron inútiles los tirones de la correa roja y los gritos llamando al orden. Cristóbal sería el perro de Eduardo, mi mejor amigo en aquellos años, pero no temía expresar sus emociones. Eduardo andaba en Europa en un tardío viaje iniciático y lo había dejado con su familia. Si hubiera sido posible irse en Vespa directo del Barrio de Once a la zona del Palais Royal, en París, Edu se lo habría llevado —como hacía en Buenos Aires—, muy bien dispuesto en la plataforma donde van los pies en la motocicleta.

Así, parte del afecto que Cristóbal nos prodigaba era vicario: encontraba en nosotros fragmentos vivientes del mundo perdido con la partida de su amo. Ese día aprendí que la frase «meado por los perros» es tan parcial como difamadora. La noche que le siguió aprendí algo más. Soñé con una vista frontal de la cara de Cristóbal. Sólo su rostro quieto y con mi propia voz, o una voz interior que decía, con la emoción del asombro, «es humano, es humano».

Sin parla, pero escriturales

Los niños pequeños, en la Sudamérica urbana, creen con naturalidad en la comunicación verbal con los animales. Recuerdo cuando escribía cartas a las palomas que se posaban en el balcón de nuestro departamento de la calle Huelén. La idea había sido de una de mis hermanastras mayores (era claro que las palomas, al menos esas palomas, no respondían las preguntas de viva voz). La broma encerraba la sabiduría del disparate. Los griegos, con su entusiasmo por los disparates como método de relato de la verdad, ya lo habían dicho: el alfabeto cuneiforme nació cuando un dios, Hermes, convino los sonidos del habla con un grupo de marcas, de cuñas, derivadas de las «V» que las bandadas de grullas forman en el cielo. Aunque es más seguro que el mito idealice una realidad más pedestre. El dios usó las huellas que las patas de las aves dejaban en el barro. Grullas o palomas. Si se puede manuscibir, ¿por qué no se puede «patascribir»? En los hechos, existe una «escritura» de las pisadas. No sólo de las palomas. Cualquier cazador (junto con Charles Pierce y Terrence Deacon) sabe que las huellas de todos los animales se pueden leer.

El juego entre mi hermanastra y yo daba en el clavo, pero no en su cabeza. Los seres vivos no humanos también se representan el mundo. Si no el guanaco no huiría del puma y el zorzal haría su nido en medio de las escaleras del metro Los Héroes. Literalmente, los animales tienen sus propios puntos de vista (o de oído y tacto). Y, sin duda, desde ellos, piensan. Los humanos, los educados a la forma occidental, no lo aceptamos porque «mezclamos representación con lenguaje, en el sentido de que tendemos a pensar en el trabajo de la representación en términos de nuestras asunciones de cómo trabaja el lenguaje humano», dice Eduardo Kohn, antropólogo argentino, doctor de la Universidad de Wisconsin y profesor en

la Universidad McGill en Montreal, autor de un libro sobre cómo «piensan» los bosques.¹

Un día, Kohn lleva a su prima Vanessa a Ávila, pueblo ubicado en el alto Amazonas del Ecuador. Él trabaja allí con la comunidad runa. Hace ya siglos que los runa (de origen quechua) ocupan un lugar muy específico en la sociedad. Cristianizados, viven de la agricultura, la pesca y la caza, en subordinación, gracias a la herencia colonial, de los hacendados «blancos», pero considerados superiores a los indígenas que viven más al interior de la selva. Sucede que un perro joven muerde a la prima en un muslo a poco de llegar. Hay estupor. Los perros no tienen permitido morder a la gente en Ávila. Al otro día, vuelve a hacerlo. La comunidad decide que es demasiado. Hay que conversar con el can para que entienda que esto es del todo inaceptable. Entonces, le dan ayahuasca al perro (sólo a él) y se lo explican.

Dicho a su manera

Cualquiera que tenga una mascota o trabaje con un animal doméstico sabe que, tanto como ellos pueden entender nuestras intenciones, nosotros podemos entender varias de las suyas. Ambos nos damos cuenta, nos representamos esa casi instantaneidad, el presente casi inmediato. No se necesita tener palabras en la cabeza para hacerlo. Si llegamos con nuestro gato de visita a la casa de un conocido que a su vez tiene un gato macho no esterilizado y sentimos un olor espantoso, todos entendemos de inmediato que es su territorio y que él quiere que lo sepamos. Por medio de un «índice», un indicio o huella intencional, ese gato ajeno nos dice algo. Demos un salto. «Por la boca muere el pez» o «Uno es esclavo de sus palabras y dueño de sus silencios», dicen lo mismo dos refranes, implicando que somos lo que decimos, lo que comunicamos. ¿Les pasará al resto de los seres vivos lo mismo? Es lo que afirma Kohn, para quien los signos (bajo la forma de índices e íconos) existen más allá de lo humano. «La vida es constitutivamente semiótica», dice. Y, más que eso, «la semiosis permea y constituye el mundo viviente y es por medio de nuestras parcialmente compartidas propensiones semióticas que las relaciones multiespecies

son posibles y, también, analíticamente comprensibles». El asunto tiene efectos prácticos: nunca se debe dejar de mirar a un jaguar a los ojos si se lo encuentra por casualidad en la selva.

Los otros mundos en este

A Kohn muchos lo consideran parte de lo que se ha dado en llamar el «giro ontológico» en las ciencias sociales anglosajonas. En su caso, y en palabras del antropólogo chileno-estadunidense Pablo Seward, «trata el mundo que ven los indígenas no epistemológicamente, como una interpretación más de un mundo natural que nosotros los occidentales iluminados ya hemos descubierto, sino ontológicamente, como un mundo enteramente distinto. Entonces, se explora cómo es que podemos entender los organismos que constituyen el Amazonas en cuanto parte de un todo que se puede considerar una cultura. Dentro de este contexto, el ser humano no es sino un organismo más entre muchos otros que constituyen esta cultura *beyond the human*». En ese mundo, se focaliza en las formas con que los seres humanos interactúan con los animales que les rodean, pero no en un nivel trivial, sino en una manera que se asimila (en grado de complejidad lingüística) a como los seres humanos interactúan entre sí. Pero sin engaños: Kohn presenta su labor no como una que se realice en una sociedad prístina, «silvestre», como ironiza él mismo, sino dentro de un grupo humano que hace mucho está del todo integrado en el Ecuador contemporáneo. Y lo que muestra de este grupo, y relata en *How Forests Think*, nos interpela.

Otra galaxia aquí mismo

Volvamos a la posibilidad de una conversación con los animales. Los runa saben cómo piensan los jaguares. Por un lado es simple. En tanto los predadores que son, si te muestras ante ellos desde ese punto de vista, como una presa, estás muerto. Pero también puedes ser visto como otro predador, un *runa-puma*. Ahí te salvas. Por eso nunca hay que presentarse como «carne» (dar la espalda), sino como «puma» (mirar a los ojos). Por otra parte la relación es compleja. Los muertos pueden encarnarse en un jaguar (y olvidar su pasado humano) y, a su vez, un ser superior de la selva usa a los jaguares como los perros de su jardín (la misma selva). En el mundo de Ávila, los animales son personas no humanas. En este

¹ *How Forests Think. Toward an Anthropology Beyond the Human*. Oakland, University of California Press, 2014, 288 páginas. El libro obtuvo el premio Gregory Bateson de la American Anthropological Association el año pasado.

La comunidad decide que es demasiado. Hay que conversar con el can para que entienda que esto es del todo inaceptable. Entonces, le dan ayahuasca al perro (sólo a él) y se lo explican.

multinaturalismo, la foresta que hierve de vida puede entenderse como la cantina de *Star Wars*, repleta de dialogantes especies diferentes. Lo que no vemos en la película es que esas personas se coman unas a otras, pero en la selva amazónica el cazador necesita matar y, para hacerlo, considerar a su presa un ser lleno de emociones, con un yo, no ayuda. No viene al caso detallar cómo se despliega esta danza de personalización-despersonalización, pero sí decir que ese despliegue es la clave que nos diferencia de lo que los runa entienden como personas no humanas: dado que «pensar moralmente y actuar éticamente requiere referencia simbólica», nosotros, los humanos, somos el único tipo de animal que actúa moralmente y puede anticipar, decidir y responsabilizarse por sus efectos en la vida del resto, arguye Kohn. La conclusión es clara. A diferencia del mundo Disney, no podemos esperar a ningún Pepe Grillo o Zorro Sabio que venga a darnos consejos como un guía moral.

Paradoja imperativa

Así, «no es suficiente imaginar cómo hablan los animales, o atribuirles el habla humana», dice Kohn. Hay que enfrentar «las limitaciones impuestas por las características particulares de las modalidades semióticas que los animales usan entre ellos mismos». Es lo que los runa han hecho creando su propio «pidgin inter-especie» con sus perros. Sin una gramática estable, un pidgin es un código que permite a personas de lenguas diferentes comunicarse operativamente, en lo que podría asimilarse a un puente colgante nacido de la necesidad y batido por el viento de la desigualdad de poder entre ellas.

Conscientes de que un perro no entiende más que muy limitadamente el lenguaje vocal humano, los runa han integrado en este pidgin vocalizaciones perrunas (que entienden asociadas a acciones específicas), un modo verbal imperativo («imperativo perruno») que no se usa entre humanos y la aplicación –brillante, por

cierto— de lo que el antropólogo Gregory Bateson observó hace décadas que es habitual entre muchos mamíferos que juegan: la negación paradójica actuada (de manera indicial: hacer algo «de mentira» o con menos intensidad, como señal de que, precisamente, no se hará «en serio»).

¿Por qué entonces darles alucinógenos (además de la ayahuasca usan *tsita*, bilis de agutí)? Así como los runa entienden que para comunicarse con los seres superiores sus chamanes deben salir de sí mismos, a los perros debe facilitárseles la comprensión del habla humana de la misma forma, precisamente «porque no hay lugar en la sociedad runa para los perros (sólo) como animales». Deben actuar, contenerse, como las personas. Es un caso especial (para otra ocasión queda la descripción del antropólogo de cómo los runa evitan los peligros que surgen de borrar las fronteras entre las personas humanas y las no humanas en estos encuentros).

Ahora, si no vamos a «domesticar», integrar, a nuestras sociedades a todos los animales, tal vez debemos esforzarnos menos en hablarles que en «escucharlos». Justamente, dice Kohn, como ellos no son criaturas simbólicas, «nos fuerzan a encontrar nuevas maneras de escuchar, nos fuerzan a pensar más allá de nuestros mundos morales en formas que pueden ayudarnos a imaginar y realizar mundos más justos y mejores». Con ellos. Y, dados los poderes de vida y muerte que nos hemos autoconcedido sobre el mundo animal, sabiendo que se trata de seres que tienen emociones y piensan (al menos del modo en que nosotros lo hacemos en el momento de soñar), no hacerlo es caer, como temen los runa, en «ceguera del alma». Las palomas no leen, pero tienen puntos de vista. Tal vez del todo inesperados. Sería bueno conocerlos.

Rodrigo Lara Serrano escribe y dibuja, y es editor asociado internacional de *América Economía*. En 2005 publicó el libro de relatos *Diario íntimo del Correcaminos*.

Un dilema de perros

Claudia Urzúa

Exijo al máximo mi memoria pero no logro recordar el nombre del perro. En su lugar vuelven postales nítidas del invierno de 2005 en Puerto Williams: ropa húmeda colgando sobre la estufa, el canal Beagle en calma, los veleros y los petreles, mis manos cubiertas de pequeñas quemaduras mientras aprendo a hacer el fuego, silencio, nieve y ventisca. El perro cuyo nombre no recuerdo —¿Rocky?, ¿Adam?— fue un compañero impuestado en aquella aventura. Era la mascota de un velerista norteamericano llamado Ben Garrett, personaje típico de un pueblo extrañamente cosmopolita en el que la gente se mira, se cala y clasifica, y pasa de inmediato a otro tema. Ben era el gringo dueño de la *Victory*, una belleza de tres palos pintada de rojo oscuro y crema que hibernaba en el muelle Micalvi hasta que el verano la volvía activa gracias al turismo. La *Victory* llegaba hasta el Cabo de Hornos y daba la vuelta.

Ben, además, estaba a cargo de la conexión de banda ancha del poblado. Su casa, en el punto más alto de la urbanización, tenía la ventana *bow window* tan apreciada en el sur más austral: desde ahí presencié todos los días puestas y salidas de sol de colores escandalosos, así como una colección de porrazos sobre la escarcha de los pocos transeúntes que se animaban a ir por las calles congeladas. Desde ahí noté, por ejemplo, que los niños cubrían sus zapatos con calcetines con clavos (sí, como suena: calcetines gruesos con clavos atravesados). La ventana también me mostraba que sobre el Beagle siempre había barcos y que en las calles había perros.

Ben, su mujer y sus dos hijas estaban en Estados Unidos: la casa había quedado a solas, con una enorme provisión de leña seca guardada en un cobertizo, dos estufas, una cocina bien surtida de no perecibles y la mejor señal de internet de Puerto Williams. Y yo, en uno de los oficios improvisados que ejercí ese invierno, era la cuidadora de todo aquello, incluyendo al perro cuyo nombre no recuerdo.

Lo veo con claridad: un ejemplar juvenil de samoiedo, blanco reluciente, con ojitos negros como pedruscos; un perro precioso, mullido, grande, que despertaba ganas inmediatas de acariciar y apretar. El detalle es que era un incordio, no al modo humano sino a la manera de un perro: gruñía, tiraba mordiscos y no obedecía instrucción alguna. Ignoraba su plato de agua y comida junto a la puerta y prefería merodear el refrigerador. No se dejaba alcanzar, y qué hablar



Bushnell

02-01-2014 21:25:10

de acariciar. Su respuesta a los «lindo perrito» y a los «¡fuera de aquí!» era la misma: mostrar unos dientes fieros y algo amarillentos en contraste con su pelo albo. Además, masticaba sillones, zapatos y calcetines y hacía desaparecer objetos pequeños y relucientes que llamaran su atención. Como mi teléfono, el que ocupaba solo de despertador y que no se movía del velador de la pieza de las niñas donde yo dormía, arropada por un cubrecama de Barbie. Un día no estuvo más. Consciente en todo momento de lo absurdo de mi acto reflejo de ir a pedirle explicaciones, salí a buscar al perro. Me senté en un tronco de leña a mirarlo y él me devolvió la mirada. ¿Enterró mi celular? ¿Se lo comió? Imposible saber. Al rato dio media vuelta y se marchó, con la cola erguida.

El perro entraba y salía. Yo me preocupaba por él porque estaba a mi cargo igual que las plantas, la provisión de leña, la responsabilidad de mantener la casa tibia. No me pidan, entonces ni ahora, afecto por un animal tan odioso. En la noche, que caía a las cuatro de la tarde, salía al patio a llamarlo, a vocear ese nombre olvidado. Nada. En la mañana, en cuanto abría la puerta, irrumpía desde cualquier parte y entraba a los empellones, arrasando conmigo y con la limpieza del piso de linóleo de la entrada. Se plantaba en la mitad de la cocina a gruñirme.

Sus malos modales llegaron a su fin cuando se encontró con Amanda Glickman, una bióloga canadiense que había llegado navegando a Puerto Williams con su marido. Amanda era intrépida y decidida; además de ser la capitana de la *Darwin's Passage*, su velero, adiestraba perros. Al conocerse se miraron de hito en hito. Amanda tenía un gesto divertido y suave. El perro estaba incómodo, gemía. Ella le acercó la mano, él trató de morderla. En dos segundos estaba en el suelo, con el antebrazo de Amanda cruzado entre las fauces para inmovilizarle la mandíbula y una de sus rodillas conteniéndolo en el suelo. Mi oído histórico recuerda los alaridos del animal, que perforaron el silencio de la mañana y a mí el cráneo. Gritaba por su vida o su vergüenza, y Amanda resistía sobre él sin pestañear. Cuando la batalla concluyó, ella se incorporó con calma; el perro dominado se puso de pie, la miró con las orejas caídas y la cola entre las piernas, y se fue. La próxima vez que la vio se puso de espaldas contra el suelo y le mostró su blanca panza en completa sumisión.

Sin embargo, ese samoiedo hermoso y discolo, que ya pasaba largas horas en el campo, no iba a ser nunca un adecuado animal doméstico. Era tarde para él. Se le veía vagar por el pueblo y correr por los campos, mancha fantasmal e inconfundible que volvió muy pocas veces a la casa de los Garrett, incluso cuando sus verdaderos dueños regresaron y ya no quedaba huella de su desmotivada cuidadora y de la recia humana que lo había domado.

A Amanda Glickman, que tampoco retuvo su nombre, no le extraña que se haya vuelto salvaje. «Era un buen animal, pero sus dueños le permitieron que los dominara. Como le temían, fue cada vez menos bienvenido en la casa. Es triste, pero pocas personas se toman la molestia de entregarles a sus perros la estabilidad psicológica que necesitan para ser buena compañía. Se olvidan de que sus dulces cachorritos crecerán», explica años después, desde Canadá, probablemente con la cabeza de Salty, su golden retriever, apoyada en sus rodillas mientras escribe en el computador. Porque Amanda es una persona de perros. Salty es la luz de sus ojos. Simplemente, no se pierde en lo que como dueña y responsable le toca hacer para que tanto su vida como la del perro sean buenas y armónicas: primero, educarlo; después, nunca dejarlo solo. Es pragmática. ¿Mencioné que es canadiense?

Ojos en el bosque

Regreso a Puerto Williams casi diez años después. Es un terruño que apenas cambia y que mantiene a los perros como parte del paisaje: tumbados en la mitad de la calle, orillados en los escalones de las puertas, por jaurías en el basurero municipal, correteando aves en la playa. Abunda el espécimen lanudo, bien aperado contra el frío, de mirada hosca bajo la chasca de pelo apelmazado. Son, según el censo de mascotas realizado en 2013 por el programa veterinario de la Municipalidad de Cabo de Hornos, 138 perros pertenecientes a 127 domicilios (hay 267 viviendas en total el poblado). Para la misma población auscultada se contabilizan 75 gatos que, siendo igualmente grandes y algo chuscos, tienen poco que hacer entre tantos perros, casi la mitad de los cuales vive permanentemente en la calle. Sus propietarios —pues alguna vez todos los tuvieron— los dejan hacer: ir, volver, vagar (*roam* es el término que usa la ciencia en inglés). En Puerto Williams, por lo demás, la frontera

En Puerto Williams, la frontera entre las casas de los humanos y el llamado de la selva es endeble: hay bosque tupido a doscientos metros del centro de la población.

entre las casas de los humanos y el llamado de la selva es endeble: hay bosque tupido a doscientos metros del centro de la población. Es tierra de baguales o perros asilvestrados, es decir, antiguos perros domésticos que han vuelto al estado silvestre y ya no dependen directamente del ser humano para alimentarse o ser protegidos.

El samoiado de los Garrett es uno más de los perros que no volvieron, como en esas historias de terror que involucran las desapariciones misteriosas y posteriores retornos terroríficos de algún tipo de ser vivo. Pero en el caso de los perros la realidad es prosaica: se devuelven a los campos por causa de las personas, por negligencia, maltrato, muerte o interdicción del cuidador. En bosques y cañadones han concebido y parido cachorros que, lejos del humano, hacen lo que saben hacer: cazar, acechar y reproducirse. Y se reproducen mucho. La doctora en Biología Elke Schüttler, que los estudia en Puerto Williams, cita diversas investigaciones científicas para enumerar los daños causados por la sobrepoblación de baguales: ataques directos a personas, depredación del ganado doméstico y especies silvestres, y transmisión de enfermedades, especialmente la rabia. En 2005 se recogieron testimonios de pescadores que habían visto jaurías atacando y depredando guanacos en la isla Navarino; un año después, otro equipo de investigadores estableció el «primer registro oportunista de perros y gatos asilvestrados en diferentes islas» de la Reserva de la Biósfera del Cabo de Hornos.¹ En 2009, la propia Elke Schüttler constató que los perros vagabundos podrían destruir nidos de gansos silvestres y patos.

José Germán González, pescador y descendiente yagán, explica el problema: «Se dice que cruzan nadando desde las islas. A veces solo muerden a las ovejas, sin matarlas. La gente empezó a matar a los baguales, cansada de que se echen a los terneros y a los potrillos». Eso es lo

que ha oído; lo que ha visto es la performance espantosa de una cría de guanaco muerta a dentelladas, que resiste el ataque de pie y así queda, con las patas abiertas como una escuadra ensangrentada y los huesos expuestos. A fines de los setenta, había presenciado el cuadro perturbador de un centenar de ovejas a medio comer en un corral de la isla Nueva. «Fueron los perros, los de la casa y los del monte», recuerda. Con los suyos ha tenido suertes diferentes: está el Bugui, grande y amarillo, que reconoce domicilio donde su tía abuela Cristina Calderón, la última yagana, pero se lo pasa en el bosque, porque le gusta cazar castores que lo devuelven todo mordido; la Fea-fea, que empezó a desaparecer de a poco y que un día volvió con una camada de crías, para luego perderse de nuevo y definitivamente; y los dos que son su sombra, Feo-feo y Caiche. «Esos no se mueven del calentador», los denuncia.

González es uno de los informantes de la doctora Schüttler. Cuando la conocí, Elke estudiaba la dieta del visón, introducido desde Norteamérica en 2001. Estuve con ella en la costa de la isla ayudándola a instalar trampas y luego a recoger el artefacto con el irritable animal adentro, del que había que registrar peso y estatura y calcular su edad. Son bestezuelas larguiruchas, de dientes afilados que devoran pequeñas aves, roedores y pececillos. Esta información la proporcionaban las fecas que la doctora recogía en los diversos hábitat del visón, siempre cerca del agua. En el invierno de 2005, antes de mi aventura con el perro, compartí casa con ella, el living, para ser exacta, que era donde estaba la estufa a leña, pues las tres habitaciones interiores estaban imposibles de frío y humedad. Así que dormíamos al lado de la cocina y frente a la puerta de entrada.

La planificación de Elke era intransable: con una nevada de medio metro salía igual a verificar sus trampas y animales. Hoy, después de un breve periplo en la Araucanía monitoreando al gato güiña, está de regreso en Puerto Williams. Los perros son lo suyo ahora, pero antes de proponer

¹ En ese contexto, «oportunisto» quiere decir que mientras se investiga una cosa se da con otra.

Lo que ha visto es la performance espantosa de una cría de guanaco muerta a dentelladas, que resiste el ataque de pie y así queda, con las patas abiertas como una escuadra ensangrentada y los huesos expuestos.

qué hacer con los baguales, y como científica que es, necesita contarlos e incluso entender «la causa primaria del problema, es decir, las actitudes y percepciones de los humanos respecto de los sistemas de tenencia de mascotas».

«Aquí la mayoría de los animales domésticos andan sueltos: vaca, caballo, chanco, de los que incluso hay asilvestrados, y perros, por supuesto. Debe haber algunos perros problemáticos y habría que confirmar la existencia de perros asilvestrados, tal vez perras con crías o las mismas crías que fueron abandonadas por personas y que luego se reproducen en el monte», dice, con distancia académica. Y cita estudios de investigadores que han visto esas crías. Con lo que no está de acuerdo es con la maledicencia pueblerina que acusa a los funcionarios de la Armada de dejar botados a los bonitos perros de raza que se traen a vivir con ellos una vez que cumplen su período de servicio. «No, no. Es un mito.» La Armada, consciente de que existe esa percepción, empezó a registrar hace dos años las mascotas de su personal. ¿Y antes? ¿Qué pasó antes? ¿Quién da fe de los siberianos que, afirman los lugareños, todavía rondan por ahí, o de los rottweilers abandonados por los trabajadores de las pesqueras, otro grupo de población flotante? La ciencia no es retroactiva.

Para hacer un catastro de los perros de la isla que ayude a clasificarlos según grado de dependencia del ser humano, Elke hará encuestas a los dueños —residentes temporales o permanentes— para saber desde cuándo los tienen, cómo los cuidan, qué tan patiperros son, y así. Y para contar a los supuestos asilvestrados usará cámaras-trampa que se fijan a árboles o a palos con alguna carnada interesante. Basta que un animal pase a una distancia aproximada de un metro para que el dispositivo se active y dispare. De noche, dispone de luz infrarroja y no usa flash.

El biólogo Ramiro Crego, estudiante de doctorado de la Universidad de North Texas, ocupa cámaras-trampa para estudiar los visones: son sus ojos en el bosque, que observan y registran información en las horas hostiles. Si bien su objetivo es otra criatura, el azar le ha proporcionado una buena colección de fotos de perros. «Es común que salgan mirando a la cámara, porque los alerta el pequeño sonido que esta hace cuando se activa», explica. Y ahí están: orejas alzadas y ojos incandescentes, más cerca del lobo que del tierno cachupín humanizado, haciendo de las suyas en la oscuridad. Muchas veces es una única foto y no se vuelve a saber del animal, pero a veces comienza a armarse una historia: a las 4.47 de la madrugada del 3 de marzo de 2015, la cámara captó una secuencia de imágenes de siete perros; horas después, al momento de ir a retirar los dispositivos para analizar los resultados, el grupo de Crego se topó con los mismos perros, sin saberlo en ese momento. «Anduvieron por la zona durante un mes, ya que obtuve varias fotos de distintas cámaras del mismo grupo. Todos son animales vagabundos que deambulan por la isla, que si te ven suelen salir corriendo. O sea, no son amistosos con los humanos. No sabemos qué comen o por dónde andan». Todo eso es, precisamente, lo que la doctora Schüttler quiere saber.

La crueldad bienintencionada

Mientras la ciencia se toma sus tiempos —Elke Schüttler tiene tres años para completar su investigación—, el problema sigue aquí, mostrando los dientes, pues el dato objetivo es que en Chile hay un perro por cada tres personas, cuando lo recomendable es una relación de uno a diez. Nuestro país tiene el récord vergonzoso de la tasa de mordida per cápita más alta del mundo; se estiman entre setenta mil y ciento cincuenta mil las personas que sufren anualmente un ataque de perro en la vía pública.

En los campos el problema es igual de grave pero quizás algo lejano de la pauta mediática. Solo en la Región de Magallanes, a cuya jurisdicción pertenece Puerto Williams, el Servicio Agrícola y Ganadero cuenta cincuenta mil muertes de ovejas al año, el cuarenta por ciento a causa de los perros, que ya desplazaron al puma —e incluso hay evidencias de cómo arrinconan al gran gato— en peligrosidad. En las zonas lecheras del sur, la tercera causa de mortandad de los bovinos son las enfermedades que transmite la mordedura de los perros, infecciones que también son mortales para distintos tipos de zorros. Hay datos de pudúes mordidos en la profundidad del bosque, que ahora aprendieron a temer a los perros abandonados, igual que a los pumas. Se sabe de jaurías en el Parque Nacional Pan de Azúcar, en Atacama, que amenazan a los guanacos. Cánidos a lo largo del país, hambrientos, abandonados y asilvajados, con la sombra traicionera del ser humano sobre ellos.

«La principal razón por la que hay perros entrando en parques nacionales o cazando ganado doméstico en el campo es que las personas de ciudad los van a botar ahí», afirma el doctor Cristian Bonacic, especialista en bienestar animal de la Universidad Católica, elevando un poco la voz para ganarle al estruendo de las cotorras argentinas fuera de su ventana en Santiago. Pero aunque no hubiera ruido también sería enfático para explicar por qué esos animales asilvestrados no tienen ni tendrán una experiencia satisfactoria reencontrándose con un lado salvaje perdido hace siglos a fuerza de domesticación. «Hoy los perros se están muriendo de hambre, de enfermedades y de abandono, porque no están adaptados para vivir sin el cuidado del hombre.»

En los campos, además, los propietarios de ganado doméstico aplican la ley de la selva contra las jaurías, utilizando los crueles métodos de siempre: la trampa hecha de un nudo corredizo de alambre amarrado a un palo (el guachi), el cebo envenenado, el vidrio molido. Deshacerse de un perro no tiene ningún costo. Hacerlo desaparecer mediante cualquier método, tampoco. «A nadie le preocupa, a nadie le importa y nadie fiscaliza», dice Bonacic, que no excluye a los grupos animalistas de tendencia especista (o derechamente perrista) de un desinterés que considera generalizado. Su argumento es simple: «No pueden decir que goce de bienestar animal un perro vago de la calle, expuesto a que

lo atropellen o a morirse de hambre, o un animal recién esterilizado al que se le devuelve a la intemperie sin un adecuado posoperatorio».

La situación en los campos al menos pudo ser de otra manera. De hecho, alcanzó a serlo por el par de semanas que estuvo vigente y publicado en el *Diario Oficial* el decreto que modificaba el reglamento de la ley de caza del Ministerio de Agricultura, e incluía las jaurías de perros salvajes o bravíos de zonas rurales en el listado de especies que, siendo un peligro para la conservación de la biodiversidad, se autorizaba a cazar. Después de una década de estudio, con todas las comisiones científicas consultadas y una decisión tomada en materia de política pública de salud y medio ambiente, el nuevo reglamento, publicado el 31 de enero de 2015, situaba a los baguales en una lista ya compuesta por conejos, liebres, lauchas, guarenes, castores, visones, ciervos rojos, jabalíes y zorros chilla, entre otros.

Pero cuando ardió Troya solo importaron los perros. Patricia Cocas, de la ONG ProAnimal, dijo a *La Tercera* que «el perro es un animal de compañía, que dentro del reglamento lo hayan llamado “perro asilvestrado” (...) es ilegítimo». Florencia Trujillo, vocera de la ONG Ecópolis, dijo en la radio Cooperativa: «Es el colmo de la incoherencia porque no puede existir, por una parte, una señal en relación a la tenencia responsable y el plan nacional de esterilización y, por otra, publicar este reglamento que autoriza la caza de perros indicándole a la gente que se rasque con sus propias uñas y que solucione el problema a punta de escopetazos». «Estamos devastados», siguió, e interpeló a la Presidenta para que detuviera la aplicación del reglamento. «Basta su firma», aseguró. También hubo algunas manifestaciones de fuerza: la sede en Punta Arenas del Ministerio de Agricultura fue atacada con bombas molotov que produjeron un pequeño incendio y dejaron vidrios destrozados. «NO AL GENOCIDIO DE NUESTROS HERMANOS ANIMALES. NO A LA LEY DE CAZA», se leía en los panfletos que quedaron esparcidos en la calle.

La polémica fue breve, cruenta y reemplazó argumentos latos por los escasos pero más efectivos caracteres de las redes sociales. Los funcionarios del SAG, el brazo técnico del Ministerio en estos asuntos, habían empezado a explicar los alcances del reglamento, desde lo que se entendía por asilvestrado hasta los requisitos que debían cumplirse para iniciar actividades de caza, cuando

Hay datos de pudúes mordidos en la profundidad del bosque, que ahora aprendieron a temer a los perros abandonados, igual que a los pumas.

ocurrió lo inesperado: el 10 de febrero, el Gobierno retiró el cuerpo normativo y anunció la constitución de una «mesa de trabajo público-privada» que escucharía las posturas de todos los actores sociales para «avanzar en la problemática». Los científicos y especialistas que fueron parte del proceso aún no se recuperan del golpe; hay un sabor a traición y a desgobierno. «Quedamos en fojas cero», sintetiza el doctor Bonacic.

La purga silenciosa

Lejos de las ciudades y de sus parientes civilizados, los baguales siguen acechando. ¿Habrán visto un animalista de ciudad la sombra fugitiva de un perro o la expresión pura de su naturaleza mientras devora un ternero a la orilla del camino? ¿Habrán visto los animalistas más jóvenes cómo se muere en pie un bosque centenario de lenga, ahogado por la represa de un castor? Si la defensa es extensiva al mundo animal, ¿merecen morir los castores, con su maravillosa biología auestas, solo porque destruyen bosques? ¿Merecen morir los perros? ¿Es adecuado hablar de merecimiento, si en la naturaleza siempre tendrá que morir algo para que otro viva?

En noviembre de 2011, en el camino de rípio, poco más que una huella, que serpentea entre Puerto Williams y Puerto Navarino, se cruza pomposamente el castor, a plena luz del día y arrastrando su cola plana. Jorge Quelín, el chofer de la gobernación que me oficia de guía turístico, detiene el motor, masculla «espérame» y se baja del auto con sigilo de cazador. Un piedrazo y paf, cae el castor; otro piedrazo para rematarlo. Mis manos están sobre mis ojos, siento que la boca se me afloja. Cuando puedo mirar de nuevo, Jorge sostiene de una pata al animal muerto, de cuya cabeza herida cae un chorro preciso de sangre. Lo arroja como a un zapato en la parte trasera de la camioneta, vuelve a su asiento de conductor y me anuncia: «Hoy vas a comer castor». Sé que la caza de ese animal exótico, peligrosísimo para la vida de árboles crecidos y renovales, y sin depredadores naturales, está autorizada hace años. Yo misma

llevo escribiendo sobre eso desde 1997, cuando el jefe de Recursos Naturales del SAG de Punta Arenas me habló por primera vez de la plaga del castor. Pero ahora han matado a uno delante de mis ojos y siento, sin poder explicar por qué, que algo se ha modificado en mí de forma irreversible. Cuando Jorge llega en la tarde con la pierna de castor despostada y limpia, listo para preparar un salteado con aceite de oliva, ajo y pimienta, ya tengo plenamente asumida mi naturaleza carnívora. Me como el plato que ha preparado para mí, decido que no es ni tan rico —sabe profundamente a madera—, agradezco el gesto y la comida. Un par de días después me toca despedirme de Jorge Quelín, quien me regala, como último souvenir, un cráneo de castor de color blanco hueso, con el par de dientes rotundos de color zapallo que son su sello. Y vuelvo a pensar que algo está muerto mientras yo sigo viva.

Pero son castores, forasteros en estas tierras, tan silvestres como complejas son sus impresionantes represas. Los perros son otra cosa, pues mueven pasiones milenarias tejidas en nuestro inconsciente colectivo. Si los datos arqueológicos son correctos, detrás de todo can hay un ser humano desde hace al menos doce mil años. Así lo plantea Hernán Neira, profesor de Filosofía Política de la Universidad de Santiago, autor de varias publicaciones sobre el tema animal. «Humanos y animales hemos vivido en co-sociedad desde siempre, y el perro es fundamental en esa organización. El que repentinamente la sociedad decida eliminar, por la razón que sea, a estos comiembros genera emociones intensas», explica. Hay un estatuto emocional para la construcción de los valores asociados al comportamiento de las personas, y que influye en la menor o mayor adscripción a unos u otros: los humanos tendemos a defender con más convicción, incluso prescindiendo de lo racional, aquello que nos toca profundamente el corazón.

«Cuando tenemos un tema valórico que no podemos resolver, debería imperar la democracia para decidir; por último, para equivocarnos», comenta Eduardo Silva, veterinario y ecólogo,

quien propone ubicar el sentido de lo correcto en términos de la integridad del ecosistema. «Que se muera o no un animal no es tan relevante; uno aprecia a todos los seres vivos y por supuesto que molesta el sufrimiento, pero no produce gran lío o debate ver un video de un león cazando a una cabra o a un antílope».

Todos los argumentos son atendibles, incluso el temor animalista de que cualquier medida implementada sea un enmascaramiento para la matanza de lo que molesta o sea indeseable. Pero el diálogo no avanza, atrapado por una camisa de fuerza similar a la que inmoviliza el debate sobre el aborto o el matrimonio homosexual, como si las políticas públicas fuesen la entrada de males mayores. La discusión sobre el origen de la vida es tan bizantina como la superioridad moral de los humanos para decidir sobre la vida animal. Y pasa con los perros. ¿Por qué los perros? ¿Qué hay en la cabeza de un animalista-especista-perrista que se niega a atender razones poderosas de salud pública? «Probablemente es una respuesta que habría que buscar en el campo de la psicología», responde delicadamente el filósofo Neira. Su elaboración va por otro lado: en el marco de la antigua instrumentalización teórica que los humanos hemos construido sobre los animales para mirarnos en ellos como espejo, la discusión actual se centra en el estatus de la relación entre los seres vivos o sintientes. Pero es tiempo de asumir el misterio. «No hay forma de ponernos en el lugar de los animales. Podemos medir sus comportamientos, sus pulsaciones e interpretar algunas conductas. Pero no sabremos lo que sienten. Lo único que tenemos es nuestra mirada como observadores», dice. Sí podemos atribuirles alma, pero no al modo cristiano, sino como la plantearon los griegos: la psique o capacidad de sentir.

Vuelvo a Amanda Glickman, la *dog lover*, bióloga y ambientalista que recuerda sin culpa nuestro episodio con el samoiedo blanco. «Algo realmente útil sería comenzar campañas de educación que impidan que las personas abandonen perros en los campos. Los animalistas deberían encabezar un movimiento de ese tipo y animar a las personas a pasar tiempo con sus mascotas, por ejemplo a entrenar con ellos. Los perros son una buena compañía, pero tú obtienes lo que das. Mientras más esfuerzo pones en tu perro, más diversión tendrán juntos», aconseja, con la energía que recuerdo de ella.

Me cuenta que, durante varios años, en Canadá hubo un problema similar de sobrepoblación animal, pero no de perros sino de conejos, también abandonados fuera de los sitios urbanos por humanos que se habían cansado de ellos. Los animales solo hacían lo que saben hacer: cavar, ramonear jardines y huertas, defecar en regueros de bolitas, mutiplicarse sin ton ni son. La Universidad de Victoria fue uno de los focos de la invasión. Richard Piskor, el director de Seguridad, Medio Ambiente y Salud Ocupacional de esa universidad, enumeraba a la prensa local los daños, que abarcaban a humanos y animales: atletas con esguinces tras caer a un hoyo o tropezar con fecas, conejos atropellados, muertos, heridos, y ciertamente desnutridos. Surgió una polémica parecida entre autoridades y grupos animalistas-conejistas que se oponían a una purga masiva y que tuvieron la oportunidad para implementar planes de captura y adopción. La universidad, de hecho, contrató una compañía para que se ocupara de atrapar a los animales a un costo de 350 dólares por conejo (y había cientos). El plan fracasó, pues no hubo más de cincuenta hogares dispuestos a recibir una mascota de esas características.

Los conejos estaban sentenciados a muerte, hasta los animalistas lo admitieron, pero el manejo fue distinto. «De haber un exterminio, no lo anunciaríamos porque es un tema muy emocional», dijo Piskor a la prensa, como si fuera la actitud más obvia del mundo. Un día simplemente no hubo más conejos. La Universidad de Victoria aprovechó el receso de las fiestas de fin de año para hacer lo que debía hacerse —captura, eutanasia asistida por veterinarios, correcta sepultura— y no se habló más del tema. Dignidad y profesionalismo.

Pero eran conejos, no perros, y nuestro debate aún no se inspira en alcanzar acuerdos basados en supuestos razonables. Ningún perro debe morir, insisten sus defensores. Poco importa que se produzcan purgas bastante menos humanitarias amparadas en el silencio, la lejanía y la indiferencia. Perros cazando ovejas, hombres cazando perros, antiguos aliados convertidos en enemigos a causa de la traición de una especie por otra, y los campos mudos soportando todo aquello.

Cacerías humanas

Animal acorralado

Daniel Villalobos

*Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo
sagrado. La caza continuaría hasta que
los sacerdotes dieran la señal de regreso.*
Julio Cortázar, «La noche boca arriba»

Al final, somos animales. Nos gusta decirlo con un toque de sorna, un comentario de sobreemsa que aluda a nuestro amor por un buen plato de carne o una noche de intimidad con nuestra pareja. Sin embargo, nuestra condición de tales domina buena parte de la experiencia humana mucho más allá de lo que se considera cortés discutir. El dramaturgo Heiner Muller decía que la historia de la cultura europea podía resumirse como una serie de intentos fallidos por hacer habitable la sociedad para los miembros más débiles del grupo. También decía que los mitos clásicos se resumían en tres preguntas que eran igualmente urgentes para un hombre como para un león: ¿quién tiene el control?, ¿de qué se alimenta?, ¿estoy yo en el menú?

La primera cacería humana de la que se tenga registro ocurrió hace mucho tiempo en una zona indeterminada al oriente del Edén. La presa era un hombre acusado de matar a su propio hermano y el cazador era nada menos que Dios.

Caín fue capturado muy poco después de convertirse en el primer homicida de la Biblia, al dar muerte al infortunado Abel. La conversación de Caín con su perseguidor es uno de los grandes momentos del Antiguo Testamento, una de las pocas secciones del libro en que un humano desafía verbalmente a Dios. De qué me sirve ser exiliado, le dice Caín a su Creador, si seré errante en tierras extrañas y quien me vea podrá matarme. Dios resuelve la queja imponiendo sobre Caín una marca «para que no lo matase cualquiera que lo hallara».

A lo largo del tiempo la marca de Caín se ha convertido en un símbolo de muchas cosas: nuestra vocación como especie para la violencia, la huella de la tragedia de la sangre en el alma del hechor y la furia divina ante el instinto homicida de sus criaturas. Como dice uno de los epígrafes de *Meridiano de sangre*, de Cormac McCarthy, algunos hallazgos arqueológicos indican que hace miles de años no solo existía el asesinato, sino también la encantadora costumbre de escarparle el cuero cabelludo a las víctimas.

Y es probable que a ese pobre sujeto cuya calavera hoy decora la vitrina de algún museo lo hayan cazado con la fruición y empeño que



OCCIDERE ANIMALIA

Javier Marías describió tan magníficamente en la primera página de su nouvelle *Mala índole*: «Nadie sabe lo que es ser perseguido si no ha pasado por ello y la persecución no ha sido constante y activa, llevada a cabo con deliberación y determinación y ahínco y sin pausa, con perseverancia o con fanatismo, como si los perseguidores no tuvieran otra cosa que hacer en la vida que darle a uno alcance y antes buscarlo, acosarlo, seguirle la pista, localizarlo y a lo sumo aguardar la ocasión mejor para ajustarle las cuentas».

El humano caza a otras especies por necesidad o por placer. Pero cuando el humano decide cazar a un igual, los motivos suelen ser más complejos. Como relata Cortázar en «La noche boca arriba», los aztecas lanzaban extensas ofensivas conocidas como las guerras floridas, en las que numerosos prisioneros eran capturados en un período que se entendía como ceremonial. Con el tiempo, sin embargo, la idea de cazar en forma sostenida a un semejante que no puede dispararte de vuelta fue evolucionando hacia contextos más específicos.

El juego más peligroso

En 1932, se estrenó en cines *El juego más peligroso* (*The Most Dangerous Game*), basado en un cuento de 1924 de Richard Connell. La película, de los mismos realizadores de *King Kong*, se ambientaba en una isla en las costas de Sudamérica, regida por el cruel conde Zaroff, un cazador que tras matar toda clase de animales había llegado a encontrar satisfacción en el acoso de la bestia más peligrosa de todas: el hombre.

La película causó un fuerte impacto no solo por su atmósfera siniestra, sino porque su premisa tenía bases en la realidad. En 1932, la caza mayor era efectivamente una actividad muy en boga entre la clase alta estadounidense y existía el mito urbano de las «partidas de acecho», en las que aristócratas y millonarios de Wall Street marchaban a las montañas a tirotear mendigos que eran soltados en los bosques cual faisanes.

En *El juego más peligroso*, el conde Zaroff usa sus recursos para atraer víctimas inocentes a su isla/coto de caza, donde puede despacharlas lejos del imperio de la ley. Lo que es irónico, porque un año después del estreno del filme se iniciaba la que tal vez fuera la cacería humana más famosa de la década, y era una cacería impulsada por el Estado.

El 10 de mayo de 1933, tras ocho años y medio en prisión por un asalto menor, John Dillinger salió con libertad bajo palabra. Días después, debutó en las ligas mayores robando un banco en Bluffton, Ohio. Su fructífera y breve carrera criminal le hizo miembro de la primera generación de criminales estadounidenses etiquetados con el apodo de «enemigos públicos». Y sus fechorías —espectaculares y profusamente cubiertas por la prensa— fueron uno de los principales argumentos que usó J. Edgar Hoover para la formación de lo que hoy conocemos como el FBI, es decir, una policía con recursos y jurisdicción sobre todo el país. La organización creada por Hoover puso tras los pasos de Dillinger a más de cien agentes con dedicación exclusiva. Su caso fue el primero en los anales de la policía moderna en que parientes, contactos y asociados fueron seguidos e interrogados de manera sistemática; y fue también la primera operación en que se intervinieron y grabaron conversaciones telefónicas. Fue una cacería a lo largo y ancho del territorio, coordinada por el agente Melvin Purvis, uno de los héroes de la generación que fundó el organismo.

Y fue, también, una cacería inútil. Tras invertir miles de dólares y cientos de horas de trabajo, Purvis y su equipo llegaron a Dillinger a través de la delación. La administradora de un prostíbulo, una inmigrante ilegal rumana llamada Anna Cumpanas, ofreció la cabeza del hombre a cambio de evitar la deportación. El domingo 22 de julio de 1934, avisó al FBI que ella y otra chica acompañarían al fugitivo al cine. A la salida de la función, los agentes rodearon a Dillinger y este intentó escapar disparando, pero recibió tres balas antes de que un cuarto proyectil le perforara el cuello y la mitad del cerebro. Tres agentes fueron celebrados como los «hombres que mataron a Dillinger», pero nunca aclararon quién había sido el autor del disparo mortal.

Dillinger fue abatido en plena calle en el contexto de una campaña política para imponer la presencia del Estado federal en un país que estaba aún arrastrándose fuera del pantano de la Gran Depresión. Sin embargo, el detalle clave, la huella bárbara en medio de la naciente modernidad, es aquella historia relatada por la prensa de la época: testigos y transeúntes remojando sus pañuelos y mangas de camisa en la sangre que rodeaba el cuerpo, a modo de suvenir.

Un campesino que tenía poco más de veinte años en la época del genocidio intentó explicarle que durante las matanzas el humor entre los cazadores en general era bueno y sin rencores. Que volvían de los campos cubiertos de sangre a compartir pinchos de carne y cervezas frías.

La vida de Dillinger inspira libros y películas. Y la historia del conde Zaroff, por su parte, ha tenido una enorme influencia en el cine y la literatura de ficción. Desde la mediocre *Operación cacería* (*Hard Target*, 1993), con Jean-Claude Van Damme huyendo de mercenarios vestidos de negro, hasta la última *Mad Max*, con Charlize Theron rescatando a las esclavas sexuales de un postapocalíptico señor de la guerra, la estructura del villano todopoderoso que alivia sus deseos persiguiendo a víctimas humanas indefensas encontró un nicho, incluso en universos cerrados como las historias de James Bond. En *El hombre con la pistola de oro* (1974), el agente 007 enfrenta a Francisco Scaramanga, un millonario asesino a sueldo que persigue a Bond por el solo placer de medir su talento con un rival tan dotado como el espía: «Verá, señor Bond, siempre pensé que amaba a los animales. Luego descubrí que matar gente es algo que disfruto aun más».

Cazadores de hombres

Pero la cacería humana por placer no es la única variedad en la ficción. También están las intrigas laberínticas como la de *Animal acorralado* (1939), la famosa novela de Geoffrey Household, que llegó al cine dos años después en adaptación de Fritz Lang y cuyo argumento sigue despertando inquietud en estos días. La historia sigue a un cazador deportivo inglés que en el curso de una expedición tiene la oportunidad de apuntarle con su rifle de largo alcance a un temible y ficticio dictador europeo, que en el cine pasa a ser directamente Adolf Hitler. En medio de su ejercicio de egocentrismo, el cazador es sorprendido por los guardias del dictador y se ve en aprietos para explicar por qué estaba apuntando un arma a la cabeza del gobernante. Pero la vuelta de tuerca, y el inicio de la *man-hunt*, viene después, cuando el cazador se rehúsa a firmar una

confesión en la que se declara agente británico comisionado para el asesinato. Sus captores deciden fingir su muerte, el hombre salva con vida y logra volver a Inglaterra, solo para descubrir que nadie cree su historia y que sus enemigos han cruzado el canal de La Mancha para silenciarlo y usar su figura como excusa para declarar la guerra.

Una característica interesante de *Animal acorralado* es que imagina el acoso en el mismo terreno de la víctima. La ciudad que es el hábitat normal ha sido convertida en un coto de caza donde cualquier peatón puede ser un asesino, y cualquier esquina una trampa mortal.

Otra variante irónica de la cacería humana sucede en el opuesto geográfico de la gran ciudad, los bosques pantanosos de *La presa* (*Southern Comfort*, 1981), la olvidada película de Walter Hill que sugirió una idea muy poco común en el cine de Hollywood: que la nación derrotada en la guerra de Vietnam ahora debía lidiar con un país cuya cultura y economía estaban ya irremediablemente basadas en el gasto militar.

Los protagonistas de *Southern Comfort* son miembros de la Guardia Nacional, una milicia creada a fines del siglo XIX y que es, en esencia, una serie de unidades bélicas para control interno formadas por hombres que las integran durante períodos específicos durante el año. Los miembros de la Guardia Nacional son civiles con entrenamiento militar. Y esto es relevante porque al inicio del filme los vemos siendo desembarcados en el corazón de los pantanos de Louisiana para participar en juegos de guerra. Ellos son la fuerza en el territorio, ellos tienen la ofensiva y controlan el juego. O al menos eso creen, hasta que entran en conflicto con un grupo de cazadores locales y empiezan a ser acosados por enemigos que nunca ven y que parecen conocer la zona como la palma de su mano.

Jugando a la guerra, los protagonistas de *Southern Comfort* terminan muriendo de verdad. Y quienes sobreviven terminan entendiendo que el ejército cuyos uniformes visten es un fantasma lejano y un eco civilizatorio que apenas se escucha en los pantanos. Sus cazadores no visten como ellos, no pelean igual y ni siquiera hablan inglés. «Este no es su país», les dice un lugareño en la última escena, cuando los guerreros de juguete ya no son más que guiñapos indistinguibles bajo el barro y la sangre. ¿Y si no es Estados Unidos, qué país es? Es un lugar aparte, una zona blanda donde los cuerpos desaparecen bajo el agua o cubiertos por tierra de tumbas sin marcar, un lugar donde el orden no ha llegado y en el que solo existen —como el cráneo escalpado que cita McCarthy— huellas de la enorme capacidad humana para ejercer violencia en el cuerpo del prójimo.

Catorce años después del filme de Walter Hill, en un pequeño país africano llamado Ruanda, la muerte del Presidente Juvénal Habyarimana desata el caos y deja el poder en manos de los hutus. Grupos de guerrilleros hutus recorren el país organizando a los campesinos para que cacen y maten tutsis, la otra etnia mayoritaria en Ruanda. Durante poco más de cien días —como bien lo describiera Susan Sontag—, «más de ochocientas mil personas fueron pasadas a cuchillo por sus propios vecinos». Convertidos en hordas y batallones informales y armados casi siempre con nada más que machetes y palos, estos vecinos recorrieron su país rastreando tutsis en pueblos, chozas y bosques. Los mataron de forma industrial y organizada, como explica Jean Hatzfeld en *Una temporada de machetes*, donde también recoge los testimonios de verdugos que explican cómo para ellos la idea de segar cuellos tutsis no era más que una variante natural de la labor histórica de segar trigo y verduras en esos mismos campos ahora bañados en sangre.

Uno de estos verdugos, un hombre llamado Jean-Baptiste, explica a Hatzfeld que la idea de estar participando en un genocidio nunca pasó por su cabeza: «Entre nosotros nunca decíamos esa palabra. Muchos ni siquiera sabían qué significaba. Y sin embargo, cuando nos levantábamos cada mañana a *cazar*, incluso estando cansados o teniendo *otros trabajos* pendientes, lo hacíamos porque pensábamos que había que matarlos a todos. La gente sabía qué trabajo estaba haciendo sin necesidad de ponerle un nombre».

Otro de los asesinos entrevistados por Hatzfeld, un campesino que tenía poco más de veinte años en la época del genocidio, intentó explicarle que durante las matanzas el humor entre los cazadores en general era bueno y sin rencores. Que volvían de los campos cubiertos de sangre a compartir pinchos de carne y cervezas frías. Que a veces miraban deportes en la televisión esperando que algún rezagado terminara con su «cuota» en las espesuras donde caían los tutsis. Que muchos se apropiaban de la ropa y el dinero de sus víctimas, creando así una economía informal que era otro aliciente más para esforzarse en la cacería al día siguiente. Que las mujeres les preguntaban al volver a sus casas cuántos «cerdos» habían matado, y les recordaban que si seguían descuidando las cosechas iban a tener problemas después. Y, sobre todo, le intentó explicar que sus recuerdos del gran genocidio de Ruanda en 1994 en general eran buenos. Que no tenía malos sueños, que no temía morir e irse al infierno y que no sentía nada parecido al arrepentimiento. Luego le dice, sin ningún asomo de ironía: «Cuando iba en el campo corriendo tras ellos y era el primero de la fila y lograba pegarle a uno con mi machete antes que todos, entonces me sentía bien. Eso era estar vivo».

Como dice Marge (Gwyneth Paltrow) en *El talentoso señor Ripley*, es un misterio por qué, cuando los hombres juegan, siempre juegan a matarse. Es el mismo misterio que corre bajo la tersa declaración del asesino hutu adolescente que degolló a vecinos que conocía de toda su vida sin perder el pulso, y el mismo misterio que duerme al interior del cráneo desollado que fascinara a McCarthy, ese perdido cuero cabelludo que algún antepasado nuestro rebanó con cuidado a la luz de una fogata, muchos siglos antes que se inventara el concepto de piedad cristiana y amor al prójimo.

Daniel Villalobos es periodista, guionista y narrador.

Enjauladas y libres
aZOOciaciones de ideas,
o Apuntes para un
bestiario personal
Rodrigo Fresán



UNO

En el principio está —o debería estar, gajes del oficio, deformación profesional, y todo eso— el principio.

Aunque se empiece por el final, siempre hay un principio de trama.

El principio es definitivo y terminal.

Quien firma esto es escritor y (sin que esto signifique la obligación de renunciar a gestos vanguardistas, a piruetas estructurales, o a comienzos que arrancan con el final) mejor tener las cosas claras, o prolijamente confusas, antes de comenzar a nublarlas e iluminarlas según la propia manera y estilo. Del mismo modo en que, pienso, no se puede ser expresionista abstracto antes de haberse detenido al menos por un rato en lo figurativo, nunca está de más saber de dónde se sale antes de partir rumbo a la felicidad de lo desconocido, de lo singular, de lo de uno.

La vida es un safari que fluye.¹

Y antes de rugir hay que aprender a maullar.

En el caso de los animales (incluido el hombre, que es el lobo del hombre), ahí está, mal que les pese a los creacionistas, un libro de Charles Darwin titulado *On The Origin of Species* y publicado en 1859. *Tractat* que propone una práctica teoría hasta ahora indiscutible; a no ser que se lo haga cayendo en delirios y exabruptos a menudo muy imaginativos pero con poco fundamento científico. Así, transmutación, supervivencia del más apto, la Creación toda como una suerte de serie episódica televisiva² o un videojuego a base de *stages* que se extiende a lo largo de temporadas de millones de años. Y envolviendo todo eso, como el papel metalizado de colores brillantes, a menudo se esconde un regalo más bien decepcionante, aunque sea exacto.

1 De paso y de entrada: ¿qué cuerno eran esos Sea Monkeys que se ofrecían en las revistas de historietas mexicanas de la editorial Novaro? ¿Eran animales, vegetales, minerales? ¿Y cómo era posible que el chileno pajarraco Condorito sedujera sin dificultad a chicas de curvas peligrosas?

2 En uno de sus relatos más conocidos, David Foster Wallace define a los espectadores y concursantes de un show televisivo como «pequeños animales inexpressivos». En una entrevista, apuntó que «si vives solo pero tienes perros, las cosas se vuelven extrañas. Ya sé que no soy la única persona que proyecta sus retorcidas neurosis de tipo parental en sus mascotas o compañeros-animales o lo que sean. Pero las tengo muy fuertes y es un tema de diversión para mis amigos. Primero, tengo esta sensación de que es traumático para mis perros ser dejados a solas por más de un par de horas. Esto no suena tan psicótico como parecería, porque la mayoría de los perros que pasaron por mis casas tuvieron, digamos, infancias difíciles, incluyendo al primer dueño de uno de ellos acabando en la cárcel... pero no es sólo eso. El asunto es que me cuesta dejarlos solos por mucho tiempo, y pasada una temporada descubrí que necesito uno o más perros a mi alrededor para poder trabajar cómodo y bien».

Porque —de nuevo, pertenezco a esa especie de especie que son los escritores— la fría y calculada y lógica data no puede competir con el desordenado y creativo caos de mitos y visiones. De ahí que la mejor radiación animal nos llegue a través de campos abiertos y palabras mágicas y misterios insondables.³

Así, no por eso sintiéndose crédulo, ese niño que alguna vez fui (pero que ya quería ser escritor) considerará mucho mejor para la historia de la desaparición de criaturas fabulosas el que no cabían o no llegaron a tiempo al Arca de Noé⁴ que aquella precisión del *survival of the fittest* de Herbert Spencer. Y, puesto a caer de rodillas y a mirar a los cielos, ¿cómo optar por ese fundacional chico antisistema y santo de Asís cuando desde nubes olímpicas descienden Zeus y los suyos listos para metamorfosearse en animales siempre en celo y arrojar sobre ninfas mortales? ¿Para qué creer —como los budistas— que los animales sólo tienen conciencia del presente (y que son una forma de castigo y mal karma para reencarnados que no se portaron bien en sus días como hombres), cuando podemos postrarnos ante el elefantiásico Ganesha, deidad muy para escritores, porque es el que garantiza buenos puntos de partida, remueve todo obstáculo y es patrón de las letras y de la apreciación de lo bien escrito? ¿Qué nos impresiona más: el retrato fiel de nuestro planeta tomado desde la Luna o imaginarlo como una tortuga con cuatro elefantes sobre su caparazón sosteniéndonos a todos en una media esfera de tierra? ¿Qué nos causa más gracia: el hombre del tiempo en las noticias de la noche o esa marmota oracular en una mañana de Punxsutawney mientras en la radio despertador no deja de sonar «I Got You Babe»? ¿Y cómo preferir las imágenes poco ocurentes de un manual de zoología a las extáticas

3 Antes de alcanzar el rigor de las aulas y las fórmulas exactas y la inmensa desilusión y/o error narrativo, prueba incuestionable de la inexistencia de Dios es que el ser humano no haya convivido con los dinosaurios, ¿no?

4 Es más que abundante la presencia de animales en la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Y hay tantos animales en Shakespeare (desde ese burro humanoide en *Sueño de una noche de verano* hasta los varios ingredientes que componen el potaje infernal que preparan las brujas en la primera escena de *Macbeth*). Y, ah, qué sería de todas esas trilogías *fantasy* sin su buena dosis de rareza zoológica... No recuerdo, sin embargo, muchos animales en Dickens (salvo el maltratado bull-terrier Bull's Eye del infame Bill Sikes en *Oliver Twist*); pero no hace mucho leí un ensayo de mi amigo Jonathan Lethem donde —con gracia y percepción— propone la lectura de todos los personajes de Dickens como si se tratase de animales. Para Lethem, *Dombey and Son* es la gran novela protoanimal de Dickens.

Como canta Bob Dylan, el hombre le puso nombre a todos los animales, «in the beginning, long time ago». Pero, hasta donde sabemos, los animales no se dan por aludidos y siguen respondiendo a sus nombres secretos.

e iluminadas ilustraciones a mano de los bestiaros medievales?

Más cerca de todos, en el terreno de lo terrenal, los pelos y zarpas y colmillos son parte de nuestra existencia. Sí, nos regalan un osito inanimado al que no dudaremos en hablarle y escucharlo. Nos cuentan aquello de «para comerte mejor». Pronto descubriremos los misterios de la muerte a través de esa mascota que ha dejado de respirar. Escucharemos de tanto en tanto a nuestra madre referirse a nuestro padre como «ese animal». Y, llegada la adolescencia, en mi cada vez más lejano Buenos Aires querido, esa chica era «una potra», o «una yegua», o «una loba», a la que todos deseaban montar pero que siempre los arrojará por los aires y los dejará aullando a la luna para enseguida ser rencorosamente reconsiderada como «más puta que las gallinas». Y así —a veces sintiéndonos verdaderos gusanos de oficina y otras, auténticos leones dispuestos a matar o morir por nuestra prole—, hasta «estirar la pata».

Y a no olvidarlo nunca: como canta Bob Dylan, el hombre le puso nombre a todos los animales, «in the beginning, long time ago». Pero, hasta donde sabemos, los animales no se dan por aludidos y siguen respondiendo a sus nombres secretos.⁵

dos

En el principio, hace mucho tiempo (no me refiero al bíblico principio de todos los principios, durante el quinto y sexto día de la Creación, cuando Dios pobló aguas y cielos y tierras; tampoco a la biológica megarevolución ecológica de ese organismo unicelular conocido como Capsaspora, que una mañana se despertó con ganas de hacer

historia), yo quería tener un gato. ¿Por qué? Quién lo sabe. Yo ya quería ser escritor (aunque aún no supiese leer ni escribir) y el gato me parecía el más *intelectual* de los animales.

O el más *literario*.

O —con esa actitud entre indiferente y reconcentrada, como *aquí* pero también *allá*— el que más se parecía a un escritor y a un lector.

O algo así.

Mis padres, en cambio, se aparecieron con un caniche negro grisáceo que no pasó mucho tiempo en casa porque nadie parecía muy dispuesto a hacerse cargo de sus necesidades tanto alimenticias como corporales (de ahí, de entonces, supongo, mi irritación ante todo can; afortunadamente mi hijo es alérgico al pelo animal). Mis padres, poco después, me preguntaron si quería estudiar algún instrumento musical. «Saxo», dije. Lo que se tradujo en guitarra criolla y un par de clases de chacareras y milongas. No estoy aquí para culpar a mis padres de mi más bien difusa relación con el reino animal. Sólo que, tal vez lo sospechaba pero lo confirmé entonces: conseguiría lo que me entusiasmaba únicamente en los libros. Animales incluidos. Así que, para empezar, superado el Gato con Botas, fueron los dioses gatunos en las tumbas de momias egipcias, el gato de Cheshire y el gato de Poe, aquel cómic de Mandrake el Mago que revelaba que los gatos eran en realidad extraterrestres súper inteligentes, que llevaban milenios entre nosotros controlándonos y riéndose de la estupidez humana, y más adelante, los muchos gatos de Stephen King (el más terrorífico de todos es el de la más terrorífica de sus novelas: *Cementerio de animales*) y, con el tiempo, los gatos de Raymond Chandler y Patricia Highsmith (también obsesionada por los caracoles, y estudiante de zoología en su juventud) y William S. Burroughs (quien los consideraba sus «compañeros psíquicos») y Jack Kerouac y

⁵ Intento recordar —y no lo consigo— el título de ese cuento o novela, y el nombre de su autor o autora (¿o era una película?), donde una mujer, de visita en una perrera, descubre que conoce el nombre verdadero de todos los perros allí reclusos. O algo así. ¿Era de Charles Baxter?

T.S. Eliot y Mijaíl Bulgákov (y su demoníaco Beguemot en *El maestro y Margarita*) y Haruki Murakami y Spencer Holst y, no hace mucho, ese gato en uno de los relatos animalísticos de Guadalupe Nettel.

Y, como tantas ganas, las ganas de tener un gato se pasan.

O son suplantadas por las mucho más funcionales y cómodas e higiénicas (no hay en ellas veterinario o alimentos o cambio de esa arena artificial del cajón donde hacen sus necesidades) ganas de leer un gato, varios, muchos.

Lo que no quiere decir que, aun por escrito, los animales me entusiasmasen demasiado.⁶ Antes que al corcel Azabache o al perro-lobo Colmillo Blanco o al zoológico sin jaulas de Tarzán o a los conejos de la colina de Watership o al evangélico león Aslan de Narnia o al León Cobarde de Oz o a los aleteos epifánicos de Juan Salvador Gaviota o al suave y peludo y pequeño y jodido Platero,⁷ yo prefería el aleteo de Drácula, con su habilidad de mutar en animal. Tampoco me entusiasaban especialmente los coprotagonistas compañeros parlantes como el Jolly Jumper de *Lucky Luke* o el Milou de *Tintín*. Y nunca saqué nada en limpio de las enseñanzas de las fábulas de Esopo & La Fontaine & Samaniego. Algo más me dejaron *El libro de la selva* de Kipling y los *Cuentos de la selva* de Horacio Quiroga, en especial su relato «Juan Darién», en el que un tigre educado como hombre entre los hombres (con sus gallinas degolladas y sus almohadones de plumas) acaba renunciando a la supuesta civilización con un «Ahora, a la selva. ¡Y tigre para siempre!». ⁸ Y

yo, tan contento de que se fuera para no volver, sí. Y, ah, los nervios que producía (y que debía producirle a ese pobre aviador con el motor roto) la omnipresencia de ese jodido Principito exigiendo que le dibujasen un cordero. De hecho, me ponían muy pero muy irritable esos documentales zoológicos de la Disney⁹ en los que se nos invitaba a conocer las maravillas e intimidades del reino animal, todo el tiempo guiados por la voz melosa de un locutor que insistía en decir en voz alta y en primera persona lo que supuestamente pensaba esa tortuga, ese conejo, esa jirafa.¹⁰ Igual de irritante se me hacía la voz doblada a un castellano con acento francés de Jacques Cousteau y su tropilla submarinista.¹¹

El clímax absoluto de esta perversión infantil-animalística-parlante tuvo lugar cuando, a mediados de los años setenta, se estrenó el muy pero muy popular por entonces documental *El paraíso viviente* (su título original era, creo, el supuestamente recurrente *Los animales son gente maravillosa*¹²) de James Uys, quien tiempo después tendría un éxito aun mayor con la apenas subliminalmente racista *Los dioses deben estar locos*. Recuerdo que todos los colegios primarios y estatales lo agendaron como excursión didáctica o algo así.¹³ Y, ah, allí estábamos todos mientras la pantalla nos mostraba a un puñado de monos emborrachados por comer el fruto de una planta llamada marula o algo así. Y copulando alegremente. Y la voz del narrador explicándonos que «Todo estalla con la alegría de vivir». Y nosotros estallando en la luminosa

6 Hago memoria y en mi infancia hay apenas una tortuga (cuyo nombre no recuerdo), un canario de nombre Escipión, de mi madre (quien muchos años más tarde sí tuvo un gato al que adoró y cuya muerte lloró), y un pececito color naranja al que, para mi fascinación (yo lo miraba fijo pero cuidándome intuitivamente de no caer en la transferencia cortazariana en el acuario del Jardín des Plantes con aquel axolotl), un día comenzaron a crecerle unos pelos blancos, y acabó agonizando, convertido en una especie de bola albina, en los bajos fondos de su pecera. Y «Nevermore!», como graznaba aquel cuervo.

7 Generaciones venideras, lo profetizo, sentirán más o menos lo mismo por el tigre ese de *La vida de Pi*.

8 Para entonces yo ya era un dedicado consumidor de materiales terroríficos. Y lo animal (tanto en libros como en películas) me alcanzaba y me satisfacía sólo en la piel del sufrido y acoqueado licántropo Larry Talbot, con las agallas de la Criatura de la Laguna Negra, durante el ascenso al poder de los simios de *El planeta de los simios* y con el fatal romanticismo de King-Kong (y esa compulsión cuasi turística de toda criatura gigantesca y radiactiva, fuese Made in USA o Made in Japan, llegando a las ciudades para destruir sus edificios y monumentos más conocidos), así como en las humedades de esa mujer-gusano en *La madriguera del gusano blanco*, o los horrores ancestrales y tentaculares de Cthulhu y sus amigos en la cosmogonía de H.P. Lovecraft.

9 De paso: jamás soporté a Mickey Mouse (salvo en «El aprendiz de brujo», donde es más Donald que Mickey). Y larga vida al Coyote y al Correcaminos y a la Pantera Rosa.

10 «Si un león pudiese hablar no entenderíamos una palabra de lo que nos dice», dijo Wittgenstein.

11 Aunque pocas veces gocé más que navegando con su versión cretina y amoral, el Steve Sizzou de Wes Anderson/Bill Murray a la caza del tiburón jaguar; y atención: los filmes de Anderson están llenos de animales, serpientes, halcones, ratas, y aquel zorro parlante y epifánico.

12 No existía aún toda esa escuela de documentales mortíferos con osos decapitadores de su adorador o de orcas masticando a sus entrenadores. Tampoco el *Jaws* de Peter Benchley/Steven Spielberg. Entonces, los animales eran buenos. Y mi madre meditaba escuchando ese disco ecosicodélico del canto de las ballenas y todo eso.

13 En estos días se estrena por aquí, en Barcelona, *El último lobo*, dirigida por Jean-Jacques Annaud, quien en 1988 había estrenado otra «de animales», *El oso*. Duda existencial: ¿será de buen padre llevar a mi hijo de ocho años a verla? ¿Sacarlo un poco del terreno efectista y especial donde lo rompen todo los Avengers y los Transformers y Godzilla y *kaijus* variados? Se lo comento a mi hijo y no parece muy entusiasmado; me pregunta si no tengo ganas de volver a ver «todas las de *Alien*». Pues eso.

oscuridad del cine, chillando y gruñendo y baltando y barritando y ladrando y...¹⁴

ΤΤΕΣ

Apuntado y enjaulado todo lo anterior, de acuerdo, una de las novelas fundamentales de la literatura universal (y fundamental para mí) es decididamente animal: *Moby-Dick*, de Herman Melville. Y uno de los cuentos más perfectos para mí y por mí releídos es «Un día perfecto para el pez banana», de J.D. Salinger. Y, ah, todos esos osos en las sagas familiares de John Irving. Y, claro, en más de una ocasión el inmenso Vladimir Nabokov explicó que toda *Lolita* (su «temblor inicial») surgió de la lectura de una noticia de periódico parisino, en 1930 o 1940, en la que se contaba que un mono en cautiverio, en el Jardin des Plantes, luego de meses de ser atormentado/instruido por un científico por fin había conseguido dibujar algo: los barrotes de su jaula.¹⁵

Y me sorprende (tal vez porque se sintieron siddhartescamente atraídos por el fuego de estas páginas que me encargaron en *Dossier*) la cantidad de textos animales que se han postrado junto a la mesita de mi cama en las últimas noches y que he leído con verdadero placer. Novelas y relatos en los que los humanos, de no tener algún animal a su lado, no tendrían nada demasiado interesante que contar.

A saber:

Hall of Small Mammals, primer libro de relatos del sureño-gótico-norteamericano Thomas Pierce, abre con un relato magnífico: en «Shirley

Temple Three» se nos cuenta acerca de *Back from Extinction*, una suerte de ecoshow televisivo donde, en cada episodio, se «resucita» mediante procedimientos clónicos a un ejemplar de alguna especie extinguida. Shirley Temple Three, sépanlo, es un peludo «mamut enano oriundo de la isla Pan».

Hold the Dark, segunda novela de William Giraldi, arranca con una frase más que ominosa: «Los lobos bajaron por las colinas y se llevaron a los hijos de Keelut». La primera novela del muy recomendable Giraldi, *Busy Monsters*, era otra animalada con más de un guiño a Barry Hannah: allí, un triunfal antihéroe se obsesionaba con la captura de una especie de kraken. Por el camino, se cruzaba con Bigfoot.

The Animals, del también músico Christian Kiefer, transcurre en una especie de santuario animal en Ohio, súbitamente amenazado por un amigo de infancia de su cuidador quien, claro, es una especie de animal de presa.

Y *H is for Hawk*, de Helen Macdonald, es el libro de la temporada. *Memoir* diferente, superventas en medio mundo, ganador de varios premios, figurante seguro en las futuras listas de lo mejor de 2015, y próximo a aparecer en nuestro idioma. Allí, Macdonald, rota por la muerte de su padre, decide curarse/distraerse adiestrando una variedad particularmente rapaz de halcón. Mientras tanto, evoca la figura de T.H. White, autor del clásico infantil artúrico *The Once and Future King*,¹⁶ y también obsesionado por picos y plumas y garras.¹⁷ El tema, convengámoslo, no parece muy interesante. El libro, sin embargo, resulta apasionante.

Todo lo anterior –y los anteriores– para confirmar que hay pocas cosas más difíciles que escribir bien sobre animales.

De ahí que *Tombotú*, novela perruna, sea, seguro, el peor libro que jamás escribirá Paul Auster.

Me pregunto si alguna vez he escrito algún animal.

Me respondo que no me acuerdo.

Me digo que, tal vez, mejor así.

14 Fueron varias salidas con mis compañeros de colegio a ver *El paraíso viviente*. Y, supongo, alguna otra arreado por los padres progres de algún cumpleaños. Por entonces, estoy seguro, fue cuando leí como antídoto uno de los mejores y más inquietantes relatos con animal jamás escritos. Me lo encontré en la fundamental *Antología de la literatura fantástica* capturada por Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges y Silvina Ocampo: «Sredni Vashtar», del inglés Hector Hugh Saki Munro. Este autor –creador también del gato parlante Tobermory– ofrece aquí el cuento definitivo de la adoración infantil por una mascota, una especie de hurón elevado a la categoría de deidad fulminante y asesina.

15 Un obsesivo estudioso de Nabokov asegura que el escritor ruso recuerda mal; que se trataba de una foto de un chimpancé del zoológico de Londres sosteniendo un pincel. Y que no pintó barrotes sino líneas. ¿Importa? En absoluto. Más Nabokov, nunca suficiente Nabokov, en otra entrevista, respondiendo a la pregunta de qué nos diferencia de los animales: «Ser conscientes de ser conscientes de ser. En otras palabras, si yo no sólo sé que soy sino que, además, sé que lo sé, entonces es que pertenezco a la especie humana. Todo el resto sigue a eso: la gloria del pensamiento, la poesía, una visión del universo. En este sentido, la brecha que separa al mono del hombre es mucho más grande que la que separa a la ameba del mono. La diferencia entre la memoria de un mono y la memoria humana es la misma diferencia que hay entre el signo de ampersand y la biblioteca del British Museum».

16 No olvidar que en esta reescritura de la génesis de Camelot el joven que sería rey es adiestrado por el mago Merlín. Entonces, Arturo es transformado por Merlín en varios animales para que sepa cómo piensan y actúan los otros habitantes de su próximo reino.

17 Ver y leer su tratado falconero *The Goshawk*.

Están los que dicen que una ardilla tiene tantos derechos como nuestro hijo. Y están los que aseguran que toda especie animal está aquí sólo para ser masticada y digerida y utilizada en experimentos o en rodajes de películas, sin que nadie le pregunte antes si tiene ganas o interés en ser cocida o irradiada o filmada.

CUATRO Y leyendo animales uno descubre que, básicamente, hay tres modalidades de hacerlo:

Perseguirlos a ellos.

Ser perseguido por ellos.

Convertirlos en una suerte de *side-kick* (muchas veces espantosamente cursi, muchas veces genial¹⁸) que facilite la iluminación casi *new age*.¹⁹ Usarlos como alegoría.²⁰ O que aporten un detalle pequeño y sutil pero decisivo para la trama o el dibujo de personajes humanos.²¹

De ahí, claro, la idea de que el mundo (y por qué no la literatura) se divide entre los defensores de los animales y quienes los atacan. Toda posición extrema (como lo ha demostrado la apasionada Elizabeth Costello de J.M. Coetzee o los virulentos terroristas de *Twelve Monkeys*) es discutible y, en ocasiones, peligrosa. Están los que dicen que una ardilla tiene tantos derechos como nuestro hijo. Y están los que aseguran que toda especie animal está aquí solo para ser masticada y digerida y utilizada en experimentos o en rodajes de películas, sin que nadie le pregunte antes si tiene ganas o interés en ser cocida o irradiada o filmada.²²

No es, se entiende, tema fácil; por lo que me evadiré del asunto haciendo uso de una

maniobra siempre cómoda y resultona: invocar las voces de los otros.

Así:

«Los animales son amigos tan agradables: no formulan preguntas, no hacen críticas», George Eliot.

«El estudio de las vacas, los cerdos y los pollos puede ayudar a que un actor desarrolle su personaje. Son muchas las cosas que he aprendido de los animales. Una de ellas es que no pueden abuchearme», James Dean.

«Los animales nunca me muerden. Los humanos sí», Marilyn Monroe.²³

«Me gustan los cerdos. Los perros nos admiran. Los gatos nos desprecian. Los cerdos, en cambio, nos tratan como a iguales», Winston Churchill.

«Desde una edad muy temprana he renunciado al uso de la carne como alimento, y llegará el tiempo en que los hombres considerarán el asesinato de los animales con la misma mirada que hoy dedican al asesinato de los hombres», Leonardo da Vinci.

«Si los mataderos tuviesen paredes de cristal, todo el mundo sería vegetariano», Linda McCartney.

«El hombre es el más cruel de los animales», Friedrich Nietzsche.

«Mi animal favorito es el *steak*», Fran Lebowitz.

CINCO Y va siendo hora de cerrar —o de abrir— la jaula de estas páginas. Y el dinosaurio de Augusto Monterroso sigue

18 Ejemplo: *Mi perra Tulip*, de J.R. Ackerley.

19 Los perros en las novelas del terrorista Dean Koontz suelen abarcar los tres roles.

20 Ejemplo: *Animal Farm*, de George Orwell. O aquel mono de Kafka. O ese perro poeta en el *Ulysses* de Joyce. O esos perros coloquiales de Cervantes. Todos ellos, lo que John Berger definió como «animales de la mente».

21 Ejemplo: «La dama del perrito», de Antón Chéjov.

22 Lo que en ocasiones produce revanchas y alzamientos. Ver la saga de *El planeta de los simios*. Y a propósito, sépanlo: digan lo que digan los créditos finales, se ha establecido que durante la filmación de la tolkienística *The Hobbit: An Unexpected Journey*, de Peter Jackson, veintisiete animales perdieron la vida en Wellington, Nueva Zelandia.

23 No hace mucho se publicó una novela que eran las memorias del perro de Marilyn Monroe. También, otra en la que la tarzaneca mona Cheeta recuerda sus días en Hollywood. En fin... Mejor, oír el *Flush* de Elizabeth Barrett Browning que Virginia Woolf ladró por escrito.

estando ahí. Y el perro y el caballo y los animales en la infancia de Adolfo Bioy Casares como fundamentales de todas las transfiguraciones y los sueños e invenciones que este escritor imaginará luego.²⁴ Y el Morel de H.G. Wells. Y los «tigrecillos» de Sandokán. Y el insecto de Kafka. Y La Mosca. Y el oso de Faulkner. Y el pez espada de Hemingway. Y el orangután con navaja colgándose por los balcones de la Rue Morgue. Y los pollos que Françoise decapitaba en la cocina de Combray. Y los perros en esas fotos de John Cheever. Y los *Animals* de Pink Floyd y la «Animal Farm» de The Kinks. Y el pato mecánico en *Mason and Dixon* de Thomas Pynchon. Y la cabeza de cerdo de *El señor de las moscas*. Y la Bestia de la Bella. Y el loro atesorado por Long John Silver y el loro en la empuñadura del paraguas de Mary Poppins y el águila Calígula en *Las aventuras de Augie March*. Y el elefante del Dr. Dolittle y aquel elefante en el cataclísmico final de (*birdie-birdie num-num*) *The Party*. Y el Wub y los animales sintéticos y ovejas eléctricas de Philip K. Dick²⁵ y esos tapires a golpear con un hueso cósmico al principio de *2001: A Space Odyssey*. Y los perros en la vida y obra de Amy Hempel.²⁶ Y el perro que siempre esperará el retorno de Odisseo. Y los dorados tigres de Borges. Y los *demons* en la trilogía de Philip Pullman, y aquel pingüino en *The Fight Club* de Palahniuk y los Penguin Classic siempre en mis manos, claro. Todos ellos y muchos más se acercan —como otros se acercaron a Buda o a San Francisco— para despedirse al estilo cierre de *El show de Porky* cantando aquello de «Lástima que terminó...».

Y como despedida, ¿cuál será mi novela animal favorita?

Lo pienso un poco y lo pienso poco y ahí está: *Galápagos*, de Kurt Vonnegut.

Allí, Vonnegut hace algo increíble, tremendo, sin retorno: allí Vonnegut decide que la mejor

forma de evolución del ser humano será la involución. Nuestros cerebros demasiado grandes nos han dado la posibilidad de pensar cada vez más y mejor en lo peor para nosotros. Mal negocio. Nos hemos convertido en animales demasiado peligrosos para nosotros mismos. Así que Vonnegut nos convierte en una especie de focas tontas y felices y tan buenas, gracias a sus cerebros X-Small.

La parte mala del cambio radica, por supuesto, en que esta nueva especie, habitando un paraíso natural y recuperado, ya no tiene la capacidad de imaginar historias de animales sueltos o en cautiverio. Historias para contarse sin barrotes ni carteles que nos ordenen un «Prohibido alimentar a los animales» y nos distraigan del hecho de que los animales fuimos y somos y seremos, siempre, nosotros.

Rodrigo Fresán, escritor argentino, publicó en 2014 su novela más reciente, *La parte inventada*.

24 «1918- En el curso de un juego imagino que soy un caballo, como pasto. Alarmada, la familia me administra una medicina. / En una rifa gano un perro que se llama Gabriel. Al otro día no está en casa. Me dicen que fue un sueño. 1919- Mi madre me refiere historias de animales que se alejan de la madriguera, corren peligros y por fin, tras muchas peripecias vuelven a la madriguera y la seguridad. El tema del lugar seguro, o aparentemente seguro, y de los peligros que acechan fuera todavía me atrae». De *Autocronología*, de Adolfo Bioy Casares.

25 Escribo esto y leo en *La Vanguardia* un largo artículo sobre la biotecnología y la fabricación de animales artificiales, y el estudio de su «mecánica» como solución a varios problemas de un hombre con el esqueleto cada vez más frágil.

26 Ver *Cuentos completos*, Seix Barral, 2009.



1

Animales no domesticables

Pilar Quintana



El jaguar

En el Orinoco, el extremo más oriental de Colombia, un viajero alemán me habló de un jaguar que tenían en una reserva del Pacífico, el extremo más occidental de Colombia. Me dijo que lo sacaban a caminar como a un perro, con collar y correa. Los jaguares no son animales domesticables; yo tenía que verlo.

Atravesé el país en bus –los llanos extensos, las tres cordilleras y los valles ardientes– y llegué al puerto de Buenaventura, donde todo es gris porque vive lloviendo. Ahí tomé una lancha rápida a Juanchaco, la última parada antes de la reserva del jaguar. El viaje, por un mar verde lleno de crestas, duró una hora.

Juanchaco es una comunidad negra con casas de tablas de madera y un muelle de hormigón que custodian los militares de una base naval que hay cerca. El Paisa, un blanco que organiza los paseos turísticos en la zona, me llevó a la reserva del jaguar. Primero fuimos en moto hasta un embarcadero en medio de la selva y luego navegamos en una lancha de madera por un estero de aguas turbias que nos condujo a mi destino.

El administrador de la reserva me dio la bienvenida sin entusiasmo. Al jaguar lo tenían en una jaula pequeña, de transporte, donde a duras penas podía estirarse y darse la vuelta y ya no lo sacaban a caminar como a un perro porque le había dado un zarpazo a un

turista y herido la pierna. Me dieron ganas de llorar. Pero el voluntario que se encargaba de él, es decir, que le tiraba la comida por entre las rejas, me dijo que iba a construirle una jaula digna. Se había rasurado la cabeza y prometido no dejarse crecer el pelo hasta no haberla terminado.

Pajaritos y mariposas

El voluntario era rubísimo y el pelo casi le llegaba a la oreja. La jaula tenía un árbol que el jaguar trepaba, una plataforma elevada que usaba para dormir y una piscina donde se bañaba. Había sido un reto construirla por las condiciones de la selva, la lluvia, el sol, los caminos empantanados y el transporte de los materiales desde Buenaventura, pero aun teniendo eso en cuenta le había tomado más tiempo del necesario porque se la pasaba fumando marihuana. Tenía un lema: «Yo no trabajo todos los días, pero cuando lo hago, trabajo duro».

Lo ayudé lo más que pude con trabajo físico y una donación en efectivo. Ya no quedaba nada que hacer por el jaguar, aparte de tirarle la comida por entre las rejas, de lo que nos encargábamos él o yo, los únicos voluntarios que permanecíamos. Anuncié que había llegado la hora de irme y él me dijo que estaba pensando arreglar la casa abandonada. Como no quise entender lo que insinuaba, agregé: «Arreglarla para ti, para nosotros».

La casa abandonada queda en lo profundo de la reserva, lejos del jaguar, los senderos, la administración y el hospedaje de turistas y voluntarios. Tenía un jardín de plataneras y un árbol con frutos que atraían a los

pajaritos de colores y a las mariposas *Morpho*, enormes, con alas de color azul metalizado. Era de material y había sido blanca, una casa con todas las de la ley en medio de la selva, construida en los tiempos de la explotación maderera para alojar a los ingenieros.

Me debatí. Si me quedaba iba a gastarme el resto de mi plata y no podría seguir viajando. Pero, por otro lado, estaban la casa abandonada con sus pajaritos y mariposas y ese hombre fuerte que andaba descalzo en la selva. Lo miré preocupada y le dije que se cuidara, no fuera a morirlo una equis.

Cucarachas, ratas y murciélagos

La casa llevaba tanto tiempo abandonada que por dentro estaba plagada de cucarachas, ratas y murciélagos. Nos pasamos los primeros días fumigando, arrancando las malezas que crecían en el concreto debilitado, sacando la tierra negra de los huecos que se habían formado y tratando de blanquear el moho de las humedades. Tenía goteras en todos lados.

Con el paso de las semanas, él se entregó a la pereza y a la marihuana. No me había engañado, pero nunca esperé que empeorara. Olvidó su lema y ya no trabajaba duro ni nunca. Se la pasaba todo el día en la hamaca mientras por la noche llovía adentro de la casa. Habíamos tenido que poner la cama en la sala, en el único punto donde no caía agua.

Le dije que ahora sí me iba y él se paró de la hamaca, prometió arreglar la casa esta vez sí de verdad y se puso a tapar las goteras.

2

Diez meses después solo había tapado las goteras y, cada vez que me desesperaba y amenazaba con irme, arreglaba las nuevas que se iban formando. Pero la casa seguía igual: tomada por el moho, las humedades, los huecos, la tierra negra y, si me descuidaba, las malezas y las alimañas que vivían al acecho.

El pelo le llegaba por debajo de la oreja. Al jaguar ya no lo visitaba nadie y nosotros lo seguíamos alimentando con las provisiones que enviaba el administrador, que hacía tiempo había abandonado su puesto. A mí se me había acabado la plata pero se me ocurrió que si recuperaba el jardín de las plataneras podría vender la cosecha.

La equis

Los racimos de plátano son tan pesados que no podía cargarlos yo misma. Luego de muchos ruegos y amenazas y de prometerle un porcentaje de las ganancias, se fue a cortarlos. Regresó casi de inmediato, sin los plátanos, y se desplomó en el camino de entrada. Estaba tan mal que no pudo explicarme lo que le había pasado pero yo lo supe enseguida: lo había mordido una equis.

Las equis son unas serpientes venenosas del mismo color de la hojarasca, que se llaman así porque tienen una fila de equis en el lomo. Lo revisé. Tenía la mordedura en el tobillo derecho.

Ahora estoy decidiendo qué hacer. Sé que tendría que llevarlo a Juanchaco y rogarles a los militares que lo saquen en helicóptero al hospital más cercano. Les diría: «Es el voluntario que le construyó

la jaula al jaguar» y ellos no podrían rehusarse. Pero Juanchaco está muy lejos, en la reserva no hay nadie que pueda ayudarme a cargarlo y no tengo cómo llamar al Paisa, que tendría que llevarnos en su lancha.

Así que estoy pensando dejarlo tirado ahí mismo. La otra vez un venado murió por aquí cerca, los gallinazos y los gusanos se comieron el cuerpo y al cabo de tres días solo quedaban huesos y pelo.

Pilar Quintana, escritora colombiana, publicó en Chile *Caperucita se come al lobo* (Cuneta, 2013). Su última novela es *Conspiración iguana* (Norma, 2009).

La familia animal

Bernardo Subercaseaux



Probablemente recuerden la imagen televisiva de esa perrita porteña que en el último incendio se refugió bajo un contenedor y luego salió a buscar a sus 9 cachorros, que estaban, sanos y salvos, en un hoyo que ella misma había cavado; todavía no abrían los ojos pero apenas los sacó de la cueva se lanzaron a la leche de su escualida mamá. Son dos instintos: el maternal y el hambre.

Los instintos son pautas heredadas de comportamiento que están en todas las especies animales. Conductas innatas, no aprendidas, desarrolladas en función de la supervivencia y la adaptación. Ese mismo instinto de la perra, mezcla de cariño, inteligencia y razón, deben haber tenido las lobas y perras que criaron a los más de 130 casos documentados de niños ferales, abandonados por padres alcohólicos, desaparecidos o muertos en la guerra, bebés que crecieron en guaridas, encontrados y amamantados por lobas o perras que los trataron con el mismo cuidado con que la quiltra de Valparaíso trató a sus hijos.

En India, en 1920, un predicador encontró en las afueras de Midnapore, en la madriguera de un bosque, a dos niñas escualidas, a quienes la madre loba amparaba como si fueran sus retoños. Los nativos que le acompañaban desnucaron a la loba y apresaron a las dos pequeñas. En los primeros meses eran agresivas, arañaban, mordían y atacaban a quienes

3

El primo oso

Alejandra Costamagna



Acaba de morir el oso polar del Zoológico de Santiago. Dicen que tenía dieciocho años, una melena blanca amarillenta y una mirada lánguida. Yo no lo conocí; hace más de veinte años que no piso el Zoológico. Pero hubo un tiempo en que fui una visitante regular del Parque Metropolitano. Y recorrí todos sus rincones con ojo atento, incluida la piscina del oso blanco que antecedió al mamífero que ahora acaba de morir.

Fue en 1977. Durante ese año mi padre nos llevó en su citroneta, a mi hermana y a mí, todos los domingos a las once y media de la mañana, con un propósito muy preciso. Había un concurso de dibujo infantil auspiciado por la revista *Icarito*, del diario *La Tercera de la Hora*, que convocaba a niños en dos categorías (de seis a ocho años y de nueve a doce) para que dibujaran a los animales del parque. Un bicho cada domingo. Yo gané dos veces: la primera con faisanes, la segunda con guanacos. Tenía siete años. En mis dibujos siempre había un sol poniéndose en la montaña con cuatro o cinco rayos tipo antenas de televisión y un pasto con puntitos que no alcanzaban a ser flores. El premio era la publicación de los dibujos en las páginas de *Icarito*.

Supongo que hoy estarán muertos esos guanacos, esos faisanes. Tal como están muertos los domingos en que mi padre buscaba rellenar las mañanas con estas dos mocosas

se les acercaban. Defendían así a su *mamá* brutalmente muerta. Los ojos les brillaban en la noche y veían perfectamente bien en la oscuridad, su sentido del olfato estaba especialmente desarrollado. Amala y Kamala fueron llevadas a un orfanato y cuando, un año después, Amala enfermó de disentería y murió, Kamala se refugió por semanas en una esquina, aullando todas las noches. Oxana Malaya, una niña ucraniana, abandonada por sus padres alcohólicos, fue encontrada en 1991 en compañía de perros salvajes, de los cuales había adoptado conductas y modales. Gruñía y dormía acurrucada, comía sobras y carne cruda y olisqueaba la comida antes de ingerirla; tenía también, como Amala y Kamala, aguzados el oído, el olfato y la vista. Fue encontrada cuando tenía 7 años y recluida en una clínica para discapacitados de Odessa, en la que seguía gesticulando, tomando agua de la llave y enojándose y ladrando como si fuera un perro. La escritora australiana Eva Hornung, luego de enterarse por las noticias que en las afueras de Moscú había sido rescatado un niño-perro que deambulaba con una manada, viajó a Rusia y se documentó para escribir su novela-testimonio *El niño perro* (2010). Y así los casos suman y siguen...

El tema de los niños ferales interesa vivamente a la comunidad reflexiva y científica puesto que diluye la diferencia metafísica entre la condición animal y la condición humana. Giorgio Agamben cita en *Lo abierto. El hombre y el animal* el caso de una niña loba en cuyo modo de actuar la razón y la sensibilidad animal se

prolongan una en otra a través de transiciones imperceptibles. Las preguntas son innumerables. ¿Puede acaso hablarse de una naturaleza exclusivamente humana, al modo de una esencia? ¿Qué influye más en la construcción de un sujeto: la herencia, los genes o un determinado medio social y cultural? ¿Puede hablarse de un siquismo humano y de un siquismo animal como radicalmente diferentes? Después de los niños ferales, ¿no habría acaso que revisar la idea de una distancia insuperable entre la condición humana y la condición animal? ¿Hasta qué punto son una y otra maleables y fluidas? ¿No tiene acaso razón Jane Goodall, la antropóloga inglesa que ha vivido por décadas entre chimpancés, cuando afirma que los humanos no somos los únicos animales capaces de resolver problemas, ni los únicos en experimentar alegría, tristeza y desesperación, ni los únicos en conocer el sufrimiento, lo que debiera reducir nuestra arrogancia y eliminar nuestra creencia de que los humanos tenemos un derecho inalienable sobre otras formas de vida para nuestro propio beneficio?

Vuelva el lector a la imagen de la perrita porteña y de las perras y lobas que amamantaron a criaturas abandonadas, y estará probablemente de acuerdo en que la familia animal, sea como sea, es también una familia con todo lo que ello implica.

Bernardo Subercaseaux, profesor titular de la Universidad de Chile, es doctor en Lenguas y Literaturas Romances de la Universidad de Harvard. En 2014 publicó *El mundo de los perros y la literatura* (Ediciones UDP, con Cristián Montes y Megumi Andrade).

que hacían preguntas impertinentes, que no entendían por qué los discos de antes ya no sonaban en la casa, por qué los milicos en las esquinas, por qué la madre y él ya no, por qué, papi, por qué. Qué alivio debe haber sido para mi padre, pienso ahora, que a mi hermana y a mí nos entretuviera tanto dibujar animales cada domingo al aire libre. Que entráramos en otro mundo y nos perdiéramos un rato. Como la niña del cuento «Otro zoo», de Rodrigo Rey Rosa, que una tarde desaparece misteriosamente entre los animales salvajes mientras su padre la pierde de vista. Rey Rosa escribió ese cuento de corte fantástico mucho después de 1977 y en su relato el hombre se queda solo mientras reflexiona que el destino de los padres es perder a los hijos. En el mundo real que ahora recuerdo, en cambio, mi padre volvía con nosotras a la casa en la citroneta y almorzábamos, y en la tarde veíamos a mi madre, y al día siguiente había colegio y el año seguía corriendo.

Aunque, ahora que lo pienso, tal vez me hubiera gustado ser la niña que se pierde entre los animales. Y haber desaparecido un rato del paisaje de todos los días. En el tiempo de los faisanes y los guanacos, cuando en vez de hablar podía dibujar, cuando mi padre nos depositaba al lado de una jaula mientras él leía el diario y repasaba mentalmente las escenas de una vida que se desmoronaba, yo le pedía a un dios inventado que me volviera transparente. Por favor, diosito, por favor hazme invisible. Yo quería ver a los demás sin ser vista. Traspassar las jaulas, el parque, los cerros, la ciudad. Pero ningún

dios me escuchó, por supuesto, y yo seguí siendo visible y luego crecí y ya no dibujé ni fui más al Zoológico. Y ahora, ahora que soy mayor que mis padres entonces, creo entender por qué mi papá cumplía su rutina con tanta precisión y nos dejaba ahí, medio a la intemperie, junto a esos bichos que casi se habían vuelto nuestros parientes. Era su forma de alejarnos del tedio de los domingos, pienso, de su propio encierro en ese rincón asfíxiate que era Chile entonces y de unos demonios que nosotras desconocíamos. O, mejor y más simple: era una manera de inventarnos una familia de otra naturaleza. El tío faisán, el hermano guanaco, el primo oso. Aunque lo más posible es que yo esté interpretando todo mal y mi padre en realidad solo haya querido, en ese lejano 1977, que sus hijas dibujaran y fueran felices y le llenaran la casa de animales salvajes con un sol poniéndose en la montaña y cuatro o cinco rayos de sol.

Alejandra Costamagna es escritora y periodista, y ha publicado entre otros títulos la novela *Dile que no estoy* y los cuentos de *Animales domésticos*.

4

Maestro pájaro **Andrea Maturana**



La escena es la siguiente:

Estoy con amigos de visita, hay un niño de dos años y toda la revolución que eso causa; hay niñas extra; hay el tráfico cotidiano de trabajo, cosas de la casa, etcéteras varios.

Si mal no recuerdo estamos almorzando, y llega mi hija menor del colegio.

Pero no llega sola.

Trae en la mano una caja improvisada y cara del gato de *Shrek*.

Es un animal, lo sé. Pienso, un perro/un gato..., un cacho, en suma. Yo soy de las que adoptan para siempre, no de las que cuando los bichos crecen los voy a tirar al descampado. Soy de las que se cambia de casa considerando la necesidad de los animales también: si tengo perro no me voy a una casa sin patio y regalo el perro. Si tomo el compromiso, es de por vida. Veo la caja y calculo unos quince años de matrimonio con el perro, o buscarle un dueño de buena familia con buenos antecedentes que lo quiera; tampoco se lo voy a regalar a cualquier persona. Yo creo que quizás ya he perdido hasta un par de amigos intentando enchufar los animales que se manifiestan en mi patio. Sí, se manifiestan. Es un caso de estudio para la ciencia, a ver si reconsideran la generación espontánea.

Volvamos a la escena: se me acerca, me muestra la caja.

Es peor de lo que pensaba. Adentro hay un pollo que morfológicamente es más una

jalea; tiene un par de plumas en las alas y el resto es rosado. Proporcionalmente es una máquina de «denme comida».

Mi hija:
«Porfiyolocuidoporfi porfi».

Yo solo pienso: «Es muy chico/se va a morir/nunca he tenido pájaros».

«Se va a morir» viene con drama, porque acá cuando se muere un bicho lloramos todos.

Pero quién soy yo para decirle que no. Hace unos años metí al auto un conejito herido que estaba en mitad del camino. Era enano. Hice mil cosas. Recién cuando volví a la casa recordé que había un conejo dentro del auto. Él fue uno de los que lloramos. Duró muy poco. En fin.

Me tuve que capacitar. No sabía nada de pájaros. Me orientó un maravilloso ilustrador que ha criado todo lo que la naturaleza ha creado, o casi.

Era un zorzal. Llegó llamándose Bob (impresentable) y a poco andar se llamó Pi. Así quedó: Pi.

Pi no solo no se murió, sino que creció, sano y hambriento; le salieron plumas, se convirtió en un adolescente pájaro y, sin saber mucho cómo, un día yo estaba enamorada de un pájaro.

Es así, no tengo otra palabra. Si el amor es pensar constantemente en el otro, sonreír cuando lo recordamos, querer estar con él, sentir el corazón en la boca cuando oímos su voz, querer volver luego a casa para verlo, sí, yo me enamoré de Pi. Es un tipo de amor, claro está, no estoy hablando de amores divinos ni filiales, estoy hablando del amor humano, el más concreto.

Salió de su caja, Pi, y tuvo pieza propia.

Y yo fui testigo y parte de la intimidad de un pájaro. Sumida en el asombro, supe cosas que jamás habría imaginado: que cabecean, como tú y yo, cuando se están quedando dormidos. Que se arrullan para dormir, con un canto que no se parece a ningún otro canto. Que tienen cantos distintos para cosas distintas. Y que ese mono animado con un huevo que se rompe y el pollo que le dice «mamá» a lo primero que ve es fiel a la vida. Los pájaros se improntan. Lo aprendí en la escuela, estudiando vertebrados, pero lo aprendí de nuevo en el cuerpo siendo madre de Pi.

Pi me sentía acercarme y se tiraba contra la puerta. Apenas entraba, volaba encima de mí. Se dormía en mi mano, se secaba de su baño en mi cabeza y, cuando tenía que irme, no me dejaba salir.

A veces lo encontraba mirando nostálgico hacia fuera de la ventana. Entonces sabía, aunque no me gustara.

Mi guía criapájaros me decía «no estés mucho con él, para que no se impronte y pueda tener una vida normal».

Yo miraba pasar las horas en el reloj y anhelaba ese contacto sutil, porque no hay nada más sutil que la vida íntima de un pájaro.

Le enseñé a comer y aprendí que los zorzales escuchan la comida. Se paran muy atentos y apuntan «la oreja» hacia el suelo. Ahí donde escuchan movimiento, picotean. También aprendí que picotean al lote, para saber qué se come y qué no, y que esos picoteos duelen.

Pero lo que más duele de los Pi es cuando, asustados por el cambio de entorno, vuelan

hacia arriba y encuentran el único hoyito que quedó entre dos grandes pedazos de malla de kiwi, cosidos a mano por horas, para acondicionar un hogar intermedio en el jardín. Y así como estuvo tan estando, de pronto ya no está.

Los días que siguieron yo era la mujer que sale al patio a llamar a un pájaro. A hacer el pitido con el que le daba de comer. A decir bajito «Piiiiii». A ver todos los zorzales del universo.

Leemos tantas cosas sobre cómo criar a los hijos, y tan pocas sobre cómo dejarlos partir.

Yo tuve un maestro pájaro, que me enseñó que el pecho orgulloso de ver partir volando a una criatura que hemos criado también es el pecho lloroso del dolor de la despedida. Que me enseñó que no hay nada más generoso que hacer algo por alguien que nunca podrá pagarte. Hacerlo por hacerlo, por compasión, por amor.

Por la aventura de la vida-Que es así, leve.

Como el aleteo de un pájaro que se aleja.

Andrea Maturana es escritora. Ha publicado entre otros títulos *El daño* y *La vida sin Santi*.

5

Un reality de hormigas

Roka Valbuena



Quiero dejar constancia de que el sábado 14 de agosto del 2010, a las diez y media de la mañana, en Buenos Aires, se dio inicio al primer *reality show* de hormigas que haya ocurrido en el planeta. Ese día el señor Luciano Gullo, argentino, soltero aunque con tendencia a fornicar semanalmente con Marcela Guillade, y el que suscribe, el redactor R., una fiera ya emparejada y con la libido efervescente, se dirigieron a la Plaza Sarmiento con la intención de generar la noticia científica. Iban fumando sus respectivos cigarros Marlboro, los rojos, los de hombres brutales. Iban muy serios y conversando con esas frases cortas que dicen los detectives. Iban, a fin de cuentas, dispuestos a enfrentar el peligro y a cambiar el mundo. Gullo, entomólogo con síntomas de depresión y académico de la Universidad de Quilmes, y el señor R., una mayúscula con problemas económicos —es decir, dos enajenados—, estaban allí para capturar a cuatro hormigas silvestres. Dos hembras y dos machos. El experimento, que respondía a una valiente ocurrencia de Gullo, sería publicado en la revista del Departamento de Entomología de la Universidad de Quilmes. El desafío se duplicaba: no solo se trataba del encierro mediático de cuatro hormigas, sino que además hablábamos del primer *reality show* dotado de ortografía.

Y bueno, informamos, con una alegría tremenda, que la

captura resultó un éxito. Un inspiradísimo Gullo, quien se había fumado un remedio para fortalecer la concentración, atrapó enseguida a dos machos bordeando un árbol. Luego avisó que había detectado a dos hembras.

—¿Cómo sabe que son hormigas femeninas? —preguntó R., intrigado ante la falta de argumentos para tal aserto.

—Oficio —dijo con misterio el entomólogo.

No se veían diferencias físicas entre los detenidos y eso podía llevar a un equívoco: si los cuatro eran machos, se podía estar estimulando el primer *reality show* formícido gay.

—¿Y si fuera así? —encaró Gullo—, ¿tiene algo contra las hormigas gay, chileno?

—Nada, nada. Deben ser más creativas... —aplacó R.

De manera que Gullo se mantuvo en su intuición y R. enjauló a las hormigas en un vaso transparente, marca Coca-Cola, y las trasladó corriendo a su living. Gullo y R. las iban a vigilar día y noche, atentos a los detalles de sus conductas y esperando con una libreta en la mano el glorioso momento de la vida sexual. Identificaron a los machos con un punto de témpera azul sobre el tórax, y uno rojo para las señoras. Perforaron el vaso para darles oxígeno y les donaron un centímetro de lechuga. Las miraron fijamente, pero en cuatro horas no hubo interacción entre ellas. Los humanos abrieron las cervezas y los insectos seguían estáticos.

—¿Por qué elegimos hormigas? —preguntó R.

—Porque son grandes —respondió Gullo.

Porque las hormigas usan

anteojos oscuros para estar bajo tierra. Porque, como los campesinos, abren un ojo y salen a trabajar. Y si envejecen, pueden quedarse la tarde entera tendidas en el hormiguero. Porque ellas desde hace doscientos millones de años que tienen jubilación. Porque, lo juro, si una hormiga se aburre se puede drogar con un hongo y vagar alucinada por la plaza (y nunca sabremos lo que es una alucinación de hormiga). Porque viven apretadas y a veces se hospedan en un hoyo con seis mil millones de compañeras y no reclaman. Porque son atléticas y modestas. Porque son más. Porque las hormigas ayudan a los heridos. Porque tienen convicciones. Y porque, amigos, lo digo de verdad, las hormigas son buenas de corazón. Las hormigas son gigantes.

—¡Hora de fiesta! —gritó Gullo.

—¿Qué pasa?

—¡Che, una gota de cerveza Quilmes para las enjauladas!

—¡Lo merecen!

Les dieron un espumante banquete para brindar. Y se durmieron.

Al despertar los investigadores, cuatro insectos flotaban inertes sobre una gota elaborada con 7% de alcohol. No había nada que hacer. Para R. fue una de las imágenes más crudas de su vida. Habían matado a cuatro guerreros. ¿Y por qué? Por nada, finalmente. Somos más altos, pero no estamos a su altura. Gullo y R. —constato que no hay una sola exageración en esta historia— se abrazaron callados. No era el fracaso de un proyecto, sino la impotencia. Detuvieron la vida de cuatro seres impresionantes

6

por algo tan minúsculo como un reportaje. Apenas alcanzan a comprobar que los genios no tienen estatura. Desde un séptimo piso, sin más palabras, fueron lanzados los restos de cuatro hormigas al vacío. Y el entomólogo Luciano Gullo y el redactor R., dolidos, jamás se volvieron a ver.

Roka Valbuena es periodista y guionista. Fue conductor de radio y televisión, y hoy colabora en *La Segunda* y otros medios.

Naturaleza vil

Leila Guerriero



¿Qué es un animal? Dice el diccionario de María Moliner que es un «organismo vivo que posee sensibilidad, movilidad propia y alta capacidad de respuesta. Se diferencia de las plantas por la falta de clorofila y por necesitar oxígeno y alimentos orgánicos complejos para sobrevivir» y «Por contraposición al ser humano, otro animal cualquiera». Hablemos, entonces, de esos otros animales cualquiera.

Desde que tengo memoria, para mí un animal es un animal es un animal. En la casa donde me crié, en una ciudad mediana del interior de la provincia de Buenos Aires, no había mascotas —no queríamos tenerlas— pero atravesé la infancia y la adolescencia en contacto con animales (gallinas, cerdos, caballos, perdices), como es natural si uno vive cerca del campo. Siempre tuve, con ellos, una relación de respeto distante: ustedes en su mundo, yo en el mío, no hay obligación de compartir. Nunca les temí, pero jamás los traté como a adorables cachorros humanos ni sentí por ellos ninguna clase de fascinación. Leo ahora el prólogo de Bernardo Subercaseaux al libro *El mundo de los perros y la literatura*: «En mi vida personal jamás tuve un perro, ni siquiera me había detenido a pensar en lo que eso significaba (...) Para mí los perros eran como una cosa o a lo más tenían el mismo estatuto que una mosca o una abeja». Parafraseando, yo podría decir que todos los animales —perros, gatos, caballos, perdices, pájaros,

liebres o mosquitos— tenían para mí el mismo estatus: compartían una forma de vida que me era ajena.

En esa ciudad en la que me crié, los animales no sólo morían sino que, a veces, los matábamos. Vi a mis abuelos cortar cogotes de gallinas con un hacha para hacer un guiso y nunca pensé que fueran personas crueles, como jamás supuse que mi padre fuera un asesino por matar a una vaca enferma de carbunclo con la cara comida por la infección, ni que mis hermanos y yo fuéramos desalmados por cazar patos o pescar peces que íbamos a comer. La frase de Paul McCartney, «si los mataderos tuvieran paredes de cristal, todo el mundo sería vegetariano», quizás funcione con espíritus urbanitas o criaturas que creen que un bife sale de una extraña fábrica de bifés, pero no es tan fácil con gente como nosotros: nuestro mundo cotidiano era un matadero con paredes de cristal, y no nos parecía un mundo indigno.

Hace veinte años conocí a Diego, el hombre con quien vivo. Es fotógrafo, camarógrafo, dueño de una veterinaria, sabe mucho de animales y tiene con ellos una conexión extrema que, así y todo, está en las antípodas de la melosidad. Viéndolo acariciar perros sarnosos en playas desiertas, o recoger pájaros moribundos, he sentido que los animales y él tenían una misma edad, una misma condición: ni niños ni adultos ni humanos ni animales. La perfecta otra cosa. Diego es piadoso con ellos, pero no complaciente: sabe que un mono puede ser adorable y, también, una máquina asesina. Sabe, en fin, que los animales

son animales y que, como cualquier fuerza de la naturaleza, no están del todo bajo control. Pero, aunque pueda parecer que veinte años de convivencia son tiempo suficiente para contagiarse, su relación con los animales no es la mía. Él es, entre ellos, uno más. Yo nunca pierdo mi condición de extranjera. Ni quiero.

En *El peso de los sueños*, el documental sobre la filmación de su película *Fitzcarraldo* en la selva amazónica, el director alemán Werner Herzog decía: «La naturaleza aquí es vil y básica. Sólo veo fornicación y asfixia y estrangulamiento y pelea por la supervivencia y crecimiento y veo cómo todo se pudre. Por supuesto, hay mucha desdicha. Es la misma que está alrededor de nosotros. Los árboles aquí son desdichados, los pájaros también. No creo que canten, gritan de dolor. No hay armonía en el universo (...) Pero cuando lo digo, lo digo lleno de admiración por la jungla. No la odio, la amo. La amo con locura. Pero la amo en contra de mi mejor juicio». Yo podría poner la firma al pie. A Diego, en cambio, toda esa asfixia y estrangulamiento y pelea por la supervivencia le resulta no sólo armónica sino necesaria. Cree que en los mundos naturales todo funciona bien: le parecen mundos sabios. Yo creo, con Herzog, que la naturaleza puede ser vil y básica. Y los animales forman parte de esa naturaleza.

En estos años, mi casa fue guarida de rehabilitación de iguanas, gatos, víboras, zarigüeyas y pájaros que llegaban en mal estado a la veterinaria de Diego y necesitaban cuidados extremos. Pasaban un tiempo

y, cuando se ponían bien, los veíamos partir con nuevos dueños o de regreso a su hábitat natural. Hace un año y medio, Diego trajo seis gatos siameses con un síndrome respiratorio agudo. Entre ellos, una gata ínfima, raquítica, llena de tos, que se comportaba como si fuese un enérgico mamut: investigaba los rincones, saltaba hasta alcanzar los picaportes, hacía esfuerzos ingentes por trepar a la mesa. Si los otros cinco, aún enfermos, se veían diez veces más saludables, ella parecía un león metido dentro de un cuerpo mezquino. Estornudaba y se le notaban las costillas y la columna vertebral parecía un himalaya capaz de atravesarla, pero era imparable, tan pequeña que cabía en la palma de mi mano, con una elegancia y una voluntad de vivir tan macizas que metían pavor. Empecé a cuidarla y me tomé su supervivencia como una causa personal. Cada mañana venía hacia mí, se trepaba por el pantalón y desde allí, medio colgada, me miraba con ojos desmesiadamente grandes para un cuerpo desmesiadamente chico. Me resultaba graciosa, llena de empeño y de coraje. Por las tardes, mientras yo escribía, se acurrucaba y se dormía en mi regazo. Poco después, llegó a casa otra siamesa, recién nacida, que una clienta de la veterinaria había encontrado en la calle. Si los demás la miraban con recelo, la gata ínfima, raquítica, llena de tos, se le acercó como una discreta compañera de desgracias. De a poco, los gatos ya rehabilitados empezaron a encontrar dueño. Pero la gata abandonada no podía enfrentar otro abandono tan rápidamente, y la gata

ínfima y raquítica parecía aún demasiado frágil para dejarla partir.

Al mes de convivir con las dos, la pregunta empezó a hacerse obvia: ¿qué vamos a hacer? Yo nunca había querido cuidar de nada vivo que no fuera yo misma. A Diego nunca le gustó la idea de tener un animal (porque, entre otras cosas, suelen morir antes que los humanos). Pero la posibilidad de que esa gata —por la que yo sentía un orgullo salvaje, una ternura extravagante y desconocida— fuera criada por otras personas me parecía inadmisibles. Sólo que ¿gatos en casa? ¿Qué haríamos cuando nos fuéramos de viaje, cómo lograríamos que no se comieran los libros, no hicieran pis sobre el equipo fotográfico? ¿Por qué dos personas libres iban a atarse a la existencia de dos seres a quienes habría que cuidar y vacunar y alimentar?

No fue un tiempo fácil. Una mañana nos levantábamos con la convicción de que no pasarían una sola noche más en casa, y a la siguiente nos sentíamos incapaces de sacarlas de ahí. Un día, conversando con el escritor argentino Fabián Casas, dueño de Rita, una perra por la que él daría, y casi da, la vida, le conté de nuestras dudas mientras pensaba, con indignación, «¿qué hago yo hablando de gatos con Fabián Casas?». Recordé aquel poema de Fogwill, «Viejas puercas»: «Con perritos que cagan / estas veredas de Palermo. / Por aquí vivió Borges. / Esta es la esquina donde lo mataron en un sueño. / Por aquí estaba la carnicería. / Las viejas puercas no recuerdan nada, / ni saben. / Miran cagar a sus perritos /

y les hablan: / vamos ya que mamá hoy ahora está apurada». ¿Me estaba transformando en alguien capaz de salir a la calle con el suéter lleno de pelos, en alguien que al llegar a casa saluda antes a su animal que a su marido? Esa tarde, Fabián se despidió con un grito amable: «¡Quedate con la gata!». Por la noche me envió un mail: «Hay algo muy peligroso, individual e íntimo que yo siento cada noche en que duermo a mi hija. Sólo cuando sé que mi hija está condenada por mí, que la traje al mundo para morir y acepto eso, es cuando puedo ser su padre de manera cabal, liberándola y liberándome. Lo mismo es para cualquier ser querido». Vivo, desde entonces, con Diego y con dos gatas. Nunca las he llamado más. Son seres a los que salvamos de morir y de vivir en la calle y por eso soy, somos, responsables. Pero un animal es un animal es un animal.

Hacia fines del año pasado, la gata frágil dejó de treparse a mis pantalones, de venir a mi estudio, de acurrucarse en mi falda. Su peso, su levedad conmovedora, su belleza lesiva, su forma de ovillarse entre mis manos: todo eso desapareció sin motivo de un día para otro. Y yo, que me había entregado sin pensarlo a esa ternura insensata, a ese afecto salvaje, a esa cumbre de la incondicionalidad que había entre ella y yo, empecé a preguntarme si volvería a mí, alguna vez, la gata que yo había conocido. Recuerdo que la escritora Alejandra Costamagna, conocedora del comportamiento de los gatos, después de una cena durante la que compartí con ella y con otra amiga mi preocupación

vergonzante —«La gata ya no me quiere»—, me dijo, mientras me dejaba en mi hotel, en Santiago: «¡Volverá!».

Y volvió, claro. Y volvió a irse. Y a volver. Porque, me dicen, así son los gatos.

Ahora, en las mañanas, se arroja a mis pies, girando sobre sí misma con una gracia dulce y pícara, y cuando estoy lejos la extraño: la suavidad de las orejas, el gorjeo que emite cada vez que da un salto para treparse a alguna silla. Pero aquella intempestiva indiferencia, aquella incomprensible frialdad, me recordaron lo que no debí haber olvidado nunca. Todavía no sé qué cosa fuimos juntas durante aquellos meses en los que ella aprendía a vivir mientras yo aprendía a cuidar de algo vivo. Ahora, como entonces, un animal es un animal es un animal: algo tan distinto de mí, tan desconocido, tan aberrante como un meteorito. Claro que, como dice Herzog, lo digo llena de admiración. La quiero. La quiero con locura. Pero la quiero en contra de mi mejor juicio.

Leila Guerriero es periodista. Sus últimos libros son *Plano americano* y *Una historia sencilla*.

Doko, el punto de inflexión **Richard Sandoval**

Patitas de pollo, crudas y hasta con uñas le dábamos en mi casa al Colo Colo, el perro más importante del hogar en la década de los noventa. Costaba cien pesos el kilo en el negocio de enfrente de la multicancha y la mascota sambernardina lo engullía con pasión. Se las dábamos día por medio. Era su fiesta, la excepción al sistema de alimentación por excelencia de los perros antes de la asonada comercial de la industria del alimento para canes y gatitos: las sobras del almuerzo. Cuántos miles de millones de dientes se perdieron en los hocicos de la periferia por comer kilos y kilos de porotos con riendas mezclados con pan, con cebollas en escabeche, con repollo y ají. Todo en un mismo tarrito, caliente, rebosante de alegría familiar para el deleite de la bestia, que pese a tener toda la furia del hambre desatada esperaba sentada hasta que el amo arrojara el último tallarín a un recipiente que iba a durar treinta segundos. Y después, a tomar agua a otro tarrito que esperaba abandonado en el último rincón del patio. Todo era devuelto en horas de la tarde, cuando el Colo Colo levantaba su patita, muy amaestrado, por cierto, en evidente gesto de gratitud.

Esa «terrible» práctica hoy se combate en todo Chile (un país que se da el gusto de pelear con la pobreza, las pensiones y el sueldo mínimo, y a la vez con el cuidado de la salud dental de los perros) con una variedad interminable de marcas de alimento, que van desde la versión *gourmet* de Pedigree —que de puro verle el precio aparece un letrero imaginario con la frase PROHIBIDO PARA QUILTROS— hasta la oferta más oferta de Guau, la marca sensación de todo perro de población que busca salir de la marginalidad alimentaria.

Guau es una especie de Plan Auge para perros: precios bajos garantizados, posibilidad de fiado permanente, pero con consecuencias nefastas debido a la calidad de sus insumos. Sí, porque el perro pobre que vive gracias a Guau hace caca tipo diarrea, textura en las antípodas de los lulos ultraapretaditos provocados por Master Dog, esos que se pueden recoger con confort sin afectar la limpieza de anteojardines y cobertizos.

Pero nada de esa problemática de país de veinte mil dólares per cápita hubiese sido posible sin una marca, potenciada por un spot comercial que instaló como necesidad del Estado la compra de alimento para perros a fines de los noventa: Doko. En una muy creíble y divertida



disputa con un camaleón, proyectada con altísima tecnología de efectos especiales, un perro bulldog dejaba claro en 1998 que tenía plenos derechos al desarrollo impulsado por la apertura económica del gobierno de Frei Ruiz-Tagle. Era la versión animal de Faúndez, el mítico contrastista que años después avisaría a la Patria entera que todos podíamos tener celulares. Doko se convertiría en el comercial emblema de avenida La Florida y Ciudad Satélite, el que sentenciaba sin dejar lugar a dudas: hay plata.

Era tan espectacular el salto cualitativo en la calidad de vida de los perros de nuestro pueblo aspiracional que la novedad ofrecida por el aviso consistía en un revolucionario envase con sello *fresh keeper*, el mismo de las bolsas Ziploc, cuya gracia era evitar que la comida se perdiera en bocas de otros animales. El egoísmo puro y duro del auge económico hecho *pellet*. Visionarios además los del equipo publicitario de la marca, pues antes que todos sabían que se venía la crisis asiática y que conservar la comida iba a ser fundamental para el duro 1999, que azotaría con fuerza cumpleaños y navidades, debido al 0,76 por ciento de contracción de nuestra economía.

Doko fue el principio del fin del perro como perro, para llegar a ser hoy, en pleno 2015, otra versión de ser humano. Ha sido tanto el avance en la calidad de vida del perro de los chilenos con acceso al dinero que hasta una isapre perruna llegó para demostrar el nivel de aniquilación del sentido público perpetrado por la dictadura de Pinochet. Se trata de Isapet, lo último en el mercado de las mascotas que no se conforman con peluquería de veinte lucas mensuales, cientos de miles de pesos gastados en operaciones varias y hasta endeudamientos para adquirir la casa de última tecnología. Es la necesidad de cariño de una sociedad atomizada, que nos ha tapizado en poodles infinitamente pequeños y frágiles.

Ya son nostalgia los osobucos pletóricos de polvo, arrojados al olvido en potreros que hoy no están, en peladeros otrora palacios caninos y hoy convertidos en quince pisos de habitaciones estrechas, donde pernoctan canes de primera categoría junto a dueños que viven solos, o a lo más en pareja, y si es mucho con una guagüita. Nostalgia son los soles que disecaron tantas patas de vacuno en patios con piso de rípio, esperando el retorno del hambre de los conquistados por el huracán Doko. Ya no quedan. Ya no

quedan las cáscaras de papa que comía mi Colo Colo. Ya no quedan más que *nuggets*, tarros de carne y huesos de mentira, cuyo valor mensual supera el de la canasta familiar del 22 por ciento de niños pobres que tiene nuestra Patria. Una Patria donde un perro come mejor que muchos amigos azotados por el mercado.

Richard Sandoval es periodista, creador del sitio Noesnalaferia.cl y autor de *Soy periférico* (Contragolpe, 2014).

Reseñas

Casuística espectral

Tal Pinto

Roque Larraquy. *Informe sobre ectoplasma animal*.

Ilustraciones de Diego Ontivero. Buenos Aires, Eterna

Cadencia, 2014, 88 páginas.



Nada parece excitar más la imaginación de Roque Larraquy (Buenos Aires, 1975) que la historia de los hombres que llevan una idea hasta sus últimas consecuencias. En su primera novela, la muy celebrada *La comemadre*, un grupo de médicos del Sanatorio Temperley, encabezado por un *entrepeneur* inglés tan ávido de amor como de reconocimiento, intenta saber si hay algo de vida después de la muerte. Ambientada en un preciso 1907, la novela no solo abunda en los procedimientos para sortear con éxito la empresa científica, sino también en las relaciones que se dan entre los médicos, sus rasgos sobresalientes, el amor –arrobamiento, más bien– absoluto por la enfermera jefe, la insondable señorita Menéndez. Tal como en *The New Men*, del olvidado C.P. Snow, *La comemadre* parece narrar el surgimiento de una nueva clase de hombre: el moderno, el científico, que inventa una nueva ética, o cree inventarla, para justificar la oscuridad moral que envuelve sus experimentos. El hombre que está más allá del bien y el mal, el aventurero positivista.

El mismo ánimo puede advertirse en *Informe sobre ectoplasma animal*. La novela relata en tono seco e informativo la fundación y el establecimiento en Argentina de la ectografía animal, pseudociencia que investiga y registra la aparición etérica de animales. La técnica nace en Buenos

Aires, fruto de la codicia y la casualidad, en el año 1911 «con la foto de un simio espectral que flota en un quirófano abandonado. La imagen presenta al animal con los ojos en blanco y los brazos laxos, en imitación de un éxtasis religioso. Es apócrifa: se obtiene colgando del techo un mono sedado». El fotógrafo «de vistas y sociales» Severo Solpe es el descubridor, primer ejecutor y teórico de esta ciencia incipiente.

La novela comienza desde lo que podría llamarse el final. Julio Heiss y Martín Rubens, ambos promotores de ramas opuestas de la ectografía (materista y anímica), son presentados como investigadores en terreno, enfrentados a una casuística espectral que va desde lo baladí –si un fantasma puede considerarse cosa trivial– hasta lo muy sobrenatural, con detenciones en lo humorístico y lo derechamente siniestro. Algunos casos: un mono albino muere en un campanario («1940 comienza con el sonido de un cráneo roto»); el licenciado Fairy, capacitado para «tragarse una rana viva y hacer que las patas delanteras le asomen por los agujeros de la nariz», fracasa, se traga una y «con la rana desovándole en las tripas, Fairy asiste a la destrucción de su vida social»; y hasta el de un cardumen fantasmal, dado que «el horizonte de la pampa es plano porque imita la superficie del mar que lo cubrió durante millones de años».

El estudio de casos pronto deja su lugar a la historia del nacimiento y destino de la ectografía animal. La vislumbramos a través de una descripción de las piezas en cesio que se conservan en las dependencias de la Sociedad Ectográfica Argentina y las cartas que Solpe dirige a un senador con el fin expreso de obtener financiamiento.

Las cartas patentizan la relación entre ciencia, política y literatura. La conjugación de las tres, nota Larraquy, engendra híbridos fascinantes. Solpe no abriga ninguna duda: los propósitos de la ectografía trascienden toda consideración ética. Y precisamente es el deseo de trascendencia el que lo mueve a buscar en la política un socio con iguales anhelos de dejar estampada su firma en el libro de la historia. Como decía Goya, el sueño de la razón produce monstruos...

Las ilustraciones de Diego Ontivero no tienen una función representativa; por el contrario, los ángulos simétricos y la gama de colores profundizan la sensación de estar frente a un libro que escapa a toda clasificación. Todo *Informe sobre ectoplasma animal* es de una inquietante y divertida extrañez.

Con *La comemadre* Larraquy entró por la puerta ancha a la colosal tradición narrativa argentina. Su imaginación prodigiosa, que recuerda tanto a Borges como a Wilcock, las ficciones científicas de Verne, Wells y algunas cosas de Lovecraft, destaca en una generación de narradores argentinos que ostenta a Iosi Havilio, Mariana Enriquez, Luciano Lamberti y Hernán Ronsino, entre muchos más. Es posible que estemos en presencia de un nuevo clásico.

El perro más famoso del mundo

Juan Manuel Silva

Susan Orlean. *Rin Tin Tin: The Life and Legend of the World's Most Famous Dog*. Atlantic Books, edición para Kindle, 2012.



Ese recuerdo en el que se nombra al primer elefante vivo que pasó frente a los ojos en la pantalla de un cine, o aquel en que se cree a todos los ciervos en la historia animada de *Bambi*, podría no ser más que la forma de un reconocimiento. Así, desde un lejano pasado pareciesen llegar los agudos sonidos de Rin Tin Tin para darle un nombre a ese perro que fue todos los perros, al menos para la gente del siglo pasado.

Y es que este ejercicio periodístico, una biografía anudada a la memoria de la autora, intenta mostrar cómo este cachorro que encontrase un soldado estadounidense llamado Lee Duncan en un bombardeado pueblo francés, ya hacia el final de la Primera Guerra Mundial, acabó transformándose en un símbolo para ese

público que descubriría en las primeras imágenes del cine y luego de la televisión un nuevo modo de entender lo real.

Es también un relato sobre cómo ese símbolo fijó y excedió las pretendidas virtudes militares, llegando a representar lo que Estados Unidos pediría a sus ciudadanos: heroísmo, lealtad y trabajo infatigable. En la vieja simpatía que las fábulas explotan –la exposición de lo humano a través de lo animal, junto a los tradicionales sentidos que la existencia del perro supone– este relato avanza hacia lo que había descubierto Sigmund Freud con respecto a su propia experiencia: «Las emociones del perro nos recuerdan a los héroes de la Antigüedad. Tal vez sea esa la razón por la que inconscientemente damos a nuestros perros nombres de héroes como Aquiles o Héctor». Porque lo que subyace a la historia de un perro que en realidad fue muchos perros, que alcanzó la fama mundial y dio dinero y prestigio a su amo, quien se transformó en un reputado entrenador canino, es la pulsión vital que comparte este animal con los héroes. Haber sido encontrado con su pequeña hermana Nanette en 1918, resistir el largo viaje a Estados Unidos y sobrevivir a un accidente que lo mantuvo postrado varios meses son solo algunos datos que vinculan al perro más famoso del mundo con el héroe, esa figura antigua que exaltaba la individualidad por sobre la mesurada y uniforme masa, aun cuando situarse sobre el resto fuera otra forma de entender que el héroe es una síntesis de las aspiraciones de todo un pueblo.

El heroísmo de Rin Tin Tin es, por supuesto, una construcción deliberada, una explotación ligada al duro entrenamiento que tiene su correlato en el capitalismo que terminará consumiendo la vital y abnegada ficción norteamericana. Al desaparecer el animal que vino de Europa para rescatar un aspecto desconocido de la mancillada identidad alemana, Rin Tin Tin siguió vivo en otros pastores alemanes de origen diverso: para la Warner Bros el negocio estaba siendo demasiado bueno como para clausurarlo por duelo.

Ese sueño americano es lo que desmantela con sutil ironía Susan Orlean al fijar su mirada en el mito que ella conserva desde la infancia. Por eso, más que un capricho aparentemente animalista o *freak*, escudriñar en la historia de Rin Tin Tin es una manera de revelar, mediante

el simbolismo del éxito norteamericano, la feroz carnicería que se llevaría a cabo durante el siglo XX para proteger los intereses del mercado y el capital. No hay que olvidar la historia del niño huérfano en el salvaje Oeste, el carácter militar de la colonización, la guerra en la frontera y el potente subtexto civilizatorio que Rin Tin Tin sugiere como perro soldado. Esta ética militarista, opresora y exitista es la que por décadas hemos recibido como legado cultural de nuestros hermanos del norte. Consciente de ello, Susan Orlean, autora de *El ladrón de orquídeas* y otros relatos periodísticos memorables, nos muestra oblicuamente el fracaso y la corrosión de estas ideas como productos de las promesas incumplidas de la Modernidad.

El mandala en el bosque

Rodrigo Pinto

David George Haskell. *En un metro de bosque. Un año observando la naturaleza*. Madrid, Turner, 2014, 367 páginas.



En 1975, Georges Perec dio inicio a una de sus tentativas de escritura que bordeaban la excentricidad y rodeaban el sentido de la escritura. Iba a una plaza parisina, la de Saint Sulpice, y se instalaba en una banca, en un café, en un restaurante, a mirar —y registrar— lo que pasaba. *Tentativa de agotar un lugar parisino* es poco más que una lista, una enumeración caótica, un paseo por el azar, pero también hay algo más, casi inasible, que Perec describe como «no ver los únicos desgarrones, sino el tejido», aunque a continuación se pregunta «pero cómo es posible ver el tejido si sólo los desgarrones lo hacen visible: nunca nadie ve pasar los autobuses, salvo si se espera uno, o si se espera a alguien que va a descender de ellos, o si la dirección de transportes le paga a uno para contarlos». En ese juego imposible entre el azar y lo intencionado, entre la mirada que selecciona —«¿por qué dos monjas son más interesantes que otros dos transeúntes?»— y la que se somete a la simple entrada en el campo visual de «un 2CV verde manzana» se juega la eficacia de un texto elusivo y escurridizo como pocos.

En un metro de bosque. Un año observando la naturaleza, del biólogo y poeta David George Haskell, es un intento diametralmente distinto,

aunque evoca, sin poder evitarlo, a Perec. Haskell escogió un lugar en un bosque espeso y no intervenido por mano humana para observar cómo se repite el ciclo de las estaciones y cómo la flora y la fauna se hacen presentes en cada momento del año. Escogió una piedra en donde instalarse, inmóvil, y visitó el lugar en distintos días y a distintas horas. También interviene el azar, por cierto: algún animal cruzará el claro, habrá viento o lluvia, llegarán sonidos lejanos en distinta intensidad y volumen, algo inesperado sobresaltará al observador. Pero Haskell tiene clara la forma del tejido. Al comienzo del libro lo describe como un mandala, ese delicado trabajo que llevan a cabo los monjes budistas con polvos coloreados y que, una vez concluido, «se barrerá y las arenas revueltas se arrojarán a una corriente de agua». Para los budistas, «todo el universo se observa a través de un pequeño círculo de arena». Del mismo modo, Haskell está seguro de que todo el ciclo ecológico de un bosque está presente en un mandala, en un espacio pequeño, cuya observación será más fecunda, para estos efectos, que el recorrido por todo un continente.

Esa es la aventura a la que invita al lector. La entrada al libro no es fácil: se teme que el exceso de descripciones termine por ahogar el intento de dar con la forma del mandala del bosque. Pero, a poco andar, se advierte que hay algo mucho más intencionado que en el libro de Perec. En realidad, Haskell es sumamente sistemático y en cada capítulo, luego de distribuir las arenas de colores, por continuar con su analogía, se adentra en temas específicos y los desarrolla en forma exhaustiva. Es uno de los rasgos más destacados e interesantes del libro. El musgo y el tritón (una rara especie de salamandra), los líquenes, las flores, las semillas, los pájaros, las ramas, los coyotes, los ciervos, las ardillas, los saltamontes, son el punto de partida para historias evolutivas, reflexiones filosóficas (o, más bien, de cómo la biología puede ser un vehículo para entender el mundo más allá de la presencia humana en él) y extrapolaciones fecundas sobre otros seres vivos que rozan el claro del bosque o que se hacen presentes en él a través de algún pariente. En ese sentido, el libro es un tesoro de conocimiento que va desde la invisible vida microbiana hasta los árboles que compiten por la luz solar.

El mandala de Haskell, el tejido del mundo, el universo contenido en torno a una piedra cuadrada, un lecho de hojas, un follaje espeso, un

arroyo que corre a corta distancia, se va formando capítulo tras capítulo, pero evidencia también el azaroso camino de la evolución, la variación de los nichos ecológicos y la razón de que sean más difíciles de aprehender que el nítido dibujo de los monjes: «Los mandalas ecológicos no están aislados en pulcras salas de meditación, con la forma cuidadosamente dibujada y delimitada. En realidad, las arenas multicolores de este mandala se entremezclan con los cambiantes ríos de color que bañan todo el entorno». Haskell sabe escribir, es evidente, y sabe mucho de biología, también; pero su mayor virtud es hacer confluír la habilidad y el conocimiento en un libro que gana poco a poco al lector, que lo suma parsimoniosamente a la complicidad, y que, aunque se perciba que hay un orden muy bien pensado —es decir, para volver a Perec, una mirada que selecciona y que escoge, en cada capítulo, a los transeúntes más interesantes—, fluye como si se tratara de una historia dictada por el azar y por el paso del tiempo, del sol, de las nubes, de la lluvia.

La compasión necesita argumentos

Andrés Azócar

Jonathan Safran Foer. *Comer animales*. Barcelona, Seix Barral, 2012, 432 páginas.



Escribir contra la industria de los animales es fácil. Los riesgos son pocos: el adversario es un matadero, cruel, carente de sofisticación, sucio, no compasivo, y suponemos que poco reflexivo, como todo proceso industrial. Y es más fácil disparar sobre la industria que sobre su obra. Los asados tienen mejor prensa que sus padres. Jonathan Safran Foer, escritor que se aventura en la no ficción con *Comer animales* después de dos novelas de bastante éxito, lo sabe y por eso toma en esta obra el camino más iluminado.

La aventura, sin embargo, parece algo equívoca. El autor intenta golpearnos con datos que nos van hundiendo (no sumergiendo) en la industria de la carne, siempre con un intento de avergonzar a los carnívoros. Primero cuenta que los estadounidenses consumen 35 millones de vacas, 100 millones de cerdos y nueve mil millones de aves al año. Luego dice que los animales en cautiverio sufren de tumores y desgarros, al estar en un confinamiento extremo. Por si esto

no fuera suficiente, explica que la industria de la carne usa enormes cantidades de antibióticos, lo que está creando superbacterias dignas de una película de George Romero. Y si todavía esto no hace que los lectores corran al supermercado en busca de verduras, cuenta que la cantidad de fecas generada por una sola empresa de cerdos equivale a la caca de todos los seres humanos residentes de los estados de California y Texas.

El problema de Safran Foer es que muchos ya han escrito sobre este tema antes que él. Su libro intenta ser novedoso, especialmente por la desestructura narrativa que despliega, pero no lo logra. Este 2015, la obra culmine del filósofo australiano Peter Singer, *Liberación animal*, texto que ya toca la tragedia de los animales de granjas industriales, cumple cuatro décadas. Desde entonces muchos periodistas se han infiltrado en estas granjas, los activistas liberan periódicamente videodenuncias en las redes sociales y la bibliografía sobre el tema se ha hecho voluminosa. En 2002, Christopher Hitchens escribía: «Cuando leo acerca de la posible aniquilación del elefante o la ballena, o del uso de cosméticos en los ojos de los gatitos vivos, o del confinamiento de cerdos y terneros en corrales sin luz, me siento confrontado por la estupidez humana, que reconozco como un enemigo. La conexión entre la estupidez y la crueldad es estrecha».

La dialéctica de Foer es pobre. Y es un problema, porque los argumentos de los carnívoros son expuestos solo como costumbres y no con la carga histórica y evolutiva con que otros autores los han tratado. Su eje central se basa en que los humanos somos capaces de comernos con gusto una vaca (no es el caso del autor de esta reseña) y amar a un gato incluso por sobre otros humanos... al mismo tiempo. Porque preferimos la cautelosa protección de nuestra ignorancia a la trágica evidencia. «No permitiríamos que a nuestras mascotas les hicieran lo que les hacen a los pollos los industriales de la carne», dice el autor.

Safran Foer comenzó a divagar sobre este tema cuando nació su hijo. Cuenta que ha transitado toda su vida en la frontera que separa a vegetarianos y carnívoros. Y a pesar de que en el texto lo admite, no es capaz de superar esa culpa. Y eso se nota en un libro que fluctúa entre la compasión y el cinismo.

La justa lucha de quienes creen que los animales tienen derecho a vivir y morir dignamente, aunque sea en un matadero, no consigue

en *Comer animales* los argumentos fundamentales para renovar sus votos. Que, imagino, era el objetivo.

El duelo es un aullido

María José Navia

Barbara King. *How Animals Grieve*. Chicago, The University of Chicago Press, 2013, 208 páginas.



Un grupo de gallinas llega en medio de la noche a avisarle a su extrañada dueña que una de sus compañeras se ha caído a la piscina; un bebé elefante juega con los huesos de su madre muerta; una madre delfín carga consigo el cadáver de su hijo a todas partes, mientras que una osa asesina a uno de sus hijos para que no siga sufriendo en la granja donde lo tienen. Son historias terribles, de un libro extraño, en el que la observación antropológica se cruza con innumerables dudas. Tal vez demasiadas.

En *How Animals Grieve* —cómo hacen su duelo los animales—, Barbara King se acerca a los animales a través del papel, esto es, citando investigaciones, artículos y obras literarias, y algo acartonado queda en ellos. Define el duelo entre los animales como un dejar de hacer actividades que conformaban parte de sus rutinas; pero luego nos advierte que no debemos juzgar los comportamientos animales con nuestros criterios de humanos. Nos dice que el duelo es señal de amor, luego dice que no podemos estar seguros de ello. Dice que quiere reconocer la vida emocional de los animales, pero a la vez honra el carácter único de los seres humanos.

Son quince capítulos, irregulares, en los cuales la autora se pasea entre ideas sobre el duelo en humanos, casos sacados de documentales y libros, y reflexiones varias sobre el duelo en la literatura (y la proliferación de textos confesionales posterior al 11/9). Desde grandes mamíferos a conejos, hormigas y tortugas: King intenta ser inclusiva. Pero sus comentarios más provocativos están relacionados con los humanos, como era de esperar. En un momento, por ejemplo, cuenta la trifulca que se armó en un pueblo al publicarse el obituario de un perro labrador en el periódico local. La gente llenó de cartas al pobre diario, quejándose de que la necrológica de sus parientes estuviera al lado de la del canino. King afina el oído para detectar lo que queda detrás de ese

grito de ira y propone usar estas instancias para profundizar y aceptar todas las complejidades del concepto de familia.

Para ella el dolor es siempre animal. Más que seres sociales, más que artistas, somos animales dolorosos. Y cuando llega el dolor no entendemos nada: «We grieve with human words but animal bodies and animal gestures and animal movements» [Vivimos el duelo con palabras humanas, pero con cuerpos animales y gestos animales y movimientos animales]. Y también: «To set aside space for the dead, to mark the relationship with the dead through an elaborate burial or a respectful keeping of ashes (...) is at one and the same time a thoroughly human act that is possible because we are social animals who evolved from other social animals who grieve». [«Apartar un espacio para los muertos, marcar nuestra relación con ellos a través de elaboradas ceremonias fúnebres o guardando respetuosamente las cenizas (...) son actos profundamente humanos que solo son posibles porque somos animales sociales, que venimos de otros animales sociales que experimentan el duelo».]

El capítulo más terrible es aquel que trata de los suicidios de animales. Delfines que se van al fondo del tanque y deciden dejar de respirar, osos desesperados. King cuenta sobre las granjas de osos en China, donde los dejan recostados en jaulas del tamaño de ataúdes, por lo que solo pueden mover un brazo para alcanzar comida, mientras una sonda les va extrayendo la bilis, que, en esas latitudes, al parecer es un producto de lo más apetecido. Las granjas de osos son territorios perversos y no es extraño entonces que luego de un tiempo sus ocupantes comiencen a golpearse la cabeza hasta perderse.

Todas las muestras de violencia reunidas en esta obra aluden a la falta de respeto por las criaturas, a todo lo que no entendemos y que después de leer el libro seguimos sin entender. Que los monos sean mandados al espacio para que después los humanos puedan viajar de lo más tranquilos y dar sus pasos pequeños y grandes para la humanidad, por ejemplo. *How Animals Grieve* es un piscinazo en la duda, en el dolor de saber que tal vez solo queda seguir contando historias (de gatos que cuidan a otros, de elefantes que dejan ofrendas en tumbas, de pájaros que viajan kilómetros para visitar a antiguos dueños) que hagan del misterio algo fascinante y que motiven a seguir haciendo preguntas.